



Por amor o a la fuerza

Feminización del trabajo
y biopolítica del cuerpo

Cristina Morini

tragicantes de sueños

mapas

Colabora con la cultura libre

Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una [donación](#)
(si estás fuera de España a través de [PayPal](#)),
[suscribirte](#) a la editorial
o escribirnos un [mail](#)

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 39

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2010, del texto, Cristina Morini.
© 2014, de la edición, Traficantes de Sueños.






Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España
(CC BY-NC-ND 3.0)

Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

-  * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
-  * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Edición original: *Per amore o per forza. Femminilizzazione del lavoro e biopolitiche del corpo*, Verona, ombre corte, 2010

Primera edición:

1000 ejemplares, febrero de 2014

Título:

Por amor o a la fuerza

Autor:

Cristina Morini

Traducción:

Joan Miquel Gual Bergas

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Embajadores 35, local 6. C.P. 28012 Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Gráficas Ona

ISBN 13: 978-84-96453-94-4

Depósito legal: M-1114-2014

Por amor o a la fuerza

Feminización del trabajo
y biopolítica del cuerpo

Cristina Morini

Prólogo:
Judith Revel

Traducción:
Joan Miquel Gual Bergas

traficantes de sueños
mapas

Índice

Prefacio. <i>Judith Revel</i>	13
Agradecimientos	21
Introducción a la edición en castellano	25
1. Raza precaria. Diferencia y transición, base de la nueva subjetividad	39
No se nace mujer	46
Relación de minoría	61
Muévete, muévete y muévete	63
No hay ya sexo que tener	67
Palabras de amor que hablan de trabajo	72
2. La feminización del trabajo en el capitalismo cognitivo	79
Características y contenidos del trabajo cognitivo contemporáneo	89
Trabajadores y trabajadoras del conocimiento	100
Una encuesta a periodistas <i>freelance</i>	107
Conclusiones	111
3. Nuestro cuerpo es un trabajador precario	119
La fábrica somos nosotros	122
Aspectos ideológicos: el <i>sensemaking</i>	129
La valorización del cuerpo erótico	132
La valorización del cuerpo materno	140
También los cognitarios tienen cuerpo	144
Cuerpos, tecnologías y biotecnologías	148
Cuerpos y consumo	151
Sobre el abuso del concepto de vida	152

4. Desmesura y cualidad del trabajo	
contemporáneo	159
Horarios ampliados	164
<i>Iso-work</i> : la igualdad de producción y reproducción	172
La cualidad del trabajo contemporáneo	178
Algunos casos empíricos	187
Hipótesis de conclusión	191
5. Renta, autodeterminación, política del común ...	197
¿Qué quiere decir patriarcado?	199
El modelo de los cuidados	206
No hay medida	210
El rol del afecto	212
Renta o la remuneración contemporánea	218

Prefacio

Judith Revel

¿CUÁL ES HOY LA RED DE RELACIONES DE PODER, de prácticas y de discursos que atraviesa a las mujeres? A esta pregunta, el feminismo «histórico» ha intentado responder, al mismo tiempo, con el diagnóstico de una situación —en el tiempo y en el mundo— con el que se trataba de producir la crítica, y con la experimentación de espacios de autodeterminación, de subjetivación individual y colectiva y de invención de otros modos de vida. A menudo, sin embargo, y más de cuarenta años después de aquel '68 que viera efectivamente la *toma de palabra* (por usar la bella expresión de Michel de Certeau) por parte de una serie de sujetos que hasta ese momento habían permanecido privados de habla, tan solo el recuerdo de la triple experiencia de diagnóstico, crítica y subjetivación ha permanecido. En los mejores casos se recuerda este periodo histórico con cierta nostalgia y/o con el conocimiento debido a la enorme deuda que las generaciones posteriores —la mía, por ejemplo— tienen en su haber frente a aquellas que han luchado por arrancar conquistas gracias a las cuales hijas y nietos han construido su propio suplemento de libertad. En el mejor de los casos queda por lo tanto la memoria. Sin embargo, en muchos otros casos, la memoria se ha perdido, o para decirlo de una forma más precisa, parece

que el sentido del tiempo, la conciencia histórica que tan importante había sido en las luchas de mujeres, se ha desvanecido. Este progresivo olvido de la raíz diagnóstica del feminismo —es decir, del hecho de que no se puede producir crítica si no es a partir de un trabajo de investigación, de historización, de periodización y de puesta en situación de la propia actualidad— ha hecho emerger discursos extraños: esencialismos ahistóricos, discursos de género sin referencias a la actualidad, repliegues identitarios, separatismos por principio sin objetivo estratégico, exaltaciones de la esfera de lo privado o de aquello que se percibía como tal (los afectos, las relaciones), o al contrario, de lo público (paridad legal, Estado de derecho) como único horizonte posible de prácticas sin lugar ni tiempo. No se trata, obviamente, de decir que nada ha valido la pena, ni de desacreditar la actual cartografía de los feminismos, tanto en Italia como en cualquier otra parte. Se trata simplemente de especificar un problema generalizado entre los movimientos en este inicio del nuevo milenio: la extraña tendencia a reducir las luchas a la reproducción (o a la mera reificación) de un pasado que pasó; o bien —y quizás esta sea la mayor dificultad— la imposibilidad de retomar al mismo tiempo el trabajo de la crítica y el de la experimentación, el análisis del hoy y la voluntad de cambio, las luchas y la subjetivación.

Nos encallamos. Nos bloqueamos. Las carretillas —a fin de recuperar el coraje, más que por una necesidad real de la fuerza cinética— se vuelven cada vez más pesadas: si no conseguimos hacer política y cambiar aquello que nos toca, que obviamente no es mucho, porque lo que ¡tenemos que cambiar es el imaginario mismo que tenemos del cambio! Dicho de otro modo, el problema no es la parálisis sino el color o el corte del pijama de parálisis que llevamos puesto. De esta modo, se puede llegar al infinito en un *crescendo* de ansias (legítimas) y de inmovilidad (políticamente menos fácil de admitir): ¿y si para cambiar

cambiásemos el imaginario del imaginario del cambio? En definitiva, no salimos de esta espiral. Mientras, el mundo sí cambia de verdad, de hecho muy deprisa, y nosotras nos vemos excluidas de él doblemente: por un lado, no tenemos autonomía ni autodeterminación, incluso los logros de nuestras madres son hoy severamente puestos en cuestión; por otro, no estamos capacitadas ni siquiera para leer. Antes de resultar extrañas al mundo, es el mundo el que frecuentemente se nos vuelve extraño.

En este contexto, no precisamente risueño —que se nos perdone el pesimismo de fondo— existen ciertamente situaciones, grupos y experimentaciones formidables, tanto en Italia como en cualquier otra parte, y no queremos infravalorarlos, pero la tendencia nos parece por lo general la de una incapacidad de estar a la altura de los tiempos. El libro de Cristina Morini, que retoma, concentra y presenta el resultado de una década de experiencias, prácticas y análisis, y que proyecta tantas otras investigaciones que vendrán, es una verdadera bocanada de oxígeno. Porque habla el lenguaje de las mujeres, pero para poder hacerlo, habla sobre todo el lenguaje de la política. Quizás sea esta la primera especificidad a la hora de reconocer el conjunto de este texto, que comprende desde la biopolítica a la bioeconomía, de la precariedad a los cuidados, de la interculturalidad a la sexualidad, de los cuerpos al tiempo, de la producción a la reproducción, de la mutación del paradigma del trabajo al problema de la medida del valor trabajo, de la explotación de la vida a las experiencias de reapropiación de todo lo que hemos sido expropiadas/os.

Escribimos voluntariamente «de todo lo que hemos sido expropiadas/os», manteniendo la propia desinencia porque también esto es remarcable en Cristina Morini, desde las primeras líneas de la introducción: la condición de las mujeres no puede ser interpretada sino dentro del

conjunto de dispositivos de sujeción y de explotación, de control y de expropiación en acto, es decir, en el cuadro de una racionalidad política que caracteriza nuestra época. Esto no significa que no haya una condición diferente de las mujeres. Significa simplemente que si no nos planteamos el problema de la descripción y de la comprensión de tal racionalidad, no podemos pretender dar cuenta de sus efectos, *ni siquiera en las modalidades específicas que se aplican a las mujeres*. Y esto, precisamente, en la medida en que Cristina Morini analiza esta nueva racionalidad: una nueva economía política fundada no solo sobre la vida puesta a trabajar (la «bioeconomía», por retomar el concepto acuñado con extrema precisión en trabajos anteriores junto a Andrea Fumagalli), sino sobre el desplazamiento del centro de gravedad de la producción: de la economía de bienes materiales a la cada vez más central movilización de los recursos cognitivos, lingüísticos, afectivos, cooperativos, sociales de la producción misma. Y con ello da cuenta de un fenómeno al mismo tiempo banal y nuevo. La feminización del trabajo, y más en general la feminización de una bioeconomía fundada sobre la expropiación de la productividad de la vida que excede de largo la mera esfera del trabajo, no es solamente (y algunas veces no lo es en absoluto) el nombre que implica el ingreso masivo de las mujeres en el mercado de trabajo o, más en general, en la esfera de la producción. Ha sido así históricamente, y quizá lo es todavía hoy en parte; pero es también el nombre de una extensión monstruosa de las condiciones de explotación y sujeción, que históricamente pertenecen a las mujeres, hacia toda la esfera de producción. En otras palabras: allí donde, históricamente, la condición de las mujeres era la exclusión (de las formas de decisión política, de lo que se consideraba la producción económica, de las figuras del trabajo asalariado); allí donde, por lo tanto, las luchas de las mujeres han buscado (y frecuentemente han obtenido) una inclusión —obviamente parcial, en muchos casos,

discriminante e inestable— percibida como revancha; allí donde, en definitiva, se ha tratado de entrar en un mundo del que solo se formaba parte en sus márgenes, hoy parece, al contrario, que la condición histórica de las mujeres se ha vuelto *la medida de la explotación de todas las personas*, el paradigma general de la vida puesta a trabajar, incluidos los hombres. En dicha extensión la mujer está claramente expuesta a una «doble pena»: si antes era discriminada como mujer, hoy —que al fin los varones son «administrados», gestionados y explotados como lo han sido las mujeres— lo es dos veces, como una subfigura empujada hacia los márgenes de su propia condición. Si antes las mujeres eran excluidas como mujeres, hoy son excluidas incluso de las figuras históricas que han caracterizado su explotación.

De esta feminización convertida en paradigma general (correlativa a un cierto desclasamiento de las mujeres en su interior, siendo la mujer la «variante» más baja del devenir mujer del trabajo), Cristina Morini registra las características a partir de una dimensión de investigación militante que reaparece permanentemente detrás del texto, y que permite a la lectura sociológica y económica de la realidad entrelazarse, en cualquier caso, con una lectura política. La superposición total hoy entre tiempo de trabajo y tiempo de vida, la indistinción entre producción y reproducción, la centralidad cada vez más verificada del trabajo de cuidados, la precarización y flexibilización del trabajo asalariado, la integración dentro del trabajo asalariado de formas de producción no retribuidas y que exceden sin duda el tiempo de trabajo, la dificultad de mantener espacios de autodeterminación, de subjetivación y de puesta en común de las experiencias, la imposibilidad casi total de mantener un sentido prospectivo, abierto, del propio tiempo de vida, etc. Cualquiera reconoce en este elenco no exhaustivo fragmentos de vida, grumos de sufrimiento y nudos irresueltos.

Se impone por lo tanto un problema. El problema. ¿Significa quizás que en el devenir mujer general del mundo, las mujeres han perdido su especificidad, que se han vuelto —políticamente, puesto que esta es la única dimensión que queremos tomar en consideración— una de las tantas caras de la explotación actual?

Sí y no. La generalización de su condición a todos — empezando por la emergencia de esta economía del *care*, hoy central, a la que Cristina Morini dedica páginas apasionantes— significa, en términos históricos, un posicionamiento de las luchas de las mujeres en un horizonte nuevo: ¿cómo luchar como precaria si no es con los precarios? ¿Cómo reivindicar la renta básica si no es con todos aquellos cuya vida es efectivamente saqueada y expropiada por el capital? ¿Cómo denunciar la insuficiencia de una defensa meramente trabajista de los explotados, si no es junto a todas aquellas personas que producen —y que son expropiadas de tal producción— fuera de la esfera del trabajo asalariado? En definitiva, significa no tener miedo a abrir la propia diferencia histórica a otras determinaciones, a otras contradicciones. O aún de una forma más simple: no tener miedo a repensar tal diferencia, porque no existe diferencia que no sea producto de una historia; y la historia, por definición, cambia. A menos que se quiera hacer de la diferencia femenina una esencia, una identidad, una hoja de higuera que no permita ver el mundo que muta, un privilegio exorbitante o un comercio académico que justifica a cada pequeño potentado (y otros tantos pequeños mecanismos de jerarquización, pequeñas baronías, pequeñas sujeciones de las «hijas» a sus grandes «madres», pequeñas normatividades impuestas, etc., lo que se entiende banalmente por relaciones de poder bellas y buenas sobre la base de posiciones de saber, de capital social y de diferencia generacional). A menos que se quiera hacer de la diferencia un fetiche debemos afirmar: la diferencia de las mujeres —en principio sufrida,

después desechada como un calcetín y puesta en práctica, estratégicamente construida, políticamente empleada— no puede ser pensada *en general*. Debe ser siempre ubicada *en situación*, dentro de un contexto del que no se excluyen ni las otras contradicciones (y una entre todas: las relaciones de clase, que a su vez deben ser redefinidas), ni los otros nudos. La diferencia en sí *no existe: se construye* a partir de la cartografía y del diagnóstico político de aquello que la misma diferencia es en un momento dado y en un lugar específico. La diferencia tiene que ser producida, reinventada.

Llegados a este punto las preguntas a plantear son: ¿en el contexto descrito, cuáles son los espacios de experimentación posibles de tal diferencia? ¿En qué modo (y en qué medida) las mujeres pueden hablar en tanto que mujeres? ¿Cuál es el saber (de la explotación, de la sujeción, pero también de las resistencias, de las estrategias, de la sustracción o del ataque) que las mujeres son hoy capaces de ofrecer a todos en nombre de una historia que las ha visto, antes que a cualquier otro sujeto, expulsadas de y saqueadas por el poder al mismo tiempo? Y, al contrario, ¿sobre qué líneas de recomposición (mutable, cambiante, cada vez por redefinir) pueden las mujeres construir la propia diferencia histórica y política actual con la de los otros, mestizar la diferencia femenina con la diferencia de color o de clase, *construir común* (en las reivindicaciones, en las luchas en el antagonismo) a partir de singularidades (de experiencias), inventar cruces y encuentros, tejer con otros y otras el *valor diferencial de las diferencias*, es decir, que la idea del valor político de las diferencias vale sólo si las diferencias aceptan de vez en cuando diferir de sí mismas?

El bello capítulo final de este libro —sobre cuidados, renta e instituciones del común— es, desde este punto de vista, la notable ilustración de tal ejercicio de interrogación. Hacer valer la propia diferencia histórica abre

perspectivas a todos, porque el generalizado *devenir mujer del trabajo* (en particular a través de la valorización económica del *care* y de la cooperación) y la demanda de consideración —y de pago— de la productividad de la vida (la renta) no pueden no desembocar en una perspectiva en la que el común (el común de las diferencias *en tanto que diferencias*) de nombre y visibilidad al conjunto de las luchas y de los espacios de subjetivación reconquistados.

Las mujeres poseen una antigua sabiduría de las luchas. Deben solamente reinvertir en el presente aquella memoria, arriesgando las propias certezas, abandonando sus pretensiones identitarias, entregándose a la actividad de diagnóstico del mundo en general, poniendo en marcha investigaciones militantes, determinando puntos de fuerza, líneas de fractura, dispositivos de control, espacios de subjetivación, para hacer valer finalmente una diferencia potente: no la que se tiene sino la que se construye y que, de vez en cuando, con o sin otras diferencias, en la acumulación o sedimentación de experiencias de liberación (necesaria pero no suficiente) y de libertad (intransitiva) se relanza más lejos.

Agradecimientos

ESTE LIBRO NO HABRÍA SIDO POSIBLE sin los encuentros, las discusiones y el trabajo político dentro de los movimientos que han enriquecido mi vida en los últimos años. No habría sido posible sin las experiencias directas y las investigaciones llevadas a cabo sobre el trabajo cognitivo.

En primer lugar, debo dar las gracias a las amigas de veladas y confrontaciones brillantes que me han enseñado que la diferencia no es un dato, sino un proyecto. Un proyecto que tiene que ver con el mundo entero: Serena Boeri, Arifa Hashmi, Zahra Mohamed Abdulle, Kaha Mohamed Aden, Betty Gilmore, Celmira Orozco, Nicoletta Poidimani, Rosella Simone, Paola Meo. Entre ellas, echo de menos cada día a Marinetta Nunziante. Marinetta ha supuesto para mí y para todas nosotras un ejemplo de inteligencia, de fuerza y de elegancia. Gracias a ella entendí qué es una «práctica política», los momentos en que la vida expresa exactamente aquello en lo que creemos. Así ha sido para tantas y tantos — con una generosidad de la que hoy se ha perdido su memoria — de su generación. En este libro hay rastros de ella.

Doy las gracias a las mujeres del *Gruppo Sconvegno* de Milán, con las que he compartido muchísimas reflexiones, debates y proyectos sobre la cuestión del trabajo, de la feminización, de la precariedad. Le doy las gracias particularmente a Sveva Magaraggia, Chiara Martucci y Francesca Pozzi, por sus importantes críticas al texto. También les agradezco sus sonrisas, su afecto y su confianza.

Quiero recordar, entre muchas, y por ello de manera desordenada e incompleta, a Daniela Pellegrini, Antonella Corsani, Tiziana Villani, Beatrice Busi, Laura Fantone, Ida Dominijanni, Kristin Carls, Anna Simone, Elisabetta Della Corte, Zoe Romano, Gaia Maqi Giuliani, Giulia Selmi, Vincenza Perilli, Stefania Voli, Monica Pepe, Pinuccia Virgilio, Adriana Nannincini, Floriana Lipparini, Linda Santilli, Roberta Pompili, Emiliana Armano, mujeres con quienes he tenido en estos años, incluso desde las diferencias recíprocas, intercambios fundamentales.

La *Libera università delle donne* de Milán, con Lea Melandri, Maria Grazia Campari y todas las demás, ha sido un precioso punto de referencia. En este lugar, le doy las gracias a cada una de ellas, he aprendido muchísimo encontrando, por otra parte, una rara capacidad de escucha.

No me resulta fácil recordar las muchas citas, los diálogos y las reflexiones que me han llegado desde diferentes colectivos feministas en estos años. Quiero recordar a las mujeres de *Mai state zitte* de Milán, *Guai a chi ci tocca* del TPO de Bolonia, *Sexyshock* de Bolonia, *Sommosse* de Perugia, *Fuxia block* de Padua, *Rossefuoco* de Turín. Y también a la red *Precas*, *Serpica Naro* y *le Comunicattive*.

Uninomade, *Posse*, los procesos de autoformación, las experiencias, los conocimientos madurados en este alveolo han sido determinantes; me han permitido crecer en un espacio de intercambio riquísimo. Gracias a este circuito,

he entrenado mi mirada en la profundidad. Aquí he encontrado personas que han sido fundamentales en la construcción de mi itinerario político y de análisis, o incluso simplemente humano. Cito en primer lugar a Anna Curcio y Gigi Roggero, que han leído partes de este ensayo animándome y ofreciéndome apuntes cruciales para su profundización.

En estas páginas están todas y todos, sin distinciones. Intento hacer una lista con algunos nombres, con el único objeto de recordar que la pasión política se nutre siempre de relaciones vivas entre cuerpos: Serena Fredda, Serena Orazi, Giuliana Visco, Claudia Bernardi, Margherita Emiletti, Alberto De Nicola, Paolo Do, Antonio Conte, Francesco Raparelli, Andrea Guelfi, Gian Marco De Pieri, Luca Casarini, Beppe Caccia, Benedetto Vecchi, Marco Bascetta, Francesco Salvini, Stefano Lucarelli, Federico Chicchi, Giuseppe Allegri. Debo muchísimo también a la sugestiva potencia de los escritos de Judith Revel, Tiziana Terranova, Toni Negri, Sandro Mezzadra, Carlo Vercellone, Christian Marazzi y Sergio Bologna.

Un grato y afectuoso reconocimiento va dirigido a la red de la Universidad Nómada española. A Marta, a Toret, a Raúl, a Joan, Dario, Teresa, Mauro, a todas y todos.

Este libro está en deuda con Alisa del Re, Maria Rosa Dalla Costa, Antonella Picchio, que han razonado, antes que yo, sobre la cuestión de las mujeres y el trabajo, sobre producción y reproducción.

Doy las gracias a Gianfranco Morosato por su paciencia y sus *cuidados*.

Gianna y Gianni me han acompañado en un largo recorrido de crecimiento humano y cultural. La primera idea de la necesidad de actuar críticamente en el mundo se la debo a ellos dos.

A Valentina, porque es mi hermana y eso dice todo, sin necesidad de añadir nada más, y a Victoria.

Con Andrea comparto e intercambio, desde hace mucho tiempo, ideas intuiciones y tensiones sobre lo «nuevo» que se han convertido en un terreno apasionado de confrontación entre nosotros. Esta pasión no cede, nos mantiene unidos a pesar de que pasen los años. Le agradezco haberme leído y comentado, haberme impulsado, día tras día, a decir, a hacer, a ser, de la misma manera que yo lo he hecho con él.

Este libro está dedicado a mi hija, Sole. A ella, que afronta una adolescencia llena de esperanzas. Será mujer en un mundo complicado y lleno de injusticias. Pero no debe dudar nunca de que también es maravilloso.

Introducción a la edición en castellano

ESTE LIBRO FUE PUBLICADO EN ITALIA EN 2010. No ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero como sabemos esta es época de velocidad y de transformación. Rápidos progresos y continuas mutaciones: la edad que atravesamos se construye y rota alrededor del concepto de *precariedad*, que no es, sólo, una noción relativa al trabajo. La cognición contemporánea de la realidad se basa —en mayor medida de lo que fue en el pasado— en la condición general de la *inconstancia* de las condiciones. Una nueva realidad social, suspendida entre la vida y el trabajo, que hemos definido como precariedad ontológica.¹ La tesis propuesta en estas páginas no ha sido, ni mucho menos, superada. Aprovecho para incluir una serie de rápidos cambios a fin de añadir algunas precisiones al estudio inicial.

Mi punto de partida era la idea de que estamos experimentando una situación completamente inédita respecto de las generaciones de mujeres anteriores. Tal y como explicó Foucault, el poder es capaz de entrar en la raíz de

¹ A. Fumagalli y C. Morini, «Ontologia della precarietà. Dopo il 14 dicembre», disponible en: www.uninomade.org/ontologia-della-precarietà-dopo-il-14-dicembre

la propia reproducción de la vida. Consigue penetrar en las conciencias y en los cuerpos de los sujetos mediante una correspondencia biunívoca, abierta, cualitativa, afectiva. El paso de la subsunción real a la subsunción total del trabajo en el capital no tiene hoy necesidad de brutales imposiciones, ni de cesuras, dicotomías, exclusiones. La despotenciación de la mujer no se da —como sucediera en el pasado— mediante su exclusión del espacio público, sino justo al contrario: mediante una progresiva *feminización* de la sociedad que se traduce en la absorción del potencial subversivo de la diferencia. Esta es la extraordinaria invención del biocapitalismo: la alteridad es asimilada a través de la adulación y de la ilusión —que operan como autocontrol— obteniendo con ello su integración, es decir, su desaparición. En el frente opuesto se juega la contemporánea *feminización* del hombre, instituida por los actuales procesos productivos, la cual es estimulada por los mismos elementos prototípicos (culturales) reclamados y puestos en funcionamiento por el proceso de *feminización*: precariedad, afectividad, corporeidad, cuidado.

Decimos que en estos tiempos «la oferta violenta la demanda»;² son tiempos de una feroz «acumulación por desposesión»³ orientada directamente hacia todo lo viviente. Por un lado, la ley del valor se erige como unidad de medida de todo; por otro, parece que toda medida haya reventado, en tanto el capital no excluye nada. Es aquí donde el problema del miserable pago de la estafa global sobre el que se apoya la riqueza contemporánea se extiende sin medida: toda regla ha sido destituida. En la época fordista, la implicación (la motivación) del trabajador se producía mediante sistemas que permitían formas

² Karl Marx, *Miseria della filosofia*, Roma, Editori Riuniti, 1976, p. 358.

³ David Harvey, *Space of global capitalism*, Londres, Verso's books, 2006 [ed. cast.: *Espacios del capital*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2007].

de distribución de la productividad y un posible acceso al ahorro. Hoy, la fragmentación y la precarización del trabajo —que ha reducido de forma significativa la capacidad conflictiva y reivindicativa del trabajo vivo— han reforzado el capitalismo cognitivo hasta tal punto que se han animado teorizaciones como la de que la «motivación» por medio del dinero «es discutible».

En el trabajo actual, en general, vemos brillar la palabra *gratuidad*, la misma que ha condicionado siempre el trabajo doméstico de las mujeres (lo que se llamaba «no trabajo»). De un modo increíble, la tajante afirmación de la lógica soberana del valor de cambio está haciendo palanca sobre el concepto de «cuidados». El modelo de los cuidados, señalado con engatusamientos y chantajes, se ha convertido en una estrategia de gobierno de la complejidad y de despotenciación de la conflictividad. Observamos así la pretensión de dar una estructura/naturaleza radicalmente nueva al trabajo; de poner en marcha nuevos mecanismos de implicación que prescindan del valor monetario, al tiempo que se va contrayendo y transformando el propio papel del intercambio primario entre capital y trabajo. La precarización, en tanto no garantiza la continuidad de renta y derechos, necesita forzosamente de entusiasmo, una potente sugestión que puede llevar al sujeto a venderse en un régimen marcado por la gratuidad. Todo esto deja entrever resultados más descorazonadores de los de la época fordista, que atañen a la modificación del trabajo y de su papel/percepción dentro de la existencia humana. Aquí no obstante nos limitamos a apuntar la cuestión de la des-generización introducida por el trabajo y las distintas tentativas de modificar las prioridades y los deseos de «los recursos humanos», en primer lugar los de las mujeres, convertidas en «cuencas estratégicas para la empresa».

Según lo expuesto hasta aquí, el análisis de la subsunción total contemporánea debe ser entendido como una orientación relativa no solo a las dimensiones cultural y económica de la sociedad sino al *bios* social al completo. Desde este punto de vista, el contexto biopolítico del nuevo paradigma económico es absolutamente central para el análisis de los nuevos feminismos, en el momento en que se celebra la productividad de la reproducción social — producción de ideas, valores, relaciones sociales, afectos, imaginarios—. La atención del capitalismo por la producción tiende a anularse. Es la reproducción lo que atrae su interés y lo que, por lo tanto, asume la fuerza de un paradigma. Esta es la contradicción o el riesgo implícito a la *feminización* manifestada por el biocapitalismo, al cual queremos dirigirnos evitando satisfacciones ingenuas y énfasis fuera de lugar.

Precisamente en este paso, de la producción a la reproducción, podemos hoy añadir algunos elementos a partir de la observación de fenómenos novedosos: en 2010, la feminización del trabajo y de la sociedad, analizada a partir de los años noventa, era quizás una tendencia que no formaba parte del *sentido común*. Tres años más tarde, al menos en Italia, podemos decir que, desde un punto de vista formal, la integración de las mujeres, o la feminización de la sociedad, es ya un hecho cumplido. Que quede claro: aquí no consideramos la liberación de las mujeres sino todo lo contrario, su integración.

Llegados a este punto, reivindico que nos encontramos frente al pleno despliegue de los aparatos biopolíticos de gobierno de la vida, sinónimo hoy de trabajo, o dicho de otro modo que hemos entrado de lleno «en la era de la reproducción forzada». Los ejemplos que podemos encontrar, si pensamos en este mecanismo de apropiación del *bios* (desde los genes hasta los afectos), se amplifican

sin medida y nos hablan explícitamente del intento de traducción antropológica de la vida a una *medida* que haga posible su traducción en intercambio mercantil.

Evidentemente, y cada vez más, facebook y las redes sociales han sido citadas como el terreno donde se vuelve evidente la transformación de la relación en *commodities*, con todas las ansiedades psicóticas que esta transformación lleva consigo. Con el paso del capitalismo fordista al biocapitalismo, la relación social representada por el capital tiende a volverse interna al ser humano. Pero lejos de ser el capital lo que se *humaniza*, es la vida de los individuos la que se vuelve *capitalizable*.

Cuando hablo del ingreso en la «era de la reproducción forzada», intento hablar de un mecanismo explícitamente productivo que el feminismo ha analizado desde hace ya mucho tiempo, a pesar de que sólo ahora explicita toda su evidencia crítica. Pierden consistencia las perspectivas explicativas que ponen la acción productiva del trabajo formal como momento privilegiado, si no exclusivo, de la generalización del valor y de la explotación. Dicho esto, podemos asumir directamente la idea de que a través de la estimulación de las subjetividades y la cooperación se instituye la acumulación y se reproduce el proceso de valorización.

Pensemos, por ejemplo, en un amplio rango de retransmisiones televisivas donde se puede ver a personas con sobrepeso a las que se las pasa públicamente por la báscula y son obligadas a correr y andar en bicicleta para adelgazar. Pensemos en el «talento» que pública y gratuitamente es puesto a producir en una competición entre aspirantes a estilistas frente a mángers de marcas conocidas como Macy's o H&M (el ganador firma una línea para estas marcas). La competencia continua, la competencia infinita que propone la ideología

meritocrática, plantea estos programas en los que el terreno de enfrentamiento es la existencia desnuda de las subjetividades: la apelación a uno mismo, y en soledad, para vencer a los demás mostrándose a sí mismos, en el devenir de sí mismos.

Podríamos compilar, en este sentido, un amplio elenco de casos de consumación violenta de nuestra vida, o bien de nuestro modo de ser e interactuar con el mundo, con el fin de su valorización en términos capitalistas. La libertad y la autodeterminación se vuelven elementos necesarios para estimular la creatividad y la innovación productivas, es decir, son funcionales a la realización productiva. Cierta libertad se inserta dentro de la racionalidad económica, dispositivo de control de los deseos de las nuevas y turbadas identidades contemporáneas. La lógica de la producción expande su influencia y su lógica sobre cada aspecto de la vida social. Si la consideramos desde otro lado, podríamos decir que la reproducción social ocupa el lugar del modelo del trabajo contemporáneo, empleando como materias primas el cuerpo, el deseo y el tiempo.

El mecanismo teorizado no se limita al individuo inserto en el contexto laboral real, sino que invade, forzándola, toda la esfera de la vida, convirtiéndose en bioproducción. De esta manera, tiempos y espacios son racionalizados brutalmente en función de una capacidad productiva, quizás muy activa pero, con seguridad, menos consciente (consumo, imaginación, comunicación, pánico colectivo). El cuerpo de las mujeres es el cuerpo biopolítico por excelencia, el objeto de inversión del consumo y de la publicidad, el soporte primario del deseo mercantil. El trabajo, por lo tanto, en las formas descritas más arriba, valoriza lo «femenino» de tal manera que no sea un obstáculo para la lógica del beneficio. Todo lo que ralentiza u obstaculiza la optimización de los tiempos y de los costes, todo lo que

no permite el máximo beneficio en el menor tiempo posible, es simplemente negado (derechos de maternidad, al tiempo libre, a las vacaciones).

Para comprender estas tensiones, y la insostenibilidad cada vez más dramática de las vidas actuales, es necesario partir de la experiencia de las mujeres: del uso de sus cuerpos, de su histórica pobreza de recursos materiales, de sus cargas de trabajo (pagado y no pagado) y de la creciente dificultad para representar en el espacio público los conflictos de sexualidad, clase y del sentido de producir y reproducir, que marcan históricamente sus vidas.

Pueden existir ideas muy diversas sobre qué es la transformación social o una práctica transformadora. Mi posición, desde la línea de la práctica feminista, podría ser resumida de la siguiente manera: la necesidad de producir un «saber contingente» que nos pertenezca sin interposiciones, un saber que se crea y se hace pedazos, que evita volverse rígido, que muestra, dentro de esta contingencia, las desigualdades de poder y con ello genera un desvío, el espacio para poder hacerse sujeto. De acuerdo con esta inspiración, no puede haber nada original, inmutable, natural en los sujetos. Éstos son generados por su mismo relato.

En este libro se ha intentado describir precisamente los sujetos contemporáneos inmersos en la dimensión productiva biopolítica. Se ha intentado repasar los procesos de puesta a trabajar de la existencia general de las mujeres, empujadas por un mecanismo visible de feminización de la sociedad. En este contexto, son *las diferencias* las que constituyen la fuerza de trabajo cognitiva de la actual fase capitalista y es precisamente la explotación de tales diferencias, y de su declinación material, lo que determina las nuevas formas de la relación capital/trabajo. Se ha tratado de indagar así en los nodos conceptuales revelados por las

nuevas subjetividades de las mujeres en el trabajo.⁴ En los cinco capítulos que conforman este libro se ha intentado enunciar, sucintamente, algunos elementos que nos parecen distintivos de la subjetividad en el contexto feminizado de la biopolítica: diferencia, precariedad, corporeidad y sexualidad, cualidad, afectividad, disposición al cuidado. Lo general y lo particular unidos.

Por otra parte, el concepto de transición explica y condensa mucho de la subjetividad del presente, y no solo de la femenina. «En los relatos —de los trabajadores del conocimiento— son descritos los *momentos de paso de un trabajo a otro, de un papel a otro*». Las reflexiones de los entrevistados se centran *en cómo* se transita de un punto a otro y no necesariamente sobre el hecho de que las transiciones impliquen desasosiego. De los lugares y los tiempos de la formación a los contextos en que las personas han crecido, a las primeras experiencias laborales, hasta los cambios sucesivos, inducidos o elegidos, pasando por la comprensión de las razones de los cambios y de las condiciones en las que se desarrollan, las transiciones transcurridas *constituyen* en las personas la *experiencia de la transitoriedad*, el «estoy aquí pero luego voy allí, ahora hago esto y luego haré otra cosa, ahora soy y mañana seré». Tal vez, sirven como base para la convicción *de ser capaz de disponer de sí, para uno mismo*, sirviendo de centro de gravedad de los propios recursos materiales, mentales y sociales, *con toda la carga de individualización que corresponde a tal situación*.⁵

⁴ Véase Gruppo Sconvegno (Manuela Galetto, Chiara Lasala, Sveva Magaraggia, Chiara Martucci, Elisabetta Onori y Francesca Pozzi), «A snapshot of precariousness: voices, perspectives, dialogues» en *Italian Feminism, Feminists Review*, núm. 87, 2007.

⁵ Emiliana Armano, *Precarietà e innovazione nel posfordismo. Una ricerca qualitativa sui lavoratori della conoscenza a Torino*, Bologna, Odota, 2009, pág. 111: «Es necesario tener una veloz capacidad de reacción, amortiguar los golpes, los cambios. Se trata de una situación muy ligada al precariado, hoy, en este momento en la ciudad de Turín,

A pesar de la creciente institucionalización de los *Women's Studies*, he intentado recuperar la raíz de la crítica feminista. Pienso en la capacidad de poner continuamente en discusión los elementos fundacionales de la propia teoría: sujeto, identidad, género, cuerpo, experiencia. Es aquello que, sin presunción pero con pasión, he intentado hacer proponiendo los temas que se suceden en este texto. Cada noción que construye el discurso no se da por supuesta, sino que es siempre discutida a la luz de la complejidad de la reflexión presente.

Por el contrario, al hablar de las mujeres, la ideología neoliberal ha encontrado en las promesas de *ley* el modo de salvar su alma de acuerdo con la presuposición de que la ley hace posible la igualdad y concreta la superación de las distinciones sociales. En realidad, sabemos bien que este planteamiento ha servido —y sirve— a la reproducción de jerarquías perfectamente ordenadas, inhibiendo en la práctica un vínculo recíproco y horizontal entre condiciones y experiencias diversas —sociales y humanas—, que se sitúan dentro de la fragmentación general instituida por la modernidad.

Mantengo que hoy es necesario subrayar con fuerza este nuevo paso: creo que se puede decir que ha terminado la fase que ha llevado a las mujeres a colocar ingenuamente la dimensión del cuidado y de la pasión dentro de los muros de la fábrica. Hoy se ha hecho explícito que la

que es la única situación en la que he vivido, aunque pienso que es una situación general de la Italia actual. Es necesario no angustiarse, buscar enseguida otra cosa, no permanecer asustados. He reaccionado saliendo a toda velocidad y he encontrado este trabajo, gracias al boca a boca». Elena, 25 años, archivista digital de Gammaservice en RAI. «Porque cuando termina un contrato y es necesario firmar uno nuevo, surgen problemas, dificultades. A cada tanto, de seis meses en seis meses, de año en año, se me plantea la pregunta de cuál será mi futuro. Nadie me da garantías a pesar de que haya trabajo. Hay trabajo, pero el trabajo...». Renata, 38 años, arquitecta.

fábrica supone imposición, chantaje, violencia y miedo. El tiempo del amor dentro del trabajo, por el trabajo, tiene las horas contadas. He aquí el salto que puede romper con los procesos de subjetivación del trabajo introducidos por el paradigma del biocapitalismo, cognitivo y relacional, que frena la potencia de los cuerpos. La situación actual, aunque difícil, puede romper el hechizo.

Muy diferente sería la situación si el trabajo, bien o mal, fuese capaz de garantizar ciertos niveles de libertad, de crecimiento individual y colectivo, si concediese algunas posibilidades de emancipación, de formación, de ganancia económica; si de alguna manera produjese goce, o si el control se obtuviera mediante tentaciones, por usar la terminología de Foucault. Antes bien estamos frente a una dinámica de austeridad que constriñe a la pobreza y que sólo hace aumentar la presión, acrecentando la ansiedad, el estrés, el dolor.

¿Cuánto tiempo más puede durar esta situación?
¿Cuánto puede resistir, teniendo en cuenta que su base son nuestros cuerpos, nuestras ideas, nuestras pasiones?
¿Continuaremos proporcionando todo esto a los aparatos de captura biopolíticos (la escuela, la fábrica, las instituciones)? ¿Lograremos seguir aportando? ¿Si el ritmo que se impone hoy a la reproducción social productiva es tal que no me permite ni mi propia reproducción, que más me puede quedar por dar?

Si hoy, a causa de las presiones de los mercados financieros, la única garantía que permanece en pie es el derecho a la mera supervivencia, quizás puede empezar a tomar forma seriamente un proceso de reapropiación. El capital tiene necesidad de nuestras vidas, en este punto está nuestra fuerza: esta potencia *in nuce* ha quedado constatada en los movimientos 15M y Occupy. Un proceso que podría todavía crecer, crear conciencia y rebelarse

contra todas las instituciones *mainstream* que nos gobiernan. En otras palabras, se puede profundizar en la hasta ahora embrionaria, imprecisa, singular infidelidad al sistema. Si en el pasado fordista, a fin de gestionar la propia alienación y fatiga, los trabajadores de la fábrica experimentaban formas de sustracción, de absentismo, en los tiempos del postfordismo y el nomadismo, es la *infidelidad* con lo que, necesariamente, el capital deberá enfrentarse en el futuro. Si ayer subrayaba el papel de los cuidados dentro de las dinámicas productivas, hoy considero más justo enfatizar la *separación* y la *infidelidad*, la tensión hacia la reapropiación, aunque todavía cueste verla en una forma completa, sólida, transnacional.

La fuerte e intensa generalización de la precariedad puede revelarse como un boomerang; es más, ya lo es. En los últimos años de recesión económica, los países que han sufrido un mayor decrecimiento del PIB son, no por casualidad, aquellos que registran mayores tasas de precariedad. Italia, como España, son casos emblemáticos. El exceso de precariedad incide, de hecho, negativamente en la posibilidad de explotar plenamente las nuevas economías de escala que hoy en el capitalismo contemporáneo están en la base de la productividad y de las producciones de mayor valor añadido (sobre todo en los servicios inmateriales): las economías en red y del aprendizaje. Se trata, a diferencia de la productividad fordista, de economías de escala dinámicas, esto es, de economías que necesitan tiempo para alcanzar la perfección de la performatividad laboral.

El uso generalizado de contratos temporales (interinos, a tiempo parcial, intermitentes, colaboraciones sin continuidad, prácticas, becas, etc.) no permite que los procesos de relación y de formación puedan alcanzar la madurez suficiente, en términos de experiencia, para incidir en la productividad social que hoy supone el elemento cardinal

de la competitividad. El elevado grado de incertidumbre (también en lo que se refiere a la renta) conlleva de esta manera una infrautilización de las capacidades cognitivo-relacionales: véase la década de crecimiento cero, la incapacidad de competir en investigación y desarrollo, con tecnologías avanzadas adecuadas a los nuevos procesos de acumulación y valorización. El resultado de esta oscura trayectoria no podrá ser otra que la explosión de la trampa de la precariedad.

El poder que nos pone mayores dificultades con la crisis, la precariedad y el *spread*,⁶ se hace sentir en nuestros cuerpos, en nuestras vidas. Para saber cómo funciona, basta con que me pregunte a mí misma. Efectivamente, si me interrogo sobre este sistema, sobre el mercado, sobre las reglas de reclutamiento que emplea, sobre el uso de los cuerpos, de normas y de obligaciones, veo un modelo plasmado a partir de reglas masculinas, de tiempos masculinos, de energías y sueños masculinos. Por otra parte, la feminización del trabajo pone en marcha este esquema de la precariedad generalizada, que hace palanca sobre nuestro deseo de emanciparnos en el espacio público y nos constriñe a devenir capital, lo que promueve la lógica económica de quien es capaz de llevar su vida de manera racional, volviéndonos «empresarios de sí». De esta manera sostenemos un mecanismo que saca beneficios de la diferencia y, al mismo tiempo, la deprime integrándola.

El punto central de este trabajo consiste en advertir las inquietudes del tiempo presente. Activar un proceso de contra-subjetivación que permita un proceso de cuidado de sí, esto es, la separación de aquello que está codificado,

⁶ *Spread* es la cantidad anual que un comprador de un activo financiero paga al vendedor durante el periodo del contrato. Representa la cuota o la prima del seguro pagado para transferir el riesgo de crédito asociado a una garantía. Un *spread* más alto implica que el riesgo de impago es alto.

que permita desaprender, deshacerse de malas costumbres, de las falsas opiniones adquiridas, de falsos imaginarios, dicho en una palabra, de identidades que no nos pertenecen. Esta economía, este trabajo que pretende devorar todo el sentido de nuestra vida no nos pertenece. Necesitamos repensar completamente, desde la raíz, el modelo de desarrollo, un modelo que las mujeres han contribuido a sostener con su trabajo y sus energías, pero que ciertamente no ha sido diseñado por ellas. De ahora en adelante, la consigna sólo puede ser una: autonomía.

Finalmente, la propuesta de una renta básica garantizada, que prescindiera de la condición laboral, se plantea al final de este libro como un instrumento capaz de contrarrestar la servidumbre del trabajo vivo y de plantear la cuestión de una reapropiación de una dimensión de lo común que sentimos, cada vez con más fuerza, como una verdadera necesidad en un presente violentado por el individualismo.⁷ El trabajo cognitivo y feminizado se da, como hemos dicho, precisamente en su/por su excedencia y desmesura. La fuerza hipnótica del capital lleva consigo también el límite mismo del capital, es decir, su afirmación va de la mano de su negación. Nuevas instituciones del común, sustraídas paso a paso a su control, pueden empezar a hacernos vislumbrar la posibilidad de conseguir, finalmente, el modo de excluirlo de pleno de nuestras existencias.

Abril de 2013

⁷ Carla Lonzi, *Manifeso di Rivolta femminile*, Roma, julio de 1970: «Detestamos los mecanismos de la competitividad y del chantaje que son ejercidos por la hegemonía de la eficiencia. Nosotras queremos poner nuestra capacidad laboral a disposición de una sociedad que se haya inmunizado frente a los mismos».

1. Raza precaria. Diferencia y transición, base de la nueva subjetividad

En un mundo donde existimos sólo de manera silenciada, tanto en la realidad social como en los libros, nosotras debemos, nos guste o no, constituirnos como si apareciésemos desde la nada; ser nuestras propias leyendas en nuestra vida misma.

Monique Wittig

LA FIJACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PENSAMIENTO en Italia es desconcertante. En otros lados, lejos, se tiene la impresión —aunque quizá se trate sólo de anomalías de la mirada— de que las novedades introducidas por los esfuerzos del pensamiento, siempre unidos a la acción, tienen una mayor capacidad de presión. En estos años se han escrito muchos libros fuera de nuestro país, libros importantes, que ponen en cuestión cierto modo de pensar el feminismo, las mujeres y la diferencia sexual. Italia es el país de las catedrales, de los sistemas absolutos, de los poderes fuertes. Esta infinita dimensión eclesiástica y la sistemática voluntad de no conceder respiro a ningún tipo de antagonismo (teórico, político, práctico) explican, en términos generales, mucho de la situación en la que nos encontramos. Precisamente en el punto de máxima

explosión de las diferencias, provocada por la globalización; diferencias dispuestas a distinguirse y enseguida ser capturadas por el capital contemporáneo, en este país nos medimos con un concepto insuficiente de la diferencia.¹ Lo que más me interesa resaltar aquí del problema no es tanto su perfil filosófico como su perfil político. El plano de la socialidad no es ciertamente el de la reflexión filosófica, que opera a nivel más profundo, y quizás precede a los movimientos sociales y políticos. Antes bien creo que en un ambiente en el que se compone una problematización explícita de la relación con el «otro», es necesario que el pensamiento vuelva al mundo humano para formular, finalmente, algunas preguntas. Con esto quiero decir que hoy debería plantearse de forma central para el feminismo y las mujeres, cómo, a través de nuevas modalidades, el género, los sexos y los roles devienen representaciones de las jerarquías instituidas de la sociedad. Me cuesta entender cómo precisamente en el punto más alto de la expansión del neoliberalismo, que coincide con la financiarización de la economía, por un lado, y con la precariedad generalizada y estructural, por el otro, y que hoy se manifiesta a través de una crisis sistémica de proporciones globales, los aspectos económicos, sociales y de clase —las desigualdades cada vez más profundas que el neoliberalismo genera— no sean analizadas por el movimiento de las mujeres en su conjunto.

El concepto de *diferencia* tiene que ver de forma profunda con la nueva producción de subjetividad, conectada a los actuales paradigmas productivos. Al mismo tiempo,

¹ Me refiero por ejemplo al hecho de que el pensamiento francés, antes con Blanchot, Bataille y Klossowski, y a partir de los años sesenta con Derrida (*La scrittura e la differenza*, 1967 [ed. cast.: *La escritura y la diferencia*, Rubí, Anthropos, 1989]) y Deleuze (*Differenza e ripetizione*, 1968 [ed. cast.: *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002]) ha desarrollado ampliamente el concepto de «diferencia». Véase Judith Revel, *Michel Foucault, un'ontologia dell'attualità*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2003.

el concepto de *precariedad* está en la base de la producción contemporánea, influye en la percepción y en la vida de los sujetos. *Diferencia y precariedad* son conceptos que presentan diferentes gradaciones, completamente exteriores a las rígidas dicotomías del pasado fordista. Todas las dicotomías a las que forzosamente nos ha acostumbrado el paradigma fordista atraviesan grandes dificultades, como ya se ha evidenciado desde muchos lugares, pero tal cuestión no ha sido todavía tomada suficientemente en consideración.² Se debe afirmar nuevamente que el enfoque dicotómico está en la base de la construcción y de la consolidación de la modernidad, de sus jerarquías y de

² La referencia es en particular a Donna Haraway, *Manifiesto cyborg. Donne, technologie, biopolitiche del corpo*, Milán, Feltrinelli, 1995 [ed. cast.: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995]. Donna Haraway ofrece un elenco de las llamadas «dicotomías materiales e ideológicas». Un diagrama que, según Haraway, muestra la «transición de la vieja y cómoda dominación jerárquica a la nueva y angustiante red que he llamado informática del dominio». Me permito detenerme sobre este libro, publicado en EEUU en 1991 y que mantiene intacta su potencia evocativa en el presente. «Los objetos del lado derecho [por ejemplo fisiología, reproducción, familia, mercado, fábrica, naturaleza/cultura, sexo, trabajo, mente... (N. de la A.)] no pueden ser codificados como naturales y sólo el hecho de que se apunten subvierte también la definición naturalista del lado izquierdo [por ejemplo ciencia ficción, replicación, ecosistema, ergonomía, postmoderno, inteligencia artificial (N. de la A.)]. No podemos volver hacia atrás ideológica y materialmente. No sólo «Dios» ha muerto, ha muerto también la «diosas»; o mejor dicho ambos han sido revitalizados en los mundos permeados por la política microelectrónica y biotecnológica [...]. Las ideologías de la reproducción sexual no pueden ser reelaboradas racionalmente, a partir de los conceptos de sexo y de rol sexual, entendidos como objetos naturales como los organismos y las familias. Es fácil desenmascarar la irracionalidad de tal perspectiva e, irónicamente, la denuncia de esta irracionalidad puede reunir a los ejecutivos que leen *Playboy* y a las feministas radicales antiporno». A partir de las sugerencias de Haraway, a mi parecer todavía no del todo entendidas en Italia, veinte años después de su publicación, podemos probar a deconstruir, a placer, otras dicotomías «materiales e ideológicas» que están a nuestro alrededor: ámbito doméstico/ámbito laboral; blanco/negro; racionalidad/emoción; mente/cuerpo; realidad/posibilidad.

sus fundamentalismos. A partir de la separación dogmática entre diferencia de género y condición laboral, hemos llegado a construir sistemas sociales rígidos y a la simplificación de la complejidad que alimentaba el mundo. Hoy, cuando «la modernidad empieza a entenderse a sí misma»,³ las esferas dicotómicas y los sistemas de orden que comportan son puestos a prueba, deconstruidos, constreñidos a justificarse. Hoy nos parece más adecuada que nunca la categoría de mezcolanza, esto es, nuestros torpes intentos de encontrarnos.

Al tiempo que quiebran los cercamientos impuestos por el modelo dicotómico fordista (producción/reproducción, producción/consumo, tiempo de trabajo/tiempo de no trabajo, trabajo productivo/trabajo improductivo, trabajo manual/trabajo intelectual), *diferencia* y *precariedad* forman la base de la nueva subjetividad. La una y la otra acogen directamente, en su propio seno, aspectos contradictorios que fueron parte del significado general, sin llegar nunca a ser opuestos. Comprenden, si se mira con atención, códigos y señales de un lenguaje que tiende a generalizarse y a volverse común, que vuelve a alcanzar la forma de una engañosa contraposición interna a cada uno de estos dos *campos conceptuales*. Constituyen los elementos del trabajo y de la nueva subjetividad puesta a trabajar, de una subjetividad privada de unidad pero también de fronteras; extendida y potencialmente sin límites. Parientes uno del otro, frágil maraña de la vida más allá de la apariencia que muestra lo contrario. Por un lado, ambos delinean una inestabilidad respecto de toda falsedad instituida, una labilidad del esquema presupuesto, una debilidad de la traza «regular»; riesgo, equilibrio, desequilibrio. Por otro lado, esbozan la imagen de la transformación, de la puesta en discusión. Son metáforas

³ Anthony Giddens, *Le conseguenze della modernità*, Bolonia, Il Mulino, 1994, pp. 52-59 [ed. cast.: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 2008].

de modificaciones, posibilidades, porvenir, futuro. En ambos casos se evoca la *atipicidad* del sujeto, que trabaja fundamentalmente con un contrato *atípico* que corresponde a figuras *diversas* —e incautamente definidas como débiles (mujeres, migrantes)—, distintas al estándar típico (hombre-blanco-adulto-macho o, según la definición anglosajona, *male breadwinner*).

Diferencia y precariedad parecen dibujar un sujeto que excede la norma y su prescripción, un sujeto sin identidades preestablecidas, en constante cambio, siempre *otro* (diferente) de sí mismo.⁴ Señalan la constitución de un nuevo mestizaje: *la precariedad es una categoría que atraviesa todas las profesiones, todos los oficios, todas las condiciones, todas las posiciones sociales*. La *mescolanza* parece ser el dato que surge de los sótanos ocultos de una realidad cuya superficie se ha querido desmigajar, fracturar, hacer trozos. Con este propósito, me parece útil el recurso al concepto de *transición*, en tanto estatuto común del sujeto contemporáneo. Una experiencia común, no connotada por la pertenencia, donde re-mirarse, re-conocerse y re-encontrarse recíprocamente, transformados. La transición implica un salir-fuera, una incertidumbre y un riesgo (he aquí de nuevo, la precariedad), pero esconde la posibilidad de una apertura privilegiada hacia la simple libertad expresiva. Un tiempo convulso hacia un mundo posiblemente nuevo, en cualquier caso, diferente. La transición puede ser también esto: dejar de vivir el papel relativo al sexo biológico y alcanzar una subjetividad elegida, más compleja y estratificada, donde la «pertenencia» al género

⁴ Rosi Braidotti, *Soggetto nomade. Feminismo e crisi della modernità*, Roma, Donzelli, 1995 [ed. cast.: *Sujetos nómades*, Barcelona, Paidós, 2000]. Con su concepto de sujeto nómada Rosi Braidotti ha puesto en discusión, de raíz, las coacciones identitarias que han dejado huella en la política moderna. Sin embargo, en el curso de sus trabajos, siempre ha reconocido una particular prioridad a la diferencia sexual que le conecta directamente con Deleuze.

(masculino, femenino, transexual y/o *transgender*) es fruto de una opción individual. La metrópolis es el espacio explosivo de esta subjetividad en tránsito y multitudinaria. Un espacio híbrido, menos afectado por el peso de una identidad establecida por la «norma», donde se da vida a una «raza bastarda», como la llama Donna Haraway representándola en la figura del cyborg («híbridos, mosaicos, quimeras»)⁵ que aprende sus destrezas en la potencia de los márgenes.

Son también los cambios en relación con el trabajo los que producen subjetividad en *transición*. Las fronteras entre trabajo y no trabajo se han vuelto ya muy lábiles, hasta el punto de que ahora se habla de «sistemas de actividad», es decir, sistemas en los que las actividades —laborales, formativas, recreativas y reproductivas— se combinan y compenentran entre sí constituyendo híbridos (y quizá también mosaicos y quimeras). Los mercados de trabajo se han vuelto ya «transicionales»,⁶ así son definidos por el socialismo laborista contemporáneo. La transición representa una suerte de cuento *weltanschauung* del mundo actual. Esta es la experiencia que efectivamente marca a la humanidad en el presente: continuos cambios de puntos de referencia espacio-temporales, mientras internet, que ofrece infinitas posibilidades de contactos y relaciones, permite una permanente «remodelación» del Yo sobre la pantalla del ordenador.

Esta propensión a la transición corre el riesgo —creo yo— de ser más potente que cualquier intento de detenerla. Florece en la multitud de amores mestizos, en la incontenibilidad del deseo que se propulsa más allá de los códigos de la «moral común». Los comportamientos,

⁵ Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 79.

⁶ Manfred G. Schmidt, «Social risk management through transitional labour markets», *Socio-economic Review*, núm. 4, 2006.

en esta fase, parecen encontrarse paradójicamente por delante, en su simple existir cotidiano, de todos los intentos de interpretarlos, por eso sólo nos queda preguntarnos: «¿a qué se debe?», «¿por qué sucede?». ⁷ Se desencadena, entonces y como acto final, la violencia contra los gays, las lesbianas y trans, y ciertamente, también contra las mujeres en general, tentativa extrema de imponer la «regla», las relaciones de fuerza ortodoxas, los cánones de una «normalidad» imponente:

¿[Qué pasaría] si el pensamiento se liberase del sentido común y no quisiera pensar más que en la propia singularidad? ¿Si, en lugar de admitir benévolamente la propia ciudadanía en la *doxa*, practicase malvadamente la escapatoria de la paradoja? ¿Si en lugar de investigar el común bajo la diferencia, pensase diferencialmente la diferencia? El pensamiento no tendría ya un carácter relativamente general que manipula la generalidad del

⁷ Cito, entre los distintos comentarios que han distinguido a los *media* después de la explosión del caso Piero Marazzo (gobernador de Lazio que dimitió después del escándalo que supuso el descubrimiento de sus relaciones con algunas transexuales), un artículo de Marina Terragni, publicado en *Corriere della Sera* el 28 de octubre de 2009: «Los hombres, los trans y el mundo en el que no hay ya lugar para las mujeres». Más allá del uso masculino para referirse a las trans HM que han utilizado los medios de comunicación durante días, se confunde también al travestido con la transexual. Nótese que uno de los párrafos finales, que demuestra la crisis de un mundo construido sobre los cánones masculino/femenino, las trans son reducidas a «máscaras de mujer» (pseudo-mujeres) y la relación homosexual a una forma de «regresión»: «Quizá no sea tanto, de forma esquemática, cuestión de ser o no gay. Traicionados y abandonados por las mujeres, mortificados por su autonomía, desvinculados de su libertad y de sus ganas de conquistar, muchos hombres regresan a un consolador “entre hombres”. Un mundo al que las mujeres no tienen acceso: sólo máscaras de mujer, como en las escenas de teatro medieval; sólo pseudo-mujeres, a la medida de un imaginario simplificado y un poco autista. Una homosexualidad espiritual y cultural que puede contemplar también una transformación estrictamente sexual».

concepto, sino que sería —pensamiento diferente, pensamiento de la diferencia— un acontecimiento puro; en tanto repetición, no sería ya la triste sucesión de lo idéntico, sino diferencia desplazada.⁸

Ninguna triste sucesión de lo idéntico, ningún carácter relativamente general: el *sujeto precario* es un *sujeto* que no tiene —ni quiere tener— puntos firmes, y por ello es constreñido a trazar continuos itinerarios de sentido y a construir infinitas narraciones, nunca de forma apriorística. Incluso cuando hablamos de una «identidad precaria» que se perfila —en el sentido de un «sentir común», de un «sentimiento» (entendido como modo de percibirse) que se cruza con los muchos— debemos tener bien claro que no se trata en adelante de aquella identidad única y homologable —en necesidades y reivindicaciones— a la que estábamos acostumbrados en el pasado. Hablamos en cambio de un sujeto resistente a la asimilación y a la homologación, así como a modalidades dominantes de representación de sí; de lo que muchas veces se ha deducido la irrepresentabilidad del sujeto precario. Es un sujeto que no puede pertenecer a un único modelo normativo y a una única narración, es un sujeto que no sólo tiene una pertenencia, sino una variedad de pertenencias.

No se nace mujer

De la misma manera, cuando analizamos sujetos que se mueven en el marco del capitalismo cognitivo contemporáneo, el elemento cardinal resulta ser la *diferencia*.

⁸ Michel Foucault escribe estas notas a raíz del entusiasmo suscitado por la lectura de *Diferencia y repetición* de Deleuze. Michel Foucault, *Theatrum Philosophicum, Critique*, núm. 282, noviembre de 1970.

«El cuerpo cesa de ser un mapa estable de funciones normalizadas y emerge en cambio como un campo de *diferencias estratégicas* de enorme movilidad [...] Los cuerpos no nacen, se hacen».⁹

La noción de sujeto no está consolidada, ni puede presuponerse: se da en el tiempo y en la historia. La precariedad existencial en la que el individuo se encuentra inmerso redetermina todas las teorías precedentes del sujeto en una sociedad caracterizada por redes flexibles y alianzas variables según la dinámica de los conflictos sociales y de las expresiones del poder. Las relaciones de mando constituyen lo social y operan principalmente a través de los cuerpos.¹⁰ El concepto de diferencia implica la diferencia sexual, pero la cuestión a resolver es todavía la de si existe una *diferencia natural entre los sexos* o más bien si el sujeto no se constituye siempre en las relaciones de poder que se determinan históricamente. Es desde este punto de vista desde el que sobre todo hay que replantear la dicotomía entre cultura y naturaleza. ¿Hay algo de verdad inmutable y natural en la feminidad? Y, al contrario, ¿qué hay de cultural, histórico, sujeto al cambio? ¿Como afirma Christine Delphy,¹¹ la opresión sobre las mujeres no es tanto un sistema, como algo que hay que situar en términos históricos? ¿Y que hay, por lo tanto, que volver a analizar también con los cambios? Este punto del debate teórico, especialmente fuera de nuestras fronteras, está siendo extremadamente

⁹ Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 149.

¹⁰ Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Turín, Einaudi, 1977 [ed. cast.: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979].

¹¹ Christine Delphy, *L'ennemi principal. Economie politique du patriarcat*, París, Edition Syllepse, 2009. El texto recoge los escritos teóricos de Delphy de los años setenta. Se trata del fruto del trabajo que se condensó alrededor de la revista *Questions Féministes* (de la que formarán parte también Simone de Beauvoir, Colette Guillaumin y Monique Wittig) y que dará vida al llamado «feminismo materialista» francés.

encendido y apasionante, enriquecido por las miradas de las mujeres no europeas, de estudiosas del Sur del mundo, del lesbianismo radical.

La diferencia con el otro, asumida no como radical sino como codificada, construye un sentido de pertenencia a un género que crea fronteras bien precisas, «ofreciendo espejos en los que contemplarnos pacificados»:

Pero que esta pacificación sea sólo un engaño ofrecido por el simbólico compartido viene demostrado por las señales de inquietud e incertidumbre que encuentran expresión en los síntomas, en los sueños y en los juegos lingüísticos que responden a una lógica «otra» (lapsus, ocurrencias, metáforas y metonimias idiosincráticas no endurecidas en catacresis, formas artísticas, etc.), en la que las contraposiciones dicotómicas revelan su estatuto fantasmático de construcción meramente cognitiva.

No es posible partir de la anatomía como dato natural para afirmar que la relación cognoscitiva y perceptiva con el mundo esté condicionada por la diferencia sexual debido a que se puede tematizar la diferencia únicamente desde dentro de un sistema que reúna géneros y ponga en contraposición lo idéntico y lo diverso, borrando todos los desvíos y las excedencias ligadas a la singularidad [...]. Esta operación responde al afán de control y a la necesidad de seguridad del ser humano que enmascara su inseguridad ontológica con poderosas construcciones racionales necesarias para contener la angustia de lo incierto, de lo ambivalente, de lo irresoluble. La oposición binaria masculino/femenino sirve para reducir la ambivalencia sexual, como diferencia

inscrita potencialmente en el cuerpo de cada sujeto, porque de otra manera se podría escapar al orden social y a sus necesidades de reproducción.¹²

Ninguna teoría ha estado nunca verdaderamente desenganchada de los movimientos sociales. Sin embargo, todo lo que únicamente queda relegado al ámbito académico no tiene probablemente mucha relevancia. Parece útil intentar dar forma a aquello que es sentido e imaginado colectivamente, por muchas voces, en las calles. Estas voces hablan de la creciente complejidad en la que viven y que no consigue ser representada por un cierto feminismo occidental, prisionero de una suerte de «naturaleza». La noción de diferencia, tal y como es pensada por Irigaray, es un punto de referencia, pero no convence en toda su profundidad debido a su matriz hegeliana. Hoy, referirse a un origen físico y simbólico del «ser mujer» como algo imprescindible («ya dado desde siempre y sin posibilidad de otra forma»¹³), resulta cuando menos limitado, incompleto. Creo además que el problema principal, para las mujeres, es el de observar los mecanismos del poder, en el tiempo y en la historia. Más problemático todavía resulta el hecho de que, «el pensamiento de la diferencia italiano» haya acabado —quizás a pesar suya— por asumir un rol *mainstream*, en contradicción con las aportaciones teóricas heterodoxas implícitas en el concepto de diferencia *tout court*.

La retórica de la igualdad de oportunidades, garantizada por ordenamientos judiciales, ministerios y comisiones, por medidas económicas y libros blancos, por las

¹² Maria Grazia Tundo, «Identità e differenza», en Marisa Forcina, Angelo Prontera y Pia Italia Vergine (ed.), *Filosofia Donne Filosofie*, Lecce, Miella, 1992, pp. 527-534.

¹³ Adrianna Cavarero, «Per una teoria della differenza sessuale», en Diotina, *Il pensiero della differenza sessuale*, Milán, La Tartaruga, 1987.

apelaciones a la cultura de la emancipación y por artículos de periódicos, ha tenido como efecto la interiorización en las mujeres de la necesidad de poner diques de contención a su propia radicalidad. Incluso en el campo de la diferencia de género, algunas han aceptado la lógica de la contabilidad, de la conciliación de la diferencia con ese mundo que primero las vuelve invisibles y luego las enreda ofreciéndoles espacios de conformidad derrotada. Se trata, al mismo tiempo, de la potencia del poder y de su discurso en la esfera de la biopolítica, además del límite (crisis) del bagaje femenino en la modernidad a causa de su condición domesticada sobre la base de los imperativos productivos y acrílicos del presente. Ahora hay que evitar, más que nunca, el riesgo de permanecer unidos a la generalización y a la universalización del sujeto y de su experiencia (la mujer, el trabajo de fábrica...), «a partir de una jerarquía de opresiones y/o de una posición latente de superioridad moral, de inocencia o de un contacto más íntimo con la naturaleza».¹⁴

Por otro lado, parece cada vez más evidente que el feminismo puede construir no una sino muchas identidades, «cada una de ellas, gracias a la propia existencia autónoma, conquista micropoderes en la telaraña de la vida».¹⁵ Hay quien piensa que el género es, en realidad, una pura construcción social. Para Monique Wittig no es el género lo que crea opresión sino «la opresión lo que crea el género»: el ser mujer es una categoría masculina («las lesbianas no son mujeres», afirma).¹⁶ Teresa de Lauretis en *Cuando*

¹⁴ Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 77.

¹⁵ Manuel Castells, *Il potere delle identità*, Milán, Egea, 2003 [ed. cast.: *El poder de la identidad*, Madrid, Alianza Editorial, 2002].

¹⁶ «El rechazo a ser (o continuar siendo) heterosexuales ha significado siempre el rechazo, consciente o no, a ser hombre o mujer. Para una lesbiana esta situación implica algo más que el rechazo a ser mujer. Es el rechazo al poder económico, ideológico y político del hombre [...] Nosotras escapamos de nuestra clase igual que los esclavos

*las lesbianas no eran mujeres*¹⁷ subraya el profundo significado teórico de la negación conceptual de Wittig. El enunciado «las lesbianas no son mujeres» (desde un punto de vista económico, político e ideológico) ha sido y continúa siendo escandaloso para muchas. De Lauretis examina el papel estratégico de la provocación de Wittig, que utiliza en el sentido de una *des-identificación* con el «pensamiento heterosexual» para construir en su lugar un sujeto lésbico autónomo, capaz de forjar la propia realidad individual y social «con una práctica cognitiva basada en la experiencia vivida del cuerpo». Todo ello contribuye al nacimiento de la «figura de un sujeto que excede su condición de sujeción, un sujeto excedente», y que para De Lauretis se delinea como un fascinante enigma «en los intersticios de la representación».

Si no se consigue tener presentes y comprender —políticamente— estas tensiones, que pueden valer en general para el sujeto contemporáneo, cada diferencia, hipostasiada, corre el riesgo de transformarse, paradójicamente, en

de América huían de la esclavitud para conquistar la libertad. Para nosotras se trata de una necesidad absoluta: nuestra supervivencia nos impone contribuir con todas nuestras fuerzas a la destrucción de la clase de las mujeres mediante la que los hombres se apropian de las mujeres. Este objetivo puede ser conseguido sólo a través de la destrucción de la heterosexualidad como sistema social basado en la opresión de las mujeres, por parte de los hombres, que produce la teoría de la diferencia entre los sexos para justificar dicha opresión». Monique Wittig, *The straight mind*, Boston, Beacon Press, 1992 [ed. cast.: *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Barcelona, Egales, 2005].

¹⁷ Teresa de Lauretis, «When Lesbian were no women», en *Autour de l'oeuvre théorique, politique et littéraire de Monique Wittig* (Actas del Congreso 16-17 de junio de 2001, Columbia University), París, Editions Gaies et Lesbienne, 2002. De de Lauretis véase también *Soggetti eccentrici*, Milán, Feltrinelli, 1999 [ed. cast.: «Sujetos excéntricos», en María C. Cangiamo y Lindsay DuBois (comps.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feministas en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993].

una suerte de mecanismo de *governance* biopolítica, que produce un «deber ser» y resulta funcional a los dispositivos de poder. Por el contrario, reconocer la singularidad del otro y su irreductibilidad a esquemas y categorías significa reconocer su imprevisibilidad, es decir, aceptar nuestra posible impotencia, una exposición privada de defensas a todo aquello desconocido e inasible que el otro representa. Significa aceptar el hecho ineluctable de que la presencia del otro tiene siempre por fondo la idea de una pertenencia imposible, es decir, una posible pérdida. Cada relación con el mundo no puede menos que confrontarse con tal ansia fatal, pero es precisamente por la necesidad y por el deseo del otro por lo que nacen los empujes más radicales hacia una incesante transformación individual que puede, finalmente, pretender volverse social.

Desde el punto de vista político hay que subrayar que «la *heteronormatividad* vuelve a ser utilizada como instrumento de dominio», algo evidente en las retóricas sobre la familia más generalizadas. Incluso en un contexto completamente mutado respecto del feminismo de los comienzos, el camino a la ciudadanía sigue siendo un nudo crucial, tal y como no para de recordarnos el movimiento LGT (lésbico, gay y trans).

En años recientes hemos asistido a reiterados intentos de frustrar los efectos de los procesos de liberación social y sexual que se animaron en los años setenta. En lo que respecta a las sexualidades, se viene representando con insistencia creciente un discurso normativo *vetero* —o mejor dicho v-hetero— que prevé sólo dos géneros y una modalidad de relación sexual —aquella heterosexual y

reproductiva— y que da lugar a verdaderas cruzadas contra quien no corresponde a la norma *straight*, ni pretende plegarse a la misma.¹⁸

Finalmente, es quizás necesario reconocer, redescubriendo el concepto de diferencia a la luz de la nueva voracidad del biocapitalismo, que hombre y mujer se revelan como categorías privadas de un significado definitivo y, por si no fuera suficiente, contradictorias; porque, aun cuando sean fijadas, contienen en su propio seno, y a su pesar, definiciones alternativas así como posibilidades diferentes, que también son negadas. En otro sentido pueden ser juzgadas como «categorías políticas» y, desde este punto de vista están todavía por ser radicalmente deconstruidas. Judith Butler, al poner en discusión el paradigma heterosexual, quiebra una de las piedras angulares de la justificación de la «naturalidad» de las relaciones entre los sexos, y demuestra que las fronteras entre naturaleza y cultura no sólo son invisibles sino que ni siquiera tiene sentido investigarlas si el objetivo del feminismo es el de desquiciar las relaciones de poder; si el objetivo sigue siendo, tal y como yo pienso, el de la transformación social.¹⁹

Al hablar entonces de «diferencia», en esta precisa fase histórica, nos enfrentamos a un ulterior paso respecto de la necesidad de *situarse* a partir de la presunción de existencia de un sujeto único —el universalismo identificado con el hombre y su poder— que ha definido al feminismo en otros momentos. El desafío, que esta batalla ha representado, sigue siendo el marco, el fondo imprescindible para todas, pero se advierte la necesidad de ir más allá.

¹⁸ Nicoletta Poidimani, «Divenire lesbica, divenire gay. Appunti sulle cittadinanze possibili» en Paolo Pedote y Nicoletta Poidimani (comps.), *We will survive! Lesbiche, gay e trans in Italia*, Milán, Mimesis, 2007.

¹⁹ Judith Butler, *La disfatta del genere*, Meltemi, Roma, 2006 [ed. cast.: *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, 2006].

De una manera declarada, el ingreso en la era de la precariedad nos pone precisamente frente a la necesidad de deconstruir todo sistema absoluto. Hay que deconstruir y reconstruir las singularidades en acción, «desgenerizando» las instituciones de la sociedad. Cuando las miramos, las mujeres de hoy parecen verdaderamente «privadas de un sueño originario de lenguaje común, o de una simbiosis originaria que nos prometa protección frente a la hostil separación masculina, pero en cambio están inscritas en el juego de un texto en el que falta una lectura privilegiada definitiva, una historia de salvación», por la que «admitan estar comprometidas con el mundo, libres de la necesidad de enraizar la política en la identificación, en los partidos de vanguardia, en la pureza o en la función materna».²⁰ El sujeto sexualmente diferente de la sociedad postindustrial y tecnológica —que no prevé un código único— no es «la mujer», entendida como alteridad eurocéntrica especular del hombre, sino un sujeto encarnado, complejo y estratificado que se aleja —puede alejarse— de la institución de la feminidad y de sus símbolos, los cuales acaban por actuar por sí mismos, como señal completamente funcional al poder del discurso dominante.

La actualidad no escatima ejemplos en este sentido y demuestra como lo simbólico ha instituido efectivamente su propio dominio detrás de una apariencia de realidad. El mundo —al menos en apariencia— completamente feminizado, únicamente en tanto ha aprendido a utilizar los símbolos de lo femenino, los ha englobado, sometido, domesticado, vuelto productivos. ¿Todo esto no es quizás también el fruto envenenado de haber concebido la diferencia como orden simbólico? La pregunta, entonces, es ¿no ha llegado el tiempo de que el feminismo se ocupe también del orden social? Nuestro problema no es el de «llenar de contenidos» una presunta «naturaleza

²⁰ Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 77.

femenina», sino más bien el de determinar una «cultura humana» que incluya diversidad y desorden, un conjunto de posibilidades no conocibles a priori. Esta cultura humana, completamente abierta a *todas las diferencias*, puede producir una mirada fuertemente crítica y conflictiva frente al sistema dominante con el fin de eliminar las desigualdades que este tiende a multiplicar.

El *sujeto diferente* —en línea con todo lo sostenido desde hace décadas por el debate postmoderno y feminista— al igual que el *sujeto precario*, debe ser entendido como no unitario, dividido, nómada, en transformación, en devenir. Nuevas figuras de subjetividad feminista han despedazado, también aquí, y para siempre, una cierta línea representativa, yendo más allá de las metáforas de una ortodoxia feminista institucionalizada. La diferencia es un trazo característico de toda la humanidad contemporánea y ya no una representación estática de la heterosexualidad. Se señala aquí la distancia respecto de una idea de sexualidad basada en un único binomio que hipostasía la heterosexualidad, interpretada por algunos como entidad simbólica antes que social. Ya no es el tiempo del uno, de sus metafísicas y de su gobierno sobre el otro que no hacen más que confirmarle un poder que ya se ha desmoronado. En las ciudades globales, multirraciales, *coloured*, mestizas, en tanto atravesadas por una invisible línea del color, no estamos ya en condiciones de entender qué es lo «uno» y lo «otro». ¿Quiénes son, en este *métissage*, los otros? Ser el otro significa concretamente ser múltiples, dentro del gradual descenso de la hegemonía mundial europea u occidental: mujer, precaria, madre, cognitaria, migrante, asistente a domicilio, *single*, negra, estudiante, burguesa, biosindicalista, lesbiana, joven, resistente, infiel, metropolitana.²¹ ¿Cuál de estas identidades prevalece?

²¹ La escritora estadounidense Audre Lorde se definía así: «Soy negra, lesbiana, feminista, guerrera, poeta, madre».

¿No conviven quizás todas, también en conflicto entre sí, dando forma a correlaciones y descomposiciones inéditas, que quieren apuntar a una mezcla prácticamente infinita de las luchas, posibilidad de conexiones inagotables, un dominó continuo, un juego de encajes que es la vida real, de cuando en cuando distinta, con resultados imprevisibles, potencialmente disruptivos, privados de jerarquías y de las consiguientes persecuciones? ¿No significa tener, quizás, en este laberinto, finalmente un futuro?

El sujeto humano ha sido concebido por el pensamiento occidental como algo unitario, invariable y singular. Pensamiento de la *conciliación*, el del siglo XX, entendido en su aspecto más general. Sin embargo, está presente otra orientación que ha puesto en discusión esta identidad fuerte, relanzando la idea de una «poli-identidad» hecha, por decirlo de alguna manera, de muchos yo,²² que cambian en el tiempo y que tienen diversos perfiles, que de vez en cuando se muestran a sí mismos y a los otros. En el momento en que nos planteamos como «idénticos» nos anulamos como sujetos en movimiento, permanecemos encarcelados en una objetividad cristalizada. El yo puede, así, asumir connotaciones diversas: no ya identidad sino *diferencia*, pero entendida precisamente como un campo de fuerzas que desordenan, trastocan la armonía. Existe una palabra interesante usada por el psicoanálisis para describir un tipo de experiencia no conciliada: *perturbadora*.²³ La experiencia perturbadora es la que va más allá de

²² Sergio Moravia, *L'enigma dell'esistenza*, Milán, Feltrinelli, 1996.

²³ Julia Kristeva, *Il perturbante*, en *Opere 1917-1923*, Turín, Bollati Boringhieri, 1996: «Nuestra alteridad perturbadora es necesaria en la medida en que es precisamente lo que irrumpe frente al "demonio", a la amenaza, a la inquietud que se genera con la aparición proyectiva del *otro* en el seno de lo que persistimos manteniéndonos como un "nosotros" preciso y sólido. Al reconocer nuestra inquietante extrañeza nosotros/as ni sufrimos ni gozamos de otra externa a nosotros/as. Lo extraño está dentro de mí, por lo tanto somos todos extranjeros. Si yo soy extranjero, no hay extranjeros».

la lógica de la identidad, lo perturbador es la experiencia de una diferencia. No sólo autorreferencialidad sino apertura en una elaboración/construcción nueva y contextualizada de los diversos componentes del sujeto humano.²⁴ Se trata de una imagen del humano en la que la identidad se construye esencialmente en relación, donde también los comportamientos mutan y se transforman continuamente. Me parece que esta imagen es la más adecuada para dar cuenta de las percepciones del sujeto ligadas a las condiciones precarias, también cambiantes, que el individuo experimenta en el presente, consciente de que los hábitos cambian sobre la base de necesidades interactivas establecidas dentro de relaciones móviles, perturbadas y perturbadoras.

Cuando nuestra identidad no se enreda en rígidas categorías, nuestros comportamientos, incluso aquellos que pueden parecer del todo automáticos, mutan, se transforman. Los modos de vivir y las costumbres, por ejemplo, son transformados por elementos provenientes de las culturas de los y las inmigrantes presentes en las ciudades. La vida cotidiana es, en las relaciones, más importante que cualquier otro precepto. Los negocios árabes, los restaurantes chinos, los barrios paquistaníes, la música reggae, los tatuajes, son sólo algunos ejemplos del florecimiento de la multiculturalidad urbana. Más que un encuentro recíproco con las diversidades, en todo esto se manifiesta una necesidad de expresión de los individuos que cultivan y ostentan sus identidades múltiples.²⁵ También la presencia de inmigrantes en las cerradas ciudades de Occidente ha hecho saltar por los aires el modelo dicotómico, nuestro orden binario. Esta presencia tiene una valencia

²⁴ M. Chiarugi y S. Anichini, «Dissociazione e pedagogia relazionale» en George Lapassade y Vito D'Armento (comp.), *Decostruire l'identità*, Milán, Franco Angeli, 2007.

²⁵ Véase Edgar Morin y Cristina Pasqualini, «Ri-scoprirsi identità complesse», *Studi di Sociologia*, núm. 4, 2005, p. 413.

proyectiva: nos remite a una disposición a modificar y a modificarse, a la búsqueda colectiva de soluciones; más que a la separación entre dos, la presencia migrante conduce como máximo a una segmentación vertical, determinada por precisas relaciones socioeconómicas. En este sentido, la «línea de color» obliga también a replantear la «línea de género»: «Las mujeres negras de Estados Unidos saben desde hace tiempo qué significa tener que verse con la infra-ocupación estructural (femenización) de los hombres negros y con su vulnerabilísima posición en el marco de la economía asalariada».²⁶

También la literatura da cuenta con gran eficacia de esta estratificación de arriba a abajo, ordenada según la «raza»:

En la planta de arriba el restaurante era francés, pero abajo, en la cocina, era mexicano e indio. Y si contrataban a un paquistaní, se volvía mexicano, indio y paquistaní [...]. En el Colonial [otro restaurante], en la planta baja era colonial rico y en el entresuelo indígena pobre. Colombiano, tunecino, ecuatoriano, gambiano. Finalmente, en el restaurante Estrellas y Barras, bandera estadounidense arriba y guatemalteca abajo.²⁷

²⁶ Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 65.

²⁷ Kiran Desai, *Eredi della sconfitta*, Milán, Adelphi, 2007. La escritora, nacida en la India en 1971, en una de las diferentes historias que se cruzan dentro de la novela, sigue la aventura de Biju en los años ochenta. Hijo de un cocinero que dejó atrás Kalimpong, a los pies del Himalaya oriental, parte hacia Estados Unidos, hacia un sueño, y vive distintas miserias condenado siempre a la cocina. «En las otras cocinas Biju había aprendido lo que piensa el resto del mundo sobre los indios: en Tanzania, si pueden, los echan fuera del país, también en Uganda. En Madagascar, si pueden, los echan fuera del país. En Nigeria, si pueden, los echan fuera del país. En China los odian. En Hong Kong. En Alemania. En Italia. En Japón. En Guam. En Singapur. En Birmania. En Sudáfrica. No les gustan. ¿En Guadalupe les gustamos? No».

Al observar esta complejidad, el objetivo debería ser la realización de una *transcultura*, es decir, la capacidad de moverse dentro de diferentes culturas sin ser absorbidos por ninguna, lo que es posible sólo cuando reconocemos cada cultura como expresión de una base que nos pone en común²⁸ en tanto *cultura humana*. La transcultura (las transculturas) como nueva dimensión del desarrollo cultural, que omite las fronteras establecidas por las culturas nacionales, raciales, profesionales y de género. La transcultura supera la cerrazón de las tradiciones, de las determinaciones lingüísticas y de los «valores», desplazando el campo de la creación «supracultural». Adquirimos una dimensión transcultural moviéndonos, una vez más, sobre los márgenes, a lo largo de las líneas fronterizas. A diferencia de toda hipótesis multiculturalista, la transcultura no establece una igualdad de valor entre las culturas sino su apertura e implicación recíproca. En el concepto de multiculturalismo hay un determinismo de fondo que no convence, una idea basada —bien o mal— sobre ciertos parámetros, de naturaleza física y racial, ética y de género. La hipótesis es más bien la de *transitar* (de nuevo) entre las diversas expresiones y experiencias de la sociedad humana, reconociendo al otro y relativizando el propio sistema de valores y de pensamiento para evitar interpretar inconscientemente los sistemas de vida del prójimo mediante las propias, singulares, categorías conceptuales. La transcultura es un modelo de desarrollo cultural, que difiere tanto de la igualación del globalismo como del aislamiento del pluralismo.

La cultura tiene sentido sólo en la medida en que transforma nuestra naturaleza, nos vuelve disidentes de nuestra clase, de nuestro género, de nuestra nación. ¿Por qué

²⁸ «Se trata de una idea reguladora que se basa en el reconocimiento de la pertenencia a la común especie humana y a la común madre tierra». Véase Franca Pinto Minerva, *L'interculturala*, Roma-Bari, Laterza, 2002.

debo ver películas, ir a museos, leer libros o escribir? ¿Sólo para mantener mi identidad? No, yo lo hago precisamente para descubrir en mi algo más, un no yo, para aprender de la experiencia de otros seres, de otras vidas, de manera que yo (un hombre) pueda devenir más femenino, de manera que yo (un judío ruso) pueda devenir más americano, más francés o más japonés. La cultura es metapsicosis; reencarnación de la propia vida.²⁹

¿Qué momento más adecuado, políticamente más apropiado, que el actual, para operar estos tránsitos, en la medida en que la precariedad induce a continuas mutaciones de la percepción de sí, debido a la dificultad, si no a la imposibilidad, de transformar las propias experiencias en narraciones unitarias y continuas en el tiempo? Se trata por lo tanto de concretar la relación entre identidad y alteridad, definida como práctica de distinción y de encuentro, cohesión y separación, alejamiento y retorno al yo. La presencia de los y las inmigrantes pone, en definitiva, también en crisis el clásico modo en el que se ha planteado el feminismo occidental y su desarrollo, siempre construido en relación al uno. Esta presencia hace más complejo el problema y lo estratifica, exalta ciertamente la *diferencia*, el aroma de rebelión y creatividad que de ella emana, pero al mismo tiempo pone en discusión la idea de *una identidad femenina*. En realidad, ¿cuántas mujeres blancas están arriba, sentadas en el restaurante, mientras en las cocinas trabajan muchos hombres buij, indios, mexicanos, paquistanés, «indígenas pobres»? ¿A qué nuevas transformaciones podría dar pie una asunción consciente de esta verdad? ¿Deben quizás las mujeres reflexionar desde cero —ahora que han llegado hasta aquí— sobre las inéditas estratificaciones implícitas en la desigualdad social?

²⁹ Mamardashvili Merab, «A Different Sky. How I Understand Philosophy», *Culture*, 1992, pp. 335-337.

Relación de minoría

La cuestión del sujeto va ligada indisolublemente a la socialidad en un contexto que se vuelve cada vez más complejo, hipertecnológico, *transgender*, multiétnico. La nueva sociedad del conocimiento produce una subjetividad fluida, desterritorializada. Desvela un proceso que tiende a englobar todos los aspectos de la sociedad y de las formas de vida, las cuales, empero, se manifiestan en su pluralidad, que a su vez reproduce singularizaciones incontenibles. El deseo debe pasar entonces por reencontrar los nexos que unen estas pluralidades en el presente, por valorizar los elementos transversales, abandonando completamente las polaridades identitarias sean del tipo que sean. A fin de intentar delinear los contornos de la nueva subjetividad en el trabajo y en la vida debemos, por lo tanto, partir *negando* una substancia estable de la subjetividad. No sólo la *clase* —única, homogénea— sino también el *género*, entendido no sólo como una esencia, una naturaleza o una conformidad, sino también como un lenguaje. En la realidad virtual de las nuevas tecnologías los lenguajes son a-sexuados y las representaciones del yo pueden ser dispares, modificadas y corregidas a placer. El sujeto hablante de la sociedad en red no es un sujeto que surge forzosamente de la dualidad de sexos y de la cultura.³⁰ La existencia de un sujeto de múltiples identidades no es una peculiaridad de algunos personajes de la literatura y el cine —el primero de todos *Blade Runner*— sino también del sujeto en su particular existencia como ser vivo. En *Minority Report*, Philip K. Dick describe un mundo futuro en el que los homicidios pueden ser evitados gracias a las precog, individuos videntes, revisitación de la antigua figura de Casandra. Las precog prevén el

³⁰ Tiziana Terranova, *Corpi nella rete. Interfacce multiple, cyberfemminismo e agorà telematiche*, Génova, Costa&Nolan, 1996.

futuro y se lo explican a una máquina a la que están unidas. Las precog son mujeres, pero no es precisamente su sexo lo que cuenta. Es su «sentir», su manera de leer la realidad, lo que realmente hace *diferentes* a las precog. Los nuevos medios de comunicación, los sistemas de conexión y las comunidades virtuales exaltan la posibilidad de fragmentación del Yo del usuario con una infinita gama de identidades diferentes, jugando incluso con una inducida confusión de género (lo masculino en lugar de lo femenino y viceversa) que avanza interesantes ideas sobre la complejización/descomposición/nomadismo de la categoría de género y sexo en devenir. Se sigue así una continua problematización de todas las categorías mentales de los individuos y de sus identificaciones que vuelve cada vez más débil la línea de demarcación ente virtual y real. Otra dicotomía en crisis. La identidad cambiante del sujeto, exaltada por las comunidades virtuales on-line, está conectada con la nueva corporeidad que actualmente se ve atravesada por lo tecnológico y se constituye como cuerpo mutante, cuerpo en continua transformación.

El sujeto en cuestión no tiene una esencia porque es la rebelión contra toda esencia, contra la noción misma de esencia. Se trata por lo tanto de una subjetividad a pesar del sujeto, en la línea del «devenir múltiple» de Deleuze. Se trata de un sujeto que es «muchos», que para ser sí mismo tiene necesidad de ser continuamente distinto de sí mismo. Pero, que quede claro, es en cualquier caso un sujeto que se torna «Yo» en contacto con el «tú». En este sentido, se puede hablar de un «tomar cuerpo biopolítico de la multitud», es decir, de una versión reelaborada y corregida de la re-composición de clase. De forma inesperada, en el corazón de los movimientos de lo postmoderno, orientados a instituir las más feroces leyes individualistas, encontramos una representación radical de la conexión: el «sí» y el «otro» pierden su cualidad racional/de oposición

y devienen en un juego de lecturas y respuestas reflejadas en parte unas sobre otras. Por este motivo, en la época del capitalismo cognitivo, la investigación y los procesos de autoanálisis se vuelven elementos determinantes de las luchas. El *sujeto precario - diferente* es un sujeto potente precisamente por su menor ligazón con la identidad. Esta libertad/tensión del poder vinculante de una identidad unitaria que lo separa del resto, lo connota profundamente y lo hace potencialmente más propenso a las relaciones y a las alianzas con otras tantas figuras que componen el presente. Sin embargo, todavía es un sujeto sólo en parte consciente de esta potencia, hábilmente ocultada por una fragmentación que tiende, si se mira bien, a reducirlo a individuo, solo, prisionero de una triste auto-referencialidad paranoica.

Muévete, muévete y muévete

Hoy las diferencias, como decíamos, se han vuelto un factor productivo. En el centro de los nuevos procesos de producción del biocapitalismo se encuentra de hecho la *irreductible singularidad de la trayectoria de trabajo y no trabajo (vida) de cada uno de nosotros*. Diferencias y singularidades se vuelven metáforas del nuevo paradigma productivo. La contribución específica (diferente) de cada uno/a es determinante (productiva). En el trabajo y en la vida, se despliega el significado de la afirmación de que «el biocapitalismo subsume las diferencias». El trabajo necesita tiempo, atención, genera preocupación, ansiedad, soledad, sentimiento de chantaje. En su *Capitale e linguaggio*,³¹ Christian Marazzi ha mostrado que las opiniones personales pueden entrar directamente en los procesos de

³¹ Christian Marazzi, *Capitale e linguaggio*, Roma, DeriveApprodi, 2002.

acumulación y valorización. La multiplicidad de comportamientos subjetivos se encuentra en la base del *sentiment* (véanse los llamados *sentiment indicators* «la condición emotiva de los inversores que influye en la marcha de los precios y en el volumen de las contrataciones»). Dichos comportamientos vivifican toda la economía contemporánea y muestran la naturaleza completamente *precaria* del modo de producción capitalista contemporáneo. Marazzi ha insistido en el hecho de que el nuevo capital no presenta ya las características del capital fijo: «Este está constituido por el conjunto de relaciones sociales y de vida, por las modalidades de producción y adquisición de la información que, sedimentadas en la fuerza trabajo, son activadas a lo largo del proceso de producción».³²

Desde el punto de vista formal —es decir, contractual— el actual sistema saca el máximo provecho de la existencia de una multitud de figuras, fragmentadas sobre el territorio, que no tienen puntos visibles de contacto entre sí. La característica más destacada viene de la forma del propio estatus en tanto *particular*, construido sobre la base de las contrataciones individuales. En esto consiste la precariedad.

Desde el punto de vista del contenido, lo que efectivamente interesa al capitalismo cognitivo es la captación de la diferencia del individuo, entendida de forma singular, como soporte de procesos singulares que son el resultado de una acumulación de experiencias, culturas, competencias, habilidades y sensibilidades propias de cada uno.

El paradigma productivo apunta a la estandarización de los conocimientos, haciéndolos cada vez más codificables y objetivables, con el fin de que sean inmediatamente transmisibles. Esta tendencia trata de transformar

³² Christian Marazzi, *Il posto dei calzini*, cit., p. 77.

el conocimiento en un factor alienable, perfectamente separable de sus productores (piénsese en los procesos en curso en el ámbito de la formación, pero también de la información, de la producción mediática o de las industrias culturales). Al mismo tiempo, asistimos a la asimilación, dentro del proceso productivo, de componentes emocionales y experienciales únicos que marcan la *diferencia* entre los individuos en tanto bagaje imprescindible de las singularidades. Como afirma Gorz, hoy la acumulación «inmaterial» se basa en:

El saber como existencia histórica, las capacidades expresivas cooperativas que no se pueden enseñar, una vivacidad de la aplicación de los saberes que forma parte de la vida cotidiana, la capacidad de reacción y de improvisación. Un saber que no puede ser totalmente enseñado ni reducido a un conocimiento formalizado.³³

No por casualidad hablamos de *subjetividad del trabajo*. La economía del conocimiento, nos dice Gorz, implica necesariamente una parte de producción y de don de sí, conserva la marca de la «persona» del trabajador porque no se puede separar —por más que pueda operar en este sentido— de la subjetividad de los productores, de las singularidades y de sus diferencias.

El trabajador del conocimiento, hoy el más precario de los trabajadores, experimenta este camino de la identidad y de la necesidad de *ofrecerse*. La esperanza de encontrar un trabajo estable y adecuado, los desplazamientos, los ajustes, las adaptaciones, los compromisos a los que es constreñido en el curso de la experiencia laboral, le

³³ André Gorz, *L'immatériale. Conoscenza valore e capitale*, Turín, Bollati Boringheri, 2003.

obligan a una continua desterritorialización de sí. A diferencia de un pasado en el que las profesiones intelectuales tenían un significado y un papel social preciso, el trabajo del conocimiento, subyugado hoy a un proceso general y determinante de desvalorización, hace necesaria una metamorfosis permanente del sujeto y de su material devenir otro. La eventual realización no se da dentro de una fijación predeterminada —fordista— sino a través de un insistente juego que, también cuando se abandona a lo real, se desliza entre las cosas, inasible, se aventura más allá de todo límite.

El valor de mi trabajo está para mí, por desgracia, en el salario mensual. No creo en lo que hago y vivo mi condición laboral como frustrante porque me «roba» tiempo y energías preciosas que podría utilizar de otra forma. A pesar de las fuertes presiones (externas, pero también internas ligadas a la autoestima), no tengo aspiraciones de carrera y no me interesa «expresarme creativamente» en el trabajo, porque sé muy bien que mi creatividad (cualquiera que sea) supondría incrementar sus beneficios. Naturalmente desarrollo bien mi trabajo, diligentemente, de otra manera no me pagarían. Vendo mi fuerza trabajo intelectual (a un precio, por otra parte, muy bajo y establecido por ellos) y lo hago de manera que no tengan nada que decir sobre mi trabajo. Pero ciertamente no busco «dar de más» de forma propositiva.³⁴

34 *I dolori del junior web editor*, uno de los testimonios de los redactores de la red Rerepre (Redattori precari), recogidos con ocasión de los dos encuentros «Universi precari», Università statale di Milano, del 3 de marzo al 20 de abril de 2009. Entrevistas y documentos en precaria.org y rerepre.org

No hay ya sexo que tener

Hay una opacidad que hay que aclarar, una ambigüedad que se debe afrontar. Hemos intentado delinear el doble significado del concepto de diferencia, que asume un papel importante dentro de los nuevos modelos productivos y de control social. Pero si la diferencia se ha vuelto hoy funcional a la acumulación capitalista, ¿debemos deducir, entonces, que puede perder, al menos tendencialmente, su propio valor antagonista intrínseco que ha sido también parte del sentido mismo del concepto? ¿Debemos deducir que, en el proceso productivo tal y como se despliega, puede diluirse lo que la diferencia ha representado históricamente, es decir, una perspectiva fuertemente crítica de la realidad —el otro alienado— que desafía, abiertamente, a los sujetos fuertes con el propósito de la transformación social? Cuando pensamos en el «devenir mujer» de Deleuze y Guattari³⁵ sentimos cómo resuena con fuerza una reclamación, pero ¿observamos, o quizá no, una mayor disposición de las mujeres (de algunas mujeres) a la propia *normativización*, cómplice del paradigma productivo, una especie de renuncia, se podría decir, a este devenir? ¿Puede servir esta presunta disposición para explicar, por ejemplo, la presencia de nuevas jerarquías entre mujeres, su aceptación de los mecanismos de poder, o la creciente actitud de complicidad y homologación del

35 «Queremos decir sólo que estos aspectos inseparables del devenir mujer deben ser entendidos, en primer lugar, en función de otra cosa: no se trata ni de imitar ni de asumir la forma femenina sino de emitir partículas que entran en la relación de movimiento y de reposo o en las zonas de vecindad de una microfeminidad, es decir, de producir en nosotros mismos una mujer molecular, crear la mujer molecular». Luego: «Un devenir mujer como átomos de feminidad capaces de recorrer e impregnar todo un campo social contaminando a los hombres, arrastrándolos en este devenir». Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Come farsi un corpo senza organi?* Roma, Castelvecchi, 1996, p. 208 [ed. cast.: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2010].

género femenino en los procesos económicos contemporáneos? ¿Preludia esta disposición una participación que haga más extensa la adhesión de las mujeres al sistema y sus lenguajes y, por lo tanto, obstaculice el antagonismo y la conflictividad que existía en el modelo dicotómico fordista? ¿El conformismo, peculiar del capitalismo cognitivo, puede explicar la crisis del feminismo occidental, su pérdida de capacidad de atracción sobre las mujeres jóvenes y los movimientos sociales? ¿Por qué el feminismo occidental, y en particular el pensamiento de la diferencia italiano, está tan poco atento a las cuestiones raciales y de clase? ¿Por qué está tan distraído respecto de las consecuencias de la globalización, de la feminización de la inmigración y del trabajo? ¿Por qué, en determinados contextos, acaba por reducir a las mujeres a sujetos balbuceantes necesitados de leyes del Estado, de la defensa de un poder benévolo que se ocupe de resolver sus problemas? ¿La integración en una economía de servicios, el recurso cada vez más extendido de formas de servidumbre que afectan en primer lugar a las mujeres, no es una ocasión nueva y extraordinaria para el análisis? ¿Por qué — como se decía — las cuestiones sociales, económicas, las jerarquías, las relaciones de fuerza, los conflictos con el capital no son hoy resueltamente tomados en consideración por las mujeres? Como escribe Butler:

¿Qué forma parte del ámbito de la teoría feminista a fin de pensar la transformación social en caso de que se acepte que la diferencia sexual está organizada y limitada al nivel de lo simbólico? ¿Es también ese simbólico inmutable? [...] ¿Y si en realidad no tuviéramos más que abstraer el significado social de la diferencia sexual y exaltarlo en esta estructura simbólica y, por lo tanto, pre-social? ¿Se trata de un modo de probar que la diferencia sexual se encuentra más allá de la contestación social?

El concepto de «devenir» fascinó a Luce Irigaray; ella lo declinó según el principio de la diferencia sexual y a partir de la idea de que no hay simetría entre los sexos.³⁶ Sin embargo, hoy, a mi modo de ver, el espacio del devenir resulta más un espacio de afinidad y simbiosis entre partículas adyacentes (parecidas aunque diferentes); se da sobre todo como tensión hacia la transformación total, hacia la sustracción de la sofocante lógica productivista y consumista. Dentro de esta manera de pensar (que es un hacer) se produce verdaderamente *diferencia*: la vida puede mejorar frente al trabajo y frente a la feroz dimensión monista del poder contemporáneo; hay un resurgir de energías, se reenergizan las fuerzas, se reencuentra el sentido profundo de la reproducción social y del valor de uso.

Conflicto. Este es el punto central. Conseguir hacer respirar lo potente negativo que se encuentra suspendido en cada receso de lo real. Sin esta prioridad, sin el deseo de inventarse día tras día, que es la enseñanza de aquel «devenir» que fue también de Irigaray, el nuevo feminismo no conseguirá dar un paso adelante. ¿Cómo no domesticar, de hecho, entre tantas sirenas, el *concepto de diferencia*? El concepto de diferencia mantiene intacta toda su actualidad con tal de que seamos conscientes de que nos movemos sobre el resbaladizo suelo de las muchas preguntas aquí formuladas. La diferencia — que no es una sustancia, una naturaleza, una construcción original, un descubrimiento de la modernidad — deja de ser tal apenas olvida su propio elemento dinámico y constitutivo. La salvaguarda del Otro lugar — el margen es el lugar donde habita la diferencia — se produce sólo a través del replanteamiento en devenir del mecanismo de la excedencia, un mecanismo que no puede ser coartado y del cual la diferencia es expresión. Fuera de aquí, simplemente la

³⁶ Salvo Vaccaio (comp.), *Il secolo deleuziano*, Milán, Mimesis, 1997.

diferencia deja de ser tal. Se salva si se mantiene como continua y permanente interrogación. De otro modo, se presenta como un muelle, un paradigma, un símbolo.

Hoy el biocapitalismo confirma que no es la *pertenencia a un género en sí* (a un área cultural, geográfica o étnica) lo que «crea la diferencia». Esta está cada vez menos protegida dado el riesgo de subsunción en los sofisticados mecanismos de poder contemporáneos, muy diferentes de los del régimen fordista industrial ligado a las oposiciones identitarias, a los dualismos sin fin. Hoy hay que llevar a la práctica, de manera cada vez más consciente, una distinción entre las identidades colectivas y las identidades individuales y personales. Se trata quizás de aferrar la presencia de niveles diferentes. Hay que decirlo, a lo mejor con más fuerza de la que hemos empleado hasta aquí: una cosa es el *individuo* y otra el *nosotros*.³⁷ De esto resulta evidente la mayor importancia y problematicidad, respecto del pasado, también reciente, de la existencia de un *yo que decide* y que, debido a ello, se genera un mayor número de variaciones posibles respecto a lo que estamos acostumbrados a ver en otras fases históricas. Resulta interesante destacar que la importancia de la persona —también en el sentido de su hacer y decidir en sentido antagonista (diferente)— se crea no por casualidad en medio de un proceso requerido por los mecanismos productivos que ponen en el centro, precisamente, las diferencias subjetivas. De alguna manera es un espejo respecto a estos. No todas «las mujeres occidentales» (nosotras) tienen la misma reacción frente a las formas del poder y de la producción contemporáneas, precisamente porque estas últimas están cambiando. He aquí por qué asistimos a una crisis de credibilidad respecto de aquellas instancias de las «mujeres» (nosotras) que presuponen siempre una opresión sexuada, homogénea e idéntica, en

³⁷ Francesco Remotti, «Pensare oltre l'identità», en George Lapassade y Vito d'Armento (comps.), *Decostruire l'identità*, Milán, Franco Angeli, 2007.

el mundo occidental, y sobre la que se construye una respuesta ligada a modelos pertenecientes a épocas distintas. Los llamamientos y apelaciones «a las mujeres» encuentran más espacio en los media, la información se centra más fácilmente sobre estos temas —no por casualidad se han vuelto más institucionales— pero no consiguen convencer a los sujetos de carne y hueso a quienes intentan dirigirse.

Si consideramos simplemente la realidad, vemos que algunas mujeres —cada vez más— encuentran conveniente recorrer las calles de un poder no cerrado a la diferencia y que diseña inéditas dinámicas perceptivas sobre los sujetos —también sobre los hombres— expuestos al mismo. Otras, en cambio, inventan de forma distinta su propia existencia, experimentan nuevas formas de conflictividad. La precariedad del trabajo, por otra parte, resulta también adecuada a la individualización y a la personalización de las trayectorias sobre las que se construyen la producción y la reproducción, esto es, la vida contemporánea.

Habría que añadir también la normalización (generalización) de la relación sierva/patrona implícita en la feminización de la inmigración y en el recurso generalizado a la asistencia a domicilio, experiencia cotidiana para muchísimos núcleos familiares en las metrópolis de nuestro país.

Las diferencias se mueven, en definitiva, ente valoración capitalista y ruptura conflictiva, entre sujeción y procesos de subjetivación. Las diferencias hoy —ya sean de raza, género, religión— pueden funcionar tanto como elemento de transformación social de las relaciones de poder, como de normalización y reproducción de las líneas de separación y de las jerarquías en que el capital organiza la sociedad.

Palabras de amor que hablan de trabajo

Ya se ha cantado el final de todos los dogmatismos. La bioeconomía está creando un modo dinámico y fluido que, en perspectiva, puede redefinir valores y costumbres, mutar de diseño, situarse en un contexto de parámetros de comportamiento en devenir y en perpetuo movimiento. No se puede negar que existan todavía lazos que vinculan a «las mujeres», mecanismos todavía profundamente caracterizados por jerarquías sexuadas. Sin embargo, caso de que intentemos destilar una enseñanza de grado superior, nos gustaría ofrecer cierta perspectiva: en el contexto observado, creemos que el individuo goza de una mayor libertad potencial en la medida en que su relación con la norma y consigo mismo es más móvil. La violencia que las mujeres sufren todavía en Italia (de manera quizás más visible que antes), a manos de los propios compañeros, nos parece que puede ser explicada también como la última regurgitación de un mundo que se está desmoronando.

La mayor dificultad con la que los hombres controlan (mandan) los cuerpos (el hacer) de las mujeres es ejemplificadora de la caída de las dicotomías de las que hablamos. Más allá, y de acuerdo con la interpretación que estamos tratando de ofrecer, esta violencia es sobre todo espejo de una sociedad más inclinada a la psicopatología colectiva. En las relaciones de pareja afloran las horribles tensiones generadas por la bioproducción contemporánea, por la vigilancia activa y perenne que impone, por la pobreza y el empobrecimiento afectivo que crea. El bio-capitalismo destripa los afectos de hombres y mujeres en la medida en que pretende canalizar de forma forzosa estos mismos afectos (atenciones) sobre la actividad productiva, con efectos paradójicos. Esto explica por qué el capitalismo se abre tan intensamente al uso de categorías típicas de los

vínculos de amor y de las relaciones, no entre capital y trabajo, sino entre seres humanos: fidelidad, infidelidad, ética, placer, diversión, relación, deseo. Estamos frente a un régimen que se presta —según la decisión que se tome— al mayor antagonismo posible o, al contrario, a una total interiorización de la norma en función de cómo y en qué medida las imposiciones del control biopolítico contemporáneo resuenen sobre el sujeto. Exactamente como si estuviésemos frente a otro cuerpo con el que interactuar subjetivamente, con todas las complicaciones y los matices que ello comporta. Sin embargo, no nos parece que la deformidad de la elección tenga que ver inmediatamente con la pertenencia sexual del sujeto en términos generales.

El capitalismo cognitivo está de hecho bastante menos interesado que el capitalismo fordista en la marginación de las mujeres respecto del mundo del trabajo y del mercado en tanto opera con una fuerte concentración sobre la instrumentalización de la diferencia:

El capitalismo avanzado, en tanto motor de la diferencia, multiplica y capitaliza las pluralidades cuantitativas que él mismo produce. Las diferencias proliferan en interés de la mercantilización y, fundamentalmente, del beneficio. Esto no puede no influir en las identidades y en las mercancías.³⁸

Richard Gordon ha definido esta nueva situación como la «economía del trabajo a domicilio»,³⁹ es decir, la economía que hace propias muchas de las características típicas del

³⁸ Rosi Braidotti, *Trasposizioni. Sull'etica nomade*, Roma, Luca Sossella, 2008, p. 81. [ed. cast.: *Trasposiciones: sobre la ética nómada*, Madrid, Gedisa, 2009].

³⁹ Donna Haraway cita el concepto «economía del trabajo a domicilio», con referencia a Robert Gordon en la nota 38, p. 94 del *Manifesto*

«trabajo femenino». Esto se traduce, concretamente, en la posibilidad de ser usados como fuerza trabajo de reserva, más como siervos que como trabajadores, sujetos a tiempos de trabajo pagados y no pagados que ignoran el horario pactado. Esta situación implica una descualificación a amplia escala de la economía del trabajo doméstico: «La fábrica, el hogar, el mercado son integrados en una nueva relación y los lugares de las mujeres resultan cruciales; deben ser analizados en relación con las diferencias entre las mujeres y los significados que asumen las relaciones entre hombres y mujeres en situaciones diversas».⁴⁰

No intento adentrarme en la crítica postestructuralista de los *nosotros* institucionalizados, de los *nosotros* transformados en realidad permanente, ontológica. Subrayo, más bien, tal y como he intentado hacer en estos años,⁴¹ la relación materialista que siempre existe entre realidad subjetiva y procesos productivos, coherentemente con la idea según la cual las identidades se forman históricamente y por ello tienen siempre un elemento de contingencia. Si uno de los trazos principales del capitalismo contemporáneo consiste, por lo tanto, en la cooptación de las diferencias, no se puede evitar sostener que este hecho pone al concepto de diferencia frente a algunas contradicciones inéditas. En otras palabras, es prácticamente imposible que los actuales procesos productivos y sociales no tengan consecuencias sobre las mujeres, al igual que sobre

Cyborg (cit.); véase Richard Gordon «The computerisation of Daily Life, the Sexual Division of Labour and the Homework Economy», ponencia del U.C.S.C, Silicon Valley Workshop, 1983; Richard Gordon, Linda Kimball, «High Technology, Employment and the Challenges of Education», *Working Paper*, núm. 1, Silicon Valley Research Project, University of California at Santa Cruz, julio de 1985.

⁴⁰ Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 63.

⁴¹ Véase, entre otros, Cristina Morini (con el pseudónimo de Chiara Forti), *Le redazioni pericolose. Come fare la giornalista e vivere infelicamente*, Roma, DeriveApprodi, 1999.

las diferencias. He aquí una razón más que confirma la necesidad de recuperar el papel de la intelectualidad entendida como comprensión de la realidad laboral sobre la que se trata de intervenir, de acuerdo con la metodología de Marx.

En cierto sentido, esta dimensión contradictoria de la diferencia, esta tensión entre polos, no hace sino confirmar la interioridad de todo, sin excluir nada, respecto del sistema bioeconómico. Pero señala también un dato políticamente importante: si la fuerza del capitalismo cognitivo contemporáneo está en plegar las experiencias individuales a las necesidades de la producción, entonces, justamente, esa necesidad puede transformarse en el principal límite del sistema mismo. El intento del capitalismo contemporáneo de operar la completa *reificación* del individuo dentro de los procesos productivos muestra desde el inicio una falla ya que no puede proceder a una total estandarización del cerebro y cuerpo humanos, precisamente debido a la existencia de diferencias, al menos mientras estas sigan siendo tales. El saber de los individuos nunca es, de hecho, del todo transmisible fuera del circuito de la experiencia. En este sentido, vemos actuar aquella *excedencia* que se encuentra en el corazón de la diferencia y que constituye el motor de estrategias de substracción y de liberación. La infidelidad (la falta de adhesión al requerimiento de una participación cómplice, que es la base de aquella excedencia que se opone espontáneamente a la explotación) que puede ser experimentada por el sujeto frente a un proceso de producción rapaz e inadecuado a la hora de reconocer el valor de aquello que sin embargo pretende robar, sólo permite al sistema entender la sombra de la diferencia. Esta infidelidad es, de momento, fruto de una decisión singular. Se trata de una característica peculiar de la resistencia del trabajo cognitivo contemporáneo individualizado y parcelado —donde el componente femenino tiene un papel bien distinto

a la marginalidad—, del mismo modo en que el trabajo fordista había experimentado en su momento formas de sustracción a la nocividad y a la explotación del trabajo de fábrica.

Nuestro razonamiento nos lleva a pensar que en términos políticos toda reivindicación de tipo identitario está hoy destinada a sucumbir y que se debe, por lo tanto, desarrollar una cultura política capaz de hacer palanca sobre la alteridad. El concepto de identidad tiene que ser reinterpretado a la luz de la pulverización de las subjetividades que ha traído consigo la precariedad existencial en la que estamos completamente inmersos. Precariedad que ha sido introducida precisamente con la finalidad de facilitar la absorción de las diferencias en el circuito productivo, en la forma de un saber que de único e individual se ha vuelto colectivo y transmisible. En un mundo reticular e inestable, producido por el *general intellect*, se vuelve políticamente fundamental una confrontación transversal y no en términos de oposición entre las alteridades, de acuerdo con modalidades complejas y fluidas, según un proceso de recíproca integración. Exactamente como en la producción bioeconómica contemporánea, el conflicto va a tener necesidad de recurrir a las múltiples diferencias que, por el contrario, se pretende integrar. Hay que imaginar una nueva coalición entre las diferencias, nuevas alianzas capaces de subvertir aquellas normas del reconocimiento que no hacen otra cosa que legitimar la estructura jerárquica de la sociedad. Una situación en la que la reivindicación de las diferencias no es reivindicación de identidad sino apertura del campo de tensiones que despliegan los procesos de transformación. Asistiremos entonces a una realidad continuamente descentrada y accionada por reagrupamientos diferenciales y por cruces múltiples, irreductibles a cualquier formalización estática.

Consideremos atentamente el mundo en el que hoy se desarrolla nuestra existencia. Está caracterizado por una red de relaciones activas y de funciones diversas que mutan continuamente según microrrupturas, desplazamientos parciales, sustituciones de sentido, elásticas subversiones de la identidad. De forma opuesta, permanecemos ligados a una noción de «lo unitario», al protagonismo subjetivo, a las posiciones monolíticas que pretenden contener este cruce dinámico de fuerzas. Ahora esto sólo resulta funcional a la contención de los procesos de cambio. Se asume la imposibilidad de una descripción de la realidad y de su mutabilidad.

La *diferencia*, en definitiva, puede todavía marcar la diferencia si se mantiene dentro de un cuadro de perspectivas plurales y divergentes. Si se abre a acciones y luchas, abajo y arriba, horizontalmente, lateralmente, que no se detengan, que no acepten apaciguarse y claudicar. Potente, en potencia, puesto que está fuera de la espacialidad, del territorio, de los círculos cerrados de cualquier género. Fuera, en cualquier caso, de cualquier repetición del pasado.

2. La feminización del trabajo en el capitalismo cognitivo*

You must be a woman and bear the agony of creating. Prove yourself. Be strong, be kind, be wise, and it is yours. Do not at the last moment lost courage. Argue wisely and quietly. Be more than woman. Keep your brain perfectly clear, keep your balance.¹

Katherine Mansfield

DESDE HACE AÑOS, el concepto de *feminización del trabajo* ha entrado a formar parte, cada vez de una forma más consistente, de los análisis producidos por las transformaciones del mercado de trabajo vinculadas a los nuevos ciclos de la economía global. De manera general, se está tratando de definir no sólo el aumento *cuantitativo* de la población femenina activa a nivel global sino también, y sobre todo, la *calidad* del trabajo contemporáneo, es decir, las características de la actual *economía informacional*, tal

* Este capítulo es la actualización de «The feminization of labor in cognitive capitalism», *Feminist Review*, núm. 87, 2007.

¹ Debes ser una mujer y soportar la agonía de la creación. Pruébate a ti misma. Sé fuerte, sé amable, sé sabia y será tuyo. No pierdas el coraje en el último momento. Argumenta sabia y tranquilamente. Sé más que una mujer. Mantén tu mente clara, mantén tu equilibrio.

y como la define Manuel Castells,² o mejor lo que otros prefieren llamar *capitalismo cognitivo*,³ en tanto valoriza en sentido capitalista los nuevos contextos de producción. En otros términos, cuando se habla de feminización del trabajo se intenta subrayar no sólo el papel que las mujeres desarrollan en la economía global sino también su carácter paradigmático.

Saskia Sassen postula «la existencia de una relación sistémica entre la globalización y la feminización del trabajo asalariado», en el sentido de que «las estructuras que no pueden ser transferidas *offshore* y deben funcionar allí donde existe demanda, pueden utilizar mano de obra femenina, mientras las estructuras susceptibles de ser transferidas al extranjero pueden utilizar mano de obra de bajos salarios en los países menos desarrollados».⁴

En el neoliberalismo los procesos de valorización del capital se extienden a nivel global, explotando los diferenciales de desarrollo en su propia ventaja. En el complejo capítulo de las dimensiones y las implicaciones de los desplazamientos globales en los que las mujeres están inmersas, el contexto italiano representa una situación particularmente interesante. A partir de comienzos de los años noventa hemos asistido a un fuerte desarrollo de la inmigración femenina, también por efecto de una creciente demanda de trabajo doméstico debida a la inserción de las mujeres migrantes en el mercado de trabajo y, al mismo tiempo, a su exclusión de cualquier otro beneficio social.⁵

² Manuel Castells, *Il potere delle identità*, Milán, Editrice Egea, 2002 [ed. cast.: *El poder de la identidad*, Alianza Editorial, Madrid, 2002].

³ Carlo Vercellone (comp.), *Capitalismo Cognitivo*, Roma, Manifesto Libri, 2006.

⁴ Saskia Sassen, *Globalizzati e scontenti. Il destino delle minoranze nel nuovo ordine mondiale*, Milán, Il Saggiatore, 2002, p. 126.

⁵ Jacqueline Andall, *Gender Migration and Domestic Service. The politics*

En general, en Occidente, ha aumentado enormemente el número de mujeres con una ocupación retribuida. En 1950, en Estados Unidos, trabajaba el 15 % de las mujeres con niños de edad inferior a los 6 años. Hoy este porcentaje ha subido al 65 %, mientras que el total de mujeres trabajadoras en Estados Unidos llega al 72 %:

Si las mujeres del Primer Mundo hacen carrera dedicando mucho tiempo a sus profesiones, las cuidadoras y trabajadoras domésticas, que llegan a Europa por efecto de la demanda de una creciente industria de la asistencia, viven una situación análoga pero enormemente amplificada. Que dos mujeres trabajen para ganar un salario puede ser una buena idea, pero que dos madres trabajadoras se dediquen por completo al trabajo es una buena idea que ha ido demasiado lejos. Al final, tanto las mujeres del Primer Mundo como las del Tercero son piezas de un vasto juego económico del que no han escrito las reglas.⁶

En sentido general, el proceso de feminización del trabajo al que se hace referencia señala, por un lado, una implementación exponencial del trabajo a bajo coste en los mercados globales y, por otro, en Occidente, una tendencia hacia la progresiva inserción de las mujeres en el mercado de trabajo terciario (la economía de servicios), que asume un peso cada vez más relevante, al tiempo que se desarrollan formas de contratación cada vez más individualizadas.

of black women in Italy, Burlington, Ashgate, 2000, p. 63.

⁶ Ashley Russel Hochschild, *Amore e oro*, en Barbara Ehrenreich y Ashley Russel Hochschild (comps.), *Donne globali: Tate, colf e badanti*, Milán, Feltrinelli, 2004, p. 26.

Las mujeres del Sur del mundo, a través de los circuitos de la economía globalizada, son transformadas en sustitutas asalariadas de la reproducción de las mujeres del Norte del mundo, en perjuicio de su propia capacidad/voluntad reproductiva; las mujeres del Norte del mundo devienen trabajadoras cognitivas y son empujadas hacia la producción e incluso hacia el horizonte de una vida artificial y/o estéril. Las cadenas de significado sugeridas por este tipo de vínculo no tienen que ver sólo con causas y efectos. Son importantes intersecciones multidireccionales que mantienen la unión del nuevo orden imperial.⁷

Por obvias razones de complejidad no es posible ocuparse de la fenomenología del trabajo de las mujeres en los mercados globales. Aquí, por lo tanto, nos limitaremos a considerar la implementación de la explotación de las capacidades cognitivas dentro del nuevo paradigma de acumulación. Poner atención sobre esta dimensión del capitalismo cognitivo no significa determinar, de forma abstracta, una nueva centralidad: el trabajo cognitivo representa una de las nuevas formas cruciales de la dominación que, de manera general, hoy revitaliza el trabajo. Desde este punto de vista, los análisis sobre el capitalismo cognitivo no deben ser considerados antitéticos a los análisis sobre las relaciones económicas y las relaciones de explotación en otros contextos productivos. Estos análisis

⁷ Donna J. Haraway, *Testimone_modesta@ FemaleMan_incontra_OncoTopoTM. Femminismo e tecnoscienza*, Milán, Feltrinelli, 2000, p. 278. Para ulteriores profundizaciones sobre la cuestión de la migración véase, entre otros, Sandro Mezzadra, *Diritto di fuga. Migrazioni, cittadinanza, globalizzazione*, Verona, ombre corte, 2006 [ed. cast.: *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía, globalización*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2005] y Devi Sacchetto, *Il Nordest e il suo Oriente. Migranti, capitali e azioni umanitarie*, Verona, ombre corte, 2004.

pueden suponer más bien un enriquecimiento y una integración para una mayor comprensión de la realidad del trabajo vivo contemporáneo.⁸

Ya sea en el caso de las migrantes que se desplazan desde los países de origen para prestar su capacidad de trabajo en el Primer Mundo, ya sea en el caso de aquellas personas que son empleadas de manera cada vez más masiva en el sector terciario de los países occidentales, el trabajo de las mujeres parece representar un modelo al que el capitalismo contemporáneo mira con creciente interés, tanto en todo lo relacionado con las formas (precariedad, movilidad, fragmentación, bajos niveles salariales), como en lo relativo a los contenidos, considerada la nueva centralidad de la explotación intensiva de la cualidad, la capacidad y los saberes individuales. Las mujeres no sólo son funcionales a un mercado de trabajo flexible, tanto en términos de entrada como de salida, según las exigencias productivas y sociales del momento, sino que condensan también en sí, en un único cuerpo, la posibilidad de asumir los roles productivo y reproductivo. Tienen la ventaja de constituir un inmenso ahorro de costes para el capitalismo. Si existe una modalidad histórica que pueda encarnar la explotación total de la persona por parte del capitalismo, esta figura es femenina. La explotación ha sido siempre y es una apropiación indiscriminada de

⁸ A fin de contextualizar el capitalismo cognitivo en el panorama más complejo de la explotación del trabajo a nivel global véase el interesante ensayo de Silvia Federici y George Caffentzis, «Notes on the Edu-Factory and Cognitive Capitalism», *The Commoner*, núm. 12, 2007, disponible en: <http://www.commoner.org.uk/12federicicaffentz.pdf>. Véase también Silvia Federici, «Riproduzione e lotta femminista nella nuova divisione internazionale del lavoro» en Maria Rosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (comps.), *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione. Questioni delle lotte e dei movimenti*, Milán, Franco Angeli, 2003 [ed. cast.: «Reproducción y lucha feminista en la nueva división internacional del trabajo», *Revolución en punto cero*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].

cansancio, tiempo, cuerpo y saberes individuales. La modalidad de explotación de las mujeres tiene además fuertes aspectos de *no valor social*, de flexibilidad infinita, de invisibilidad, pero, bien considerado, es precisamente en estas últimas décadas cuando el capitalismo ha apuntado, en términos generales, a apropiarse con más fuerza si cabe de la polivalencia, de la multiactividad y de la cualidad del trabajo y del cuerpo femenino a partir del bagaje experiencial (cultural) de las mujeres que deriva de las actividades que históricamente han realizado en la esfera del trabajo reproductivo, en el trabajo doméstico, por no hablar de la tendencia del mercado a transformar la «naturaleza» en mercancía. En términos menos poéticos, y menos abstractos, con esto intento describir la reconfiguración de los cuerpos y la materia viva, de acuerdo con lógicas cada vez más mercantilizadoras, a través del recurso a las tecnologías (biotecnologías).

Empleo por este motivo el concepto deleuziano de «devenir mujer», aplicado al trabajo, para poner el acento sobre la naturaleza biopolítica de las relaciones que lo constituyen. Recurrir a Foucault puede ayudar a esclarecer esta idea: consideremos el carácter *performativo* —que en nuestro contexto significa «modelador de la realidad»— del trabajo contemporáneo, su acentuada parcelación e individualización, su desintelectualización a través de la interiorización profunda, en el espíritu y en el intelecto, de procesos maquínicos. El cuerpo resulta desubjetivizado, disciplinado, incluido directamente en el campo político, «las relaciones de poder operan sobre él una fuerza inmediata, lo invisten, lo marcan, lo adiestran, lo torturan, lo obligan a ciertos trabajos, a ciertas ceremonias, exigen de él ciertas señales».⁹

⁹ Michel Foucault, *Sorvegliare e punire*, Milán, Feltrinelli, 1976 [ed. cast.: *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1996].

El trabajo ha representado un innegable momento de emancipación para las mujeres frente a la opresión masculina, pero hoy este factor sólo conserva de manera muy parcial la capacidad de encarnar una experiencia positiva.

Con la precariedad generalizada, convertida en elemento estructural del capitalismo contemporáneo, el «devenir mujer del trabajo», es decir, la fragmentación de la prestación y la subsunción total, que las mujeres han experimentado en el curso de diferentes épocas en el mercado de trabajo, acaba por ser un paradigma general, con independencia del género. En este sentido, se puede decir que la figura del precario social es hoy *mujer*: lejos de constituir una forma de posible liberación del modelo opresivo fordista, la flexibilidad actual se configura como una producción permanente de fragilidad e inestabilidad, en condiciones de fragmentación sobre el territorio y de pluralidad y variabilidad de las condiciones de trabajo que hacen muy difícil cualquier tipo de recomposición. Esta condición es hoy la que prevalece en el mercado de trabajo, y no sólo para las mujeres. En el capitalismo cognitivo, precariedad, movilidad y fragmentación son elementos constitutivos del trabajo en general.

A todo esto debemos añadir que el proceso de *feminización* no sólo comprende el trabajo sino también la organización social en su conjunto, en tanto supone un ataque a todas las formas de salario indirecto y diferido. El dismantelamiento progresivo del Estado social, al que desde hace años se asiste en casi todos los países europeos, implica una erosión del salario que favorece formas privatizadas de la «aseguración» social hacia las que se orientan una serie de necesidades que no encuentran una adecuada respuesta por parte de las instituciones públicas. Esto obliga al sujeto — también aquí, al igual que en el ámbito del trabajo— a una multifuncionalidad, a una intercambiabilidad casi infinita de funciones. El modelo que se

promueve en términos sociales es dúctil, hiper-flexible, y se ha creado a partir de la *experiencia femenina*. Al recurrir a esta expresión —que ya hemos usado y que volveremos a usar— soy consciente de servirme de una generalización que comporta una serie de límites. Es evidente que hacer afirmaciones que valgan «para las mujeres» es imposible si no es a través de un trabajo continuo de articulación de los mundos parciales de los saberes situados.¹⁰ Hablar de «mujeres» y de «su experiencia» no quiere decir pensar en un *unicum*, ni mucho menos en una presunta «naturaleza» femenina, sino utilizar una simplificación necesaria, lejos de cualquier teoría que haga referencia a un binomio estático heterosexual y eurocéntrico. Antes al contrario, precisamente la presencia de sujetos de proveniencias diversas, y diversamente sexuados, y la observación de la subsunción tendencial por parte del capitalismo de todas las diferencias y de todas las formas de vida, nos ayuda a observar con más fuerza cómo el modelo de cuerpo, total y atávicamente sometido al poder de la organización capitalista, responde a un paradigma sexual y racial: «El sujeto negro, la mujer subalterna, el migrante y el exiliado, todos ellos bajo los reflectores»;¹¹ y como esta situación puede abrir, en perspectiva, «una idea de conexiones globales que nos ayude a ejercer presión y desestructurar los nudos estratégicos del poder».

La familia, la ciudad, las relaciones entre los seres humanos, se transforman progresivamente en un espacio económico. Dentro del trabajo actual se incorporan componentes lingüístico-afectivos. En este sentido, el trabajo de cuidados de las mujeres se inscribe perfectamente

¹⁰ Gayatri C. Spivak, *Critica della ragione poscoloniale*, Roma, Meltemi, 2006 [ed. cast.: *Critica de la razón poscolonial*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2010].

¹¹ Nirmal Puwar, «Parole situate e politica globale», *DeriveApprodi*, núm. 23, 2003, p. 13.

dentro de un mecanismo cognitivo muy vasto, que comprende también las relaciones, las cuales pasan a convertirse en un objeto de valorización económica.

Por un lado, se recurre a las mujeres migrantes, que sustituyen a las trabajadoras cognitivas en las tareas reproductivas, las cuales entran a formar parte de la dinámica salarial.¹² Por otro lado, todo parece desplazarse más allá en el sentido de una industrialización de la reproducción a través de la ingeniería genética.¹³ Está en juego la libertad reproductiva de las mujeres, declinada de diferentes formas, además de la mercantilización de la reproducción abierta al mercado.¹⁴

Además, la precarización de la relación laboral en el capitalismo cognitivo es más compleja, ya sea desde el punto de vista del redimensionamiento del papel de la empresa (piénsese en la pérdida de peso de los mercados internos producida por la polarización de las funciones laborales), ya sea por el hecho de que algunas prestaciones laborales pasan a la comunidad y/o a la familia y/o a individuos (por ejemplo las actividades de colocación y formación, o las de servicio y cuidado) las cuales constituyen en cualquier caso un coste y un factor de mayor dificultad y complejidad que incide sobre la riqueza y sobre la calidad de la vida.

¹² Cristina Morini, *La serva serve. Le nuove forzate del lavoro domestico*, Roma, DeriveApprodi, 2001.

¹³ Sarah Franklin, «Making Representations: The Parliamentary Debate on the Human Fertilisation and Embryology Act» en Jeremy Edwards (comp.), *Technologies of Procreation: Kinship in the Age of Assisted Conception*, Manchester University Press, 1993.

¹⁴ Sobre este tema véase también Carol Pateman, *Il contratto sessuale*, Bolonia, Il Cerchio, 1997 [ed. cast.: *El contrato sexual*, Anthropos, Rubí, 1995] y Sara Ongaro, «Dalla riproduzione produttiva alla produzione riproduttiva», en *Posse. Divenire-donna della politica*, Roma, Manifestolibri, 2003, pp. 22-32.

La atomización de las actuales situaciones laborales genera una interesante paradoja: el beneficio se produce por la suma de la riqueza producida por la cooperación de la multitud, pero dicha extracción es posible sólo y precisamente por su condición fragmentada en diferentes situaciones individuales. A cada individuo le corresponde hoy, como se apuntaba más arriba, la individualización de su propia relación laboral. La condición de precariedad que deriva de la contratación individual exaspera, por un lado, la percepción de sí mismos como *unicidad* y, por otro, favorece la más amplia disponibilidad a la homologación del consumo de los estilos de vida, de los lenguajes, de las marcas. De ahí que la victoria del paradigma productivo neoliberal globalizado tienda a instaurar el dominio del *pensamiento único*, la «*unirracionalización*» de la vida.

El capitalismo cognitivo se dibuja, de una parte, a partir de las diversas esferas experienciales e individuales de hombres y mujeres, nativas y migrantes; de otra, trata de imponer un dispositivo único y homogéneo de mando sobre el trabajo: son las diferencias y su explotación lo que se traduce en superávit de riqueza. Desde este punto de vista, las dicotomías simples y binarias como producción/reproducción, trabajo masculino/trabajo femenino, pierden su significado hasta empujarnos a plantear como hipótesis un proceso tendencial de *desgenerización* del trabajo.

Finalmente, cuando hablamos de feminización del trabajo en el capitalismo cognitivo, deberíamos entenderla cada vez más como un proceso que tiene que ver, no sólo con la esfera de la «producción» sino con la entera organización social y cultural.

Características y contenidos del trabajo cognitivo contemporáneo

En las áreas donde el capitalismo cognitivo está más desarrollado, a las cuales intento referirme como ya he especificado antes, nuestro hacer general se vuelve, de manera cada vez más visible, *trabajo productivo*. Nos cuesta separar los momentos en que vivimos de aquellos en los que trabajamos, confusión que produce tensión y ambivalencia. Una característica peculiar del modo de producción actual es la explotación de la capacidad de creación, reacción, relación; son los llamados intercambios lingüísticos y cooperativos: el sujeto precario existe en la red de relaciones, podemos decir incluso que fuera de la misma no tiene consistencia. Identidad personal, social y comunicativa tienden a identificarse, en una suerte de cortocircuito.

Hoy el capitalismo cognitivo conjuga, en diversas partes del mundo, formas arcaicas y formas innovadoras de trabajo, todas ellas actuales y funcionales. Llegados a este punto, sin adentrarme demasiado en los detalles, me gustaría contradecir la crítica, superficial a mi modo de ver, que explica que las teorías inherentes al capitalismo cognitivo se olvidan de los sistemas de producción y de los mecanismos de explotación propios del Sur del mundo. Según tal afirmación, el capitalismo cognitivo tendría, si acaso, alguna razón de existir únicamente en los países de desarrollo industrial avanzado pero no en el llamado Tercer Mundo. En el Sur del mundo se encuentran, ciertamente, y en mayor medida, formas de producción de tipo clásico (pre-taylorista y taylorista), pero se percibe también la creciente presencia de un proletariado digital, además de segmentos de especialización cognitiva. En muchos lugares, se asiste a la copresencia de sistemas diferentes —las categorías de interno/externo, público/privado, casa/oficina no solamente coexisten sino que

tienden a fundirse— que representan también aquí la caída de viejas jerarquías, dicotomías y separaciones «a priori». La retórica tercermundista no es, desde este punto de vista, capaz de desmontar el sentido del análisis del capitalismo cognitivo-relacional.

Se asiste, por un lado, a un proceso parcial de retaylorización del trabajo intelectual, por otro, a la transformación de las actividades sociales y humanas en trabajo directamente productivo. En otros momentos históricos el lugar del trabajo ha tenido un papel fundamental desde el punto de vista formativo y recompositivo de los sujetos.¹⁵ Hoy el lugar de trabajo no ocupa el centro único de la (in)formación del sujeto: la actividad laboral requiere competencias cada vez más amplias que son activadas por el conjunto de la red social y territorial en la que el sujeto se mueve; se puede decir que dicha actividad tiende a englobar todas las esferas vitales de la sociedad. El trabajo actual *se alimenta* de la misma inmensidad que individual y subjetivamente nos alimenta. Hay en el trabajo una excedencia de sentido, de significado y de producción simbólica de la que nuestra subjetividad puesta a trabajar es naturalmente portadora, puesto que la economía del conocimiento actual convierte pensamientos, deseos, pulsiones y afectos en elementos cuantificables, mensurables y monetarizables. La economía del conocimiento apunta, por lo tanto, a reducir las vidas y su complejidad a «patrimonio estratégico» de la empresa.¹⁶

Asistimos a una mezcla tal entre «creación» y «producción» que se hace necesario un trabajo profundo, también subjetivo, sobre estas dos categorías a la luz de los nuevos procesos productivos. ¿Qué hacemos para entender dónde

¹⁵ Harry Bravermann, *Lavoro e capitale monopolistico*, Turín, Einaudi, 1978.

¹⁶ Yann Moulier Boutang, *Le Capitalisme Cognitif. La Nouvelle Grande Transformation*, París, Éditions Amsterdam, 2007.

se generan (y cómo, en qué formas, ¿viejas, inmutables, conocidas o nuevas?) la explotación, la reificación, la alienación y la patología en el trabajo contemporáneo? Y viceversa ¿dónde están, dónde se sitúan, la invención, la creación, la acción? ¿Tiende a establecerse una soldadura entre ambos campos, cómplices, necesidad e imposición de la precariedad?

La relación entre proyecto y ejecución, y por lo tanto la relación entre trabajo intelectual y trabajo manual, ha cambiado por completo con las tecnologías informáticas. Para decirlo con A. Gorz,¹⁷ las «actividades no pagadas más comunes y cotidianas se confunden con la actividad productiva viviente de un ambiente habitado y se vuelven *objeto* del trabajo mismo», instaurando de esta manera un proceso *bioeconómico*.¹⁸ Se podría decir que el *trabajo vivo* no consigue vencer en esta situación al *trabajo muerto*. Parece encontrarse frente a un incremento sin límites del trabajo muerto, incluso en la producción inmaterial mediante ordenadores, que hace posible gobernar, aumentar, masificar, estandarizar y cuantificar la productividad del trabajo cognitivo. Todo ello coadyuvado por un mecanismo de producción ininterrumpida de informaciones y símbolos que procede a controlar, o a canalizar, cada pulsión, pensamiento y deseo humano hacia el trabajo. Se produce así un proceso de *mortificación* de aquello que parece, *ab origine*, *trabajo vivo*.

Es particularmente interesante el aspecto potencialmente «transformador» que el trabajo, un trabajo que tiende a asumir este papel invasivo de la existencia, tiene o puede tener sobre el sujeto. Una capacidad tendencial de modificación del ser humano y de su modo de

¹⁷ André Gorz, *L'immateriale*, cit., p. 137.

¹⁸ Andrea Fumagalli, *Bioeconomia e capitalismo cognitivo. Verso un nuovo paradigma di accumulazione*, Roma, Carocci, 2007 [ed. cast.: *Bioeconomía y capitalismo cognitivo: hacia un nuevo paradigma de acumulación*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].

existir y de *sentir* el mundo que alimenta una «variación antropológica».¹⁹ Esta tendencial «variación de la especie», generada por las transformaciones del trabajo contemporáneo, se realiza sobre todo a través de los mecanismos activados subjetivamente por la precariedad, a partir de la descompaginación de las categorías de *tiempo* y *espacio*, y a través de los nuevos procesos de valorización del capital cognitivo y de control social.²⁰

La forma que hoy asume el trabajo engloba tiempo y cualidades subjetivas y, en este sentido, como se ha dicho más arriba, las mujeres representan un yacimiento estratégico particularmente apetecible. La caída del modelo fordista supone el desplome de un aspecto fundamental: la separación entre trabajo y trabajador. La puesta a producir de emociones, sentimientos, toda la vida extra-laboral, las redes territoriales y sociales, significa en la práctica que a la persona se la hace productiva por su mera existencia. Lo que verdadera y completamente se ha desentrañado es la nueva naturaleza del trabajo, esta manera de ser *vida activa* antes que «mero trabajo» separado de la esfera biológico-reproductiva.

Cada vez es más evidente lo que intentábamos decir con las definiciones previas, a propósito del carácter intercambiable del papel productivo y del papel reproductivo, de las conexiones más amplias entre vida y trabajo y de la *feminización del trabajo*. Es posible que todo esto suponga, considerado en perspectiva y como sostiene Christian

19 Christian Marazzi, «Capitalismo digitale e modello antropogenetico del lavoro. L'ammortamento del corpo macchina», en VV.AA (comps.), *Reinventare il lavoro*, Roma, Sapere, 2000, 2005, pp. 107-126.

20 Sergio Bologna, «Dieci tesi per la definizione di uno statuto del lavoro autonomo», en Sergio Bologna, Andrea Fumagalli (comps.), *Il lavoro autonomo di seconda generazione. Scenari del postfordismo in Italia*, Milán, Feltrinelli, 1997, pp. 13-42 [ed. cast.: *Crisis de la clase media y postfordismo*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2006].

Marazzi, el final de la categoría trabajo en sentido estricto.²¹ No en el sentido de J. Rifkin o de liberación del trabajo sino precisamente lo contrario: en el sentido de que el trabajo pretende cada vez más *devorarlo todo*, logrando así, definitivamente, que *la existencia se vuelva trabajo*, superar la separación fordista y fundir trabajo y trabajador. «El problema no es el final del trabajo sino el trabajo sin fin», como ha dicho de manera muy eficaz Daniel Cohen.²² El problema no es «ser flexibles», sino la inflexible flexibilidad del presente.

Objetivamente, en los últimos veinte años, hemos asistido a un constante alargamiento de la jornada laboral. Una investigación de principios de los años noventa de Juliette Schor²³ demuestra que la vida laboral (profesional y doméstica) de los estadounidenses en los últimos veinte años se ha dilatado hasta dejar sólo dieciséis horas de tiempo libre a la semana. Ciertamente, hoy ha disminuido el tiempo de trabajo necesario para la producción material (ejecución manufacturera) gracias a los procesos de automatización; pero, al mismo tiempo, el tiempo de trabajo vivo lingüístico-comunicativo-relacional y la cooperación creadora de valor ha aumentado de manera exponencial.

Michel Foucault explica que después de una primera toma de poder sobre el cuerpo, realizada a través de la individualización y de las tecnologías disciplinarias del trabajo, asistimos a una segunda toma de poder que pasa por la masificación, la permeabilidad y la absolutización

²¹ Christian Marazzi, *Capitale e linguaggio*, cit.

²² Daniel Cohen, *I nostri tempi moderni. Dal capitale finanziario al capitale umano*, Turín, Einaudi, 2001 [ed. cast.: *Nuestros tiempos modernos*, Barcelona, Tusquets Editores, 2001].

²³ Juliette B. Schor, *Overworked America: The Unexpected Decline of Leisure*, Nueva York, Basic Books, 1992.

de lo económico en tanto reflejo de la centralidad alcanzada por el lenguaje, en el mismo sentido que anteriormente tuviera el cuerpo:

A diferencia de la disciplina, que atropella al cuerpo, esta nueva técnica de poder no disciplinario, es una biopolítica de la especie humana que se aplica a la vida de los hombres, o mejor dicho, que comprende no tanto al hombre-cuerpo como al hombre que vive o al hombre en tanto ser vivo. Podríamos decir que comprende al hombre-especie.²⁴

Dos macroámbitos muestran, en el plano de los contenidos, cómo las características del trabajo hoy tienen una estrecha relación con el bagaje experiencial femenino. Con esto se intenta, una vez más, subrayar la recuperación y el uso que el capitalismo cognitivo hace de la experiencia histórica de las mujeres en el espacio y en el tiempo.

Intentemos observar en primer lugar el espacio. El *home office* o la *domestication* del trabajo delinea el nuevo paisaje hogareño del trabajo. Vida privada y vida laboral se integran dentro de los espacios domésticos y ambos ámbitos se transforman e hibridan recíprocamente. ¿El hogar se dilata hasta englobar la propia actividad laboral o justo al contrario, es el trabajo el que viola una zona íntima y protegida? Véase también el aspecto totalmente simbólico de la reorganización estética de los espacios de trabajo que ha tomado nota de la cultura de la diferencia y de la diversidad, tal y como muestra Eleonora Fioranti.²⁵

²⁴ Michel Foucault, *Nascita della biopolitica*, Milán, Feltrinelli, 2005, p. 49 [ed. cast.: *El nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal, 2009].

²⁵ Eleonora Fioranti, *La nuova condizione di vita. Lavoro, corpo, territorio*, Milán, Lupetti, 2003.

Estamos en la *oficina nómada*. En algunos contextos de trabajo inmaterial —hay ejemplos muy avanzados, en este sentido, en Japón, USA o el Norte de Europa—, la oficina no es ya un espacio rígido y separado sino un lugar de encuentros informales, una especie de plaza (al igual que el centro comercial ha ocupado el lugar de la plaza del pueblo), que funciona e interacciona con unidades diversas (zonas creativas, de intercambio, de reflexión, zonas de relax, de descompresión, de estudio).

Incluso el emplazamiento del trabajo es *nómada*: no ya un nido o refugio sino una parada o escala; no ya un lugar en el que establecerse sino un lugar de tránsito: «El trabajo y su geografía se expresan a través de localizaciones dispersas, descentradas, unidas virtualmente, lo que configura al mismo tiempo las nuevas mutaciones del vivir».²⁶

Estos ejemplos son sintomáticos de la condición transitoria y cambiante del trabajo contemporáneo; retratan la asunción de *otras* esferas de la existencia (pensar, relajarse, hacer gimnasia, socializar) dentro del espacio de trabajo. El hogar se vuelve parte del espacio productivo, *lugar explícitamente económico*, donde se mueven actores económicos (los sujetos que usan su propia casa como una oficina y también las limpiadoras, canguros, trabajadoras domésticas) para los que resulta menos evidente la separación entre producción y reproducción.

Asistimos, además, a una *reorganización del tiempo*. El tiempo de trabajo se modifica haciendo saltar por los aires la diferencia entre tiempo de trabajo y tiempo libre, alterando incluso el tiempo de vigilia y de sueño. Estamos, como decíamos antes, frente a una verdadera revolución antropológica que nos permite vislumbrar un horizonte de hipotética transformación de la especie. Piénsese en el final de la

²⁶ *Ibíd.*, p. 246.

alternancia de los diferentes tiempos sociales, en la percepción de la jornada diaria donde prácticamente no hay lugar para la pausa. El efecto es el de una profunda subversión de la sucesión de los hechos sociales (el tiempo de trabajo y el tiempo para encontrarse... la noche y el día...).

Por citar un caso emblemático, en Asia el teletrabajo representa el símbolo de la modernización basada en la absolutización del doble o triple papel laboral, lo que requiere capacidad de adaptación y flexibilidad infinitas, realidad muy presente en las mujeres. Así es como la deslocalización a India o Paquistán de los *call center* de las multinacionales (*data outsourcing*) requiere elevadas capacidades altruistas, de escucha o de empatía por parte de los teleoperadores y teleoperadoras. Estos ejemplos, entre tantos otros posibles, nos muestran una típica tendencia femenina, esto es, la transferencia de modalidades y lógicas del trabajo de cuidados, en particular de la relación madre-hijo, la cual casi *no tiene fronteras de tiempo y dedicación*, dentro del trabajo profesional. Una modalidad que se puede pensar también como una estrategia, experimentada a nivel subjetivo por las mujeres, a fin de conciliar los distintos ámbitos y gobernar su separación «a través de la elaboración de mecanismos inmediatamente tendentes a la satisfacción de las necesidades y cuyas relaciones están caracterizadas por un comportamiento expresivo, no instrumental, orientado no tanto a la realización de objetivos futuros definidos con precisión, como a estructurar el flujo de afectividad». ²⁷ En otras palabras, se trata de una «actitud cultural» de las mujeres que se vuelve absolutamente funcional a las necesidades de las actuales corporaciones. La esfera del trabajo tiene la pretensión de ser un cuerpo vivo, que necesita de todo el tiempo, de todos los cuidados, palabras y acciones. Si en el juego económico entra la

²⁷ Ulrike Prokop, *Realtà e desiderio. L'ambivalenza femminile*, Milán, Feltrinelli, 1978.

propia vida (acumulación bioeconómica), las mujeres son empujadas a desviarse hacia la «empresa-cuerpo-vivo» con todo su tiempo, con todos los cuidados, todas las palabras y todas las atenciones necesarias.

Diez, doce (y más) horas de trabajo diario son, de media, normales en toda la región del este de Europa. En toda Europa, incluida Suiza, y en particular Italia, se asiste a una progresiva ampliación de los horarios de trabajo²⁸ (forma parte también de este cuadro una disminución generalizada de los días de vacaciones, de las bajas por enfermedad y de las ausencias en el trabajo).

En Estados Unidos este proceso corresponde con la teorización del modelo llamado *work-and-spend cycle*. Olivier Blanchard, del Massachusetts Institute of Technology, calcula que en el marco de este esquema, entre los años 1970 y 2000, las horas trabajadas por persona aumentaron un 26 % en Estados Unidos.²⁹

En la base del cada vez mayor compromiso con el trabajo de los estadounidenses y de la tendencia de los europeos a imitarlos se encuentran la incertidumbre y la precariedad de nuestras vidas, además de la atemorizante y

²⁸ Según un estudio de Lionello Tronti del ISTAT (Instituto de Estadística Italiano), el horario real de los asalariados del sector privado es, en Italia, de «1.694 horas al año: 153 horas más que en Francia, 225 más que en Alemania, 73 más que en Inglaterra, 60 más que en España. Además, el horario italiano supera en 143 horas la media de los 15 países de pertenencia más antigua a la UE; si comparamos estas cifras con las de los países de reciente incorporación a la Unión Europea, resulta sólo significativamente inferior a las de Polonia y Rumanía» (www.lavoce.info, 9 de enero de 2006). Los italianos son los únicos, dentro de la UE, que en número de horas de trabajo están alineados con Estados Unidos (1.810 horas por año en 2010), una cifra muy superior a la de Francia, Alemania y Reino Unido (1.498 horas de media).

²⁹ U.S Bureau of Labor Statistics, *Current Employment Statistics-CES (National)*, varios años: <http://www.bls.gov/ces>

apremiante puja por incrementar el consumo ante la tendencia a la baja del poder adquisitivo de los salarios. En el *work-and-spend cycle* de las sociedades contemporáneas occidentales se registra la tendencia, que Galbraith definía ya en 1967, a desear antes los bienes de consumo que el tiempo libre; pero es posible notar y subrayar cómo, detrás del espectro de la precariedad, las singularidades son plegadas a una lógica *adaptativa/sacrificial/oblativa* que arrastra un bagaje cultural propio de la experiencia histórica femenina. Asistimos a una extensión de las fronteras del concepto de subsunción que pretende entrar en conexión directa con las esferas de lo vivido por el sujeto.

Las características típicas de este cambio de paradigma pueden ser esquematizadas de la siguiente manera:

1. El modelo de organización del trabajo actual, precario, adaptativo, integrado en pequeños trabajos de servicios, trabajo temporal, *trabajo nómada en la oficina nómada* o hecho de prestaciones a domicilio pero a través de las nuevas máquinas (ordenadores), se presenta, en lo que se refiere a las principales características de su contenido, como una modalidad histórica del trabajo femenino. Al mismo tiempo, la propia realidad excedente de esta condición de explotación extensiva/intensiva de lo existente puede ascender al nivel de metáfora de las nuevas formas de presión, subsunción y violencia a las que parece condenada gran parte de la humanidad, independientemente de su género.
2. Al iluminar este aspecto del *trabajo incesante* (en términos de tiempo y de sentido), del *trabajo nómada* y del *trabajo domesticado* (en el sentido de que se desarrolla dentro de los muros domésticos) se entiende la esencia de la feminización del trabajo,

o bien por qué las mujeres representan un extraordinario paradigma para los objetivos del capitalismo actual.

3. Podemos considerar que estamos ante una *inflexible flexibilidad*. Somos conscientes del hecho de que parte de las reivindicaciones obreras de los años sesenta, particularmente en Italia, se basaban en la demanda de «menos trabajo» y de una mayor flexibilidad (lo que quería decir más tiempo de vida frente al tiempo de máquina), cuando no se enunciaba directamente el rechazo al trabajo. El modo de producción postfordista se ha desarrollado a partir de la metabolización de la crítica social y cultural al modelo fordista de los años setenta.³⁰ Hoy sabemos con certeza que la realidad en la que nos encontramos, por todas las razones expresadas arriba, no puede configurarse como una forma de flexibilidad sino que pretende, más bien, presentarse como una forma de creciente sometimiento de las existencias y de las inteligencias puestas a trabajar.

La actual estructura del trabajo muestra, por el contrario, una extrema *rigidez*, una vocación *prescriptiva* y, al mismo tiempo, una mayor codicia (quiere más «tiempo», más «espacio», más «sentido», más «atención») lo que reverbera sobre la experiencia del sujeto precisamente en la medida en que se encuentra dentro de un esquema extremadamente flexible en favor de la empresa.

³⁰ Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*, París, Gallimard, 1999 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2002].

4. El esquema impuesto por la precariedad rampante implica para las mujeres, si bien sólo en apariencia, el riesgo de una *mayor cristalización de diversas figuras sociales*; esta idea podría venir sugerida por el hecho de que la individualización y el *devenir informal* de la relación laboral opera también sobre el plano de la organización social y se traslada, obligatoriamente, como se ha dicho ya, hacia el individuo y/o hacia la familia, en definitiva hacia lo privado. Pero por el contrario, es posible afirmar que la precariedad contribuye, en perspectiva, a *de/re/construir la identidad, desgenerizando* el trabajo. Con esto no se intenta sostener que la precariedad pueda ayudar a la maduración de una superación de la división sexual de la existencia en un sentido progresista o evolutivo de la sociedad, sino que ciertamente se puede comprobar que la precariedad, para los fines de los nuevos mecanismos de acumulación flexible, injerta y conjuga el proceso de feminización del trabajo dominando un aspecto transformador de la persona y favoreciendo una demolición progresiva de las dicotomías, *también fordistas*, hombre/mujer, producción/reproducción. Hoy las diferencias, en su variada multiplicidad singular, se vuelven objeto de extracción capitalista de valor.

Trabajadores y trabajadoras del conocimiento

En Italia, las mujeres representan de media el 38,8 % de la ocupación total. En 6 de los 28 sectores de actividad económica las mujeres son mayoría (fuente ISTAT, Censo de Población, 2001): las actividades de servicio y las actividades familiares, la educación y la formación, la sanidad

y la asistencia social, los servicios en general, el sector terciario ligado al comercio, las organizaciones asociativas, políticas y sindicales. Por contra, en casi todas las ramas de la industria la presencia femenina es marginal. La concentración femenina más elevada en términos absolutos se observa en tres sectores del terciario (formación, sanidad y asistencia). En este marco, Milán representa una avanzadilla. Según el *Osservatorio provinciale* del mercado de trabajo³¹ de 2004, el nivel de ocupación femenina en la provincia de Milán resulta superior, en casi doce puntos, respecto de la media nacional (56,9 % frente a un 45,2 %) y casi dos puntos mayor que la media de la región de Lombardía (55 %), con un crecimiento constante en el último decenio. La incidencia del componente femenino sobre el total de la ocupación milanesa muestra una dinámica significativa en los últimos diez años, pasando del 38 % de 1993 al 43 % de 2004. Si tal evolución se confirmase también en la próxima década, se puede estimar que en 2020 la mitad de la población laboral milanesa será femenina.³²

Los trabajadores de las actividades terciarias milanesas representan la parte mayor del total de los empleos y, en el curso de 2004 vieron aumentar su propio peso, alcanzando el 68 % del total, un valor nunca antes alcanzado. Se puede estimar que la mitad de ellos (el 34 % del cómputo total de la ocupación del país) desarrolla una actividad cognitivo-inmaterial y su número parece destinado a crecer. Por contra, los trabajadores de la industria disminuyeron hasta el 31,6 %, con un descenso del 2,3 % respecto del año anterior. Consideradas en detalle, las actividades manufactureras en sentido estricto, registraron una contracción del 1,6 %, y se quedaron en el 25,7 % del total. Milán presenta el grado más elevado de lo que hoy

³¹ Provincia di Milano, *Il lavoro difficile. Rapporto 2004 sul mercato del lavoro e le politiche del lavoro in Provincia di Milano*, Milán, Franco Angeli, 2006.

³² *Ibidem*, p. 53.

en día se define como proceso de terciarización y feminización del trabajo: el mayor número de posibilidades de empleo para las mujeres (ocupabilidad)³³ son ofertadas en los sectores de la producción cognitiva.

La experiencia femenina se vuelve fundamental en el ámbito de la producción cognitiva. La dimensión lingüística caracteriza a la especie humana y las mujeres parecen tener más «conexión» con esta facultad³⁴ (la lengua madre se encuentra cerca de la esfera emotiva del cerebro). Además podemos poner de relieve que, en el capitalismo cognitivo, que basa la extracción de valor esencialmente en las tecnologías del lenguaje, las mujeres acaban, para bien o para mal, por asumir un papel estratégico. «La principal novedad del postfordismo consiste en haber puesto el lenguaje a trabajar. La comunicación social se ha vuelto materia prima, el instrumento y frecuentemente el resultado de la producción contemporánea».³⁵

³³ Si separamos los datos por franjas de edad, el nivel de actividad y de desocupación resultan todavía más divergentes que los nacionales en la franja de edad entre los 25 y los 40 años. Después de los 40 años se registra un brusco decrecimiento, sobre todo en la tasa de actividad femenina.

³⁴ Citamos entre los muchos casos posibles, los estudios de Alfred Tomatis, según el cual la necesidad de comunicación «nace antes de nada por el deseo de no romper (o eventualmente renovar) la relación auditiva establecida con la madre durante la vida prenatal. El ser humano quiere conservar o reencontrar un mundo de vínculos con el mundo externo y con el otro mundo que le ha producido, cuando se encontraba todavía en un estado embrional, las más grandes satisfacciones». Alfred Tomatis, *L'oreille et la vie*, París, Laffront, 1977, p. 248.

³⁵ Paolo Virno, *Grammatica della moltitudine*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2001, p. 63 [ed. cast.: *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003].

Lo hemos analizado ya: los nuevos procesos de acumulación del capital subsumen, con el propósito de ampliar su propia reproducción, toda la inmaterialidad/materialidad de sentimientos, saberes, cuerpos, experiencias y recursos de la vida. Uno de los paradigmas del sistema de producción presente está representado por el trabajo inmaterial. Con tal concepto intentamos evocar todo lo que hoy significa, de una forma aparentemente vaga si bien dramáticamente precisa, la extracción de valor de la actividad cognitiva y relacional del ser humano; esto es, de los saberes, de la formación, del aparato simbólico y experiencial de los sujetos individuales, de su creatividad y su capacidad natural de cooperación. Los términos, todavía difusos, de «economía del conocimiento» o «sociedad de la información» se refieren en el fondo a la utilización del saber y de la creatividad como características indispensables del trabajo vivo, puesto que éste último se utiliza específicamente para producir la capacidad de pensamiento, de comunicación, de lenguaje, de cooperación. Si el fordismo representa la era de la producción material de mercancías, y para tal fin utiliza la fuerza del cuerpo, el postfordismo encarna la época de la producción de conocimiento a través de la valorización de las facultades relacionales, comunicativas, cognitivas. La materia a transformar es estimulada por secuencias digitales, «el trabajo productivo (el trabajo que hoy produce valor) consiste en cumplir simulaciones que los automatismos informáticos transmiten después sobre la materia».³⁶ El modo en que cada uno de nosotros trabaja cotidianamente en su ordenador es abstracto, pero el contenido cognoscitivo que el trabajo digital permite realizar es concreto y específico, generando una mayor complicación entre ambos elementos: una ambigüedad y una ambivalencia que reverbera sobre la

³⁶ Franco Berardi (Bifo), *La fabbrica dell'infelicità. New Economy e movimento del cognitariato*, Roma, DeriveApprodi, 2001, p. 134 [ed. cast.: *La fábrica de la infelicidad: nuevas formas del trabajo y movimiento global*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003].

vida en su conjunto, así como sobre la experiencia perceptiva (abstracción/ejecución, producción/creación), creando tensión, tal y como se ha descrito antes.

Ciertamente es innegable que las características comunicativas/cognitivas/emotivas estén presentes en gran parte de la actividad laboral humana (desde el trabajador de *call center* al cajero de *McDonalds* o a la cajera de supermercado, a todos se les exige y se les instruye en tal sentido). Restringir el campo y fijar la atención en los trabajadores o las trabajadoras del conocimiento, esto es, sobre quienes se mueven en el ámbito de la producción comunicativa, de la producción cultural y formativa en sentido estricto (investigadores universitarios, periodistas, editores de web, asesores, estilistas, publicistas...), significa intentar determinar la tendencia y destilar de la misma el aspecto paradigmático.

No es casualidad que, precisamente en estas áreas, se asista a una creciente generalización de las condiciones de precariedad que cada vez son menos episódicas y más estructurales. Los periodistas precarios en Italia son cerca de 60.000, frente a los 17.000 redactores con un contrato de trabajo indefinido y los cerca de 55.000 investigadores universitarios precarios.³⁷ Aceptamos que esto depende de las características implícitas en la prestación laboral inmaterial, a caballo de forma ambigua entre un uso individual de las capacidades cognitivas y creativas de los individuos y la cada vez más masificada estandarización de las formas de conocimiento, de la información y de la formación. El marco que abarca y delimita todo esto —y

³⁷ En la medida en que se trata de datos no precisos (puesto que en Italia falta un registro de población que cense estas figuras) no nos resulta posible establecer el porcentaje de presencia femenina. A partir de una serie de estadísticas realizadas por periódicos o universidades se puede deducir que las mujeres son hoy, en todos los casos, mayoría relativa dentro de estas profesiones.

sirve transversalmente tanto para las universidades como para la producción de informaciones en los periódicos o en webs, o para las formas «comerciales» artísticas— muestra una atención creciente a los beneficios *tout court* e incluso a intentos de mensurabilidad del tiempo y de la producción de los sujetos implicados. De otra parte, el aspecto individual implícito en tales prestaciones laborales se salda con la tendencia a la determinación de las relaciones de trabajo y acaba por traducirse en una precariedad existencial así como en un progresivo empeoramiento de las condiciones de trabajo, a través de un sistemático desmantelamiento de toda forma de garantía.

El proceso de precarización del trabajo se atiene, en definitiva, a la sustancia de estas profesiones en las que el ser individuo, el ser sujeto y el ser actor —con competencias y capacidades cognitivas peculiares, saberes y experiencias del todo personales—, juega un papel determinante; esta es la raíz tanto de formas de auto-explotación como de la dificultad de crear conexiones y relaciones conflictivas (como la desvinculación respecto a reivindicaciones sindicales, incluso autoorganizadas, o la relación con las estructuras jerárquicas). En este sentido, los mecanismos de control se están volviendo verdaderamente inmanentes al campo social, generalizándose en el cuerpo y en el cerebro de las personas. Nos enfrentamos con formas de alienación autónomamente elegidas que parten, de forma precisa e increíble, del deseo de creatividad de los propios sujetos.

Este tipo de proceso acaba por influir también en la composición de género de las profesiones cognitivas, precisamente en el sentido que hemos sostenido más arriba: las mujeres resultan más adecuadas debido a las características cualitativas/adaptativas que son capaces de garantizar. De acuerdo con una investigación desarrollada

por Francesca Gambarotto y Giorgio Brunello,³⁸ la precariedad de las condiciones laborales de los investigadores puede acabar influyendo en la distribución de género de los docentes universitarios y reforzar el proceso de feminización en la fase de ingreso en la carrera universitaria. Hay que recordar que este proceso es ya notable en el caso de la universidad italiana, donde el 39,3 % del personal total son investigadoras mujeres, frente a un 19,1 % de hombres en tareas de investigación. Pero es sobre todo la tendencia del proceso lo que resulta particularmente interesante:

El proceso de segregación de género va frecuentemente de la mano de bajas retribuciones y condiciones laborales poco favorables. No está claro, sin embargo, si son los bajos salarios los que hacen socialmente poco deseable el papel de investigador, creando así espacios laborales para las mujeres, o bien al contrario, si es la fuerte presencia femenina en el nivel más bajo de la docencia universitaria lo que reduce el valor económico a causa de los prejuicios sociales. [...] Una baja retribución del trabajo de investigador, además de señalar el modesto valor social que en nuestro país se reconoce a esta profesión, reduce el prestigio, sobre todo para los jóvenes de mayor talento. [...] Es por lo tanto lícito lanzar la hipótesis de que el prestigio social de la profesión universitaria se recrea a través de la formación de un doble circuito profesional: una base de investigación flexible, fundamentalmente femenina, dispuesta a aceptar bajas retribuciones y escasas posibilidades de carrera, y un vértice, sobre todo masculino, formado principalmente en el extranjero y capaz

³⁸ Francesca Gambarotto y Gianni Brunello, «Quale carriera per le donne», en www.lavoce.info, 14 de febrero de 2005.

de adquirir las competencias profesionales y relacionales necesarias para acceder a las redes y a los fondos de investigación internacionales.

Una encuesta a periodistas *freelance*

Una encuesta que dirigí en 2007 a periodistas *freelance* de la *Rcs Periodici* (que es parte de *Rcs Media Group*, el principal grupo editorial italiano), muestra algunos resultados interesantes.³⁹ He separado los datos relativos a las mujeres y los he comparado con los datos de los hombres. En primer lugar, las mujeres representan el 58 % del total, un dato que señala inequívocamente la tendencia a la feminización de la profesión. El 31 % de ellas tiene una edad comprendida entre los 25 y los 35 años (frente al 38 % de los hombres), mientras que otro 31 % tiene entre 35 y 45 años (38 % en el caso de los hombres). Esto no supone una sorpresa: la franja de edad que se enfrenta de cerca a la precarización es la que abarca de los 30 a los 40 años (desciende al 20,6 % para quienes tienen entre 45 y 55 años, y al 10,3 % después de los 55). El 62 % son licenciadas y el 20,6 % tienen un título de máster o doctorado (porcentajes que se reducen drásticamente para los hombres: el 47 % son licenciados y el 14 % tienen algún estudio superior a la licenciatura), se confirma así el dato de un mayor nivel

³⁹ La investigación se desarrolló en 2007 tras el envío de 300 cuestionarios. Se recibieron 80 respuestas incompletas y 50 completas. Las estadísticas fueron realizadas a partir de estas últimas. Los colaboradores ocasionales, dentro de la realidad de *Rcs Periodici*, alcanzan un número cercano a las 600 personas (y desempeñan alrededor de 270 tareas), pero el cuestionario sólo fue enviado a 300 de ellas, concretamente las que tenían una relación probada de colaboración estructurada de al menos un año con una redacción. El texto completo de la investigación se puede ver en <http://www.lsd.it/dossier/precariato/index.html>.

de formación en el caso de las mujeres respecto de los hombres. Con un análisis rápido de los datos recogidos, vemos que para las mujeres es más habitual el contrato de asalariado atípico (30 % frente al 17 % en el caso de los hombres).

El 42,8 % de las entrevistadas tiene hijos, mientras que el 57,2 % restante no los tiene. Preguntamos a estas últimas si la condición laboral «no estructurada» era el motivo para no tenerlos. El 12,5 % contestaron que era el «principal motivo» y el 31,7 % que era «uno de los motivos más importantes». Los dos datos sumados dan como resultado que el 43,7 % de las *freelance* de la muestra ven una relación entre la propia situación laboral y la dificultad de tomar decisiones vitales de forma autónoma, lo que tiene implicaciones extremadamente importantes incluso desde un punto de vista psicológico, ya que tienden a sobredeterminar el deseo y a limitar el desarrollo armónico de su voluntad de autodeterminación. Las estrategias de supervivencia que el trabajo precario obliga a poner en funcionamiento complican de forma clara la existencia de las mujeres, haciendo objetivamente más difícil la gestión tanto de la vida privada como de la pública. De este elemento se deduce que el trabajo, hoy, acaba por condicionar otros planos de la existencia, asumiendo un papel central en las proyecciones e introspecciones del sujeto.

El 10,3 % de las mujeres que componen la muestra gana menos de 600 € brutos al mes, el 24,1 % entre 600 y 1.200 €, el 20,6 % entre 1.200 y 1.800 €, siempre brutos por mes. Si observamos la muestra masculina, vemos que el porcentaje de hombres que ganan menos de 600 sube hasta el 28 %. Tal diversidad entre hombres y mujeres se debe probablemente a la mayor cantidad de mujeres que tienen contratos de asalariado, lo que garantiza, aunque sea de manera limitada, un flujo de renta mensual más elevado que el que deriva de los contratos autónomos y *freelance*.

Pero es más probable que la mayor ganancia de las mujeres sea sobre todo imputable al proceso de feminización de la actividad periodística en los diarios, además de la mayor presencia de mujeres en este ámbito: más que el género cuentan los flujos de relaciones y los canales de fidelización. Probablemente las periodistas son más hábiles para tejer redes que los periodistas hombres.

Sin embargo, la mayor parte de la muestra da cuenta de retribuciones que no permiten gobernar, también en este aspecto, la propia existencia en régimen de autonomía real. La cuestión de la inadecuación del salario directo muestra además el problema de la valorización en términos salariales de las profesiones llamadas intelectuales hoy, en Italia. Esta situación se mezcla con las políticas de privatización del sector público iniciadas hace al menos 10 años que, en Italia como en el resto de Europa, han servido para recortar todavía más los ingresos del sector público, canalizándolos hacia el sector privado. Este factor ejerce más presión sobre las mujeres que, en Italia, cuentan por norma con salarios (y por ende pensiones) relativamente más bajas que los hombres, y por lo tanto están expuestas a un mayor riesgo de pobreza.⁴⁰

Por otro lado, para el 39,5 % de las mujeres que han respondido al cuestionario, la «autonomía» representa justamente el principal motivo de satisfacción en su actual condición laboral, a pesar de la precariedad; un 18,7 % subraya la «falta de monotonía»; y un 18,7 % marca el elemento «dinámico» del trabajo. No es difícil sacar de estas

⁴⁰ En 2004, las familias residentes en Italia que vivían en condiciones de pobreza relativa eran 2.674.000, el 11,7 % de las familias residentes, un total de 7.588.000 individuos, el 13,2 % del total de población. En el informe de 2001 se puede leer: «La mayor incidencia de la pobreza se registra entre las familias cuyo cabeza de familia es mujer, sobre todo en el Norte, donde las mujeres pobres son un 7 %, frente al 5,1 % de los hombres». *La povertà in Italia nel 2000. Note Rapide*, Roma, Istat, 21 de julio 2001, p. 3.

valoraciones la existencia —todavía, a pesar de todo— de un deseo, de una hipótesis, de una perspectiva que empuja a las mujeres hacia la elección de este trabajo. No se manifestaron de ningún modo las respuestas «salario» o «consideración social», que no tienen ningún consenso (como era fácil de imaginar por todo lo que hemos visto), mientras que la cuestión de las «relaciones», que siempre ha sido muy importante para las mujeres, ha obtenido tan sólo el 4,1 %, aspecto significativo de un empeoramiento, de un descenso de las relaciones en el ámbito laboral, ligado a la individualización y a una creciente competitividad (un 30 % señala relaciones de competencia con sus colegas precarios y otro 30 % indiferencia). Por el contrario, *el tema en sí* de la autonomía y de la posible movilidad, variación, experiencia y placer que conlleva es valorado y tomado en consideración, a pesar de todo. Si comparamos estos datos con la muestra masculina, es interesante señalar que la principal diferencia macroscópica deriva de las actividades «relacionales» (12 %).

A la pregunta ¿qué no te satisface de tu trabajo? El 22 % contestaron que la labilidad de la relación laboral. Eso se debe entender no como una contradicción respecto de lo sostenido más arriba, sino más bien como su reforzamiento: si el horizonte es el de la autonomía y el dinamismo, es cierto que la ausencia de cualquier forma de red y de sostenimiento para el trabajo precario, en Italia, hace cuando menos incierta la vida y por lo tanto particularmente difícil la posibilidad de expresión de esa autonomía potencial, de ese dinamismo. No es sin embargo el caso del 37 % que no quería un puesto de trabajo a tiempo indefinido y del 18,5 % que lo quería «sólo porque ganaría más», además del 7,4 % que decía que «no lo había pensado jamás».

En el tiempo transcurrido (hace ahora 8 años), las entrevistadas subrayan haber asistido a un empeoramiento de las retribuciones (17 %), a un empeoramiento de la calidad del trabajo (14,6 %), de la relación con las empresas (12,2 %) y a un aumento de la competencia (12,2 %).

El 61,2 % piensa que ser periodista es «interesante», el 16,1 % que es un trabajo como cualquier otro, el 19 % que requiere muchos sacrificios. Más del 60 % de las personas que forman la muestra no estaban afiliadas al sindicato y, del 40 % restante, el 75 % no se consideraban protegidos por un sindicato que debía imponer «acuerdos salariales», «tiempos de pago reales» y comprometer eventualmente a los editores a la contratación indefinida después de unos años de contrato por obra y servicio. Si pudiesen elegir, las mujeres entrevistadas querrían, en el 36,6 % de los casos «garantías de renta desvinculadas del trabajo», en el 43,3 % continuar con experiencias diferentes. Solamente el 20 % querría, como perspectiva de futuro, un contrato de trabajo indefinido. Significativamente distinta es en cambio la opinión masculina: casi la mitad de los entrevistados (45 %) optaría por la estabilidad en la relación laboral y tan sólo el 20 % tiene como primer objetivo la continuidad de la renta. Desde este punto de vista, las mujeres parecen más abiertas al futuro y menos dependientes de las visiones ligadas a la ética del trabajo de la época fordista.

Conclusiones

A partir de las definiciones y de los análisis presentados, podemos intentar extraer algunas conclusiones parciales.

1. La naturaleza lingüística del capitalismo cognitivo requiere una redefinición de la productividad social. Las facultades de lenguaje y los recursos neuronales son, de forma sintética, los instrumentos sobre los que se basa la valorización bioeconómica. Resulta así evidente la imposibilidad de distinguir entre *intención e instrumento*: gracias a las nuevas tecnologías, el conocimiento no es incorporado a las máquinas, a los materiales o a los productos finitos, sino que este está en el mismo trabajo cognitivo. Códigos y lenguajes permiten al conocimiento circular independientemente del capital fijo. Llegados a este punto, es posible deducir —sin volver a considerar la cuestión del alargamiento del tiempo de trabajo— una suerte de circularidad de la producción que se hace potencialmente uno con la vida; los lenguajes, las palabras, las emociones y las relaciones se *vuelven performativas*. Además, la precariedad de las condiciones vuelve al trabajo extremadamente potente respecto del sujeto individualizado: reverbera aquí la propia ortodoxia sobre las elecciones de vida, producción y reproducción se funden, *se generaliza, en definitiva, el sentimiento, la percepción, de la labilidad sobre el conjunto de la existencia*. Hemos visto cómo las periodistas entrevistadas de la *Rcs Periodici* pensaban, en buena medida, que el trabajo era responsable de sus decisiones personales relativas a la maternidad. La precariedad vuelve incierto el futuro y tiende a impedir cualquier forma de anticipación racional.
2. La feminización del trabajo cognitivo puede llevar consigo un aspecto segregacionista de tipo tradicional, tal y como subraya la investigación sobre la Universidad de Gambarotto y Brunello. La encuesta realizada a las trabajadoras *freelance* de *Rcs Periodici* no desmiente las tendencias que apunta

dicho trabajo; es más, demuestra que el sector de la prensa registra una mayor presencia de mujeres, asunto que podría ser leído como el resultado de un menor interés de los hombres por figurar en determinadas áreas poco apetecibles en términos de salario y de consideración social.

Sin embargo, las respuestas de la muestra femenina de *Rcs* muestran un interesantísimo «contra canto»: la demanda de autonomía, el valor que se atribuye a la variación, a la experiencia y a la movilidad, y por lo tanto a la infidelidad entendida como dinamismo o tensión infinita del sujeto, el menor interés por un empleo a tiempo indefinido, la preferencia próxima a la idea de una renta desvinculada del trabajo y el dato, particularmente nuevo y significativo, de las mayores ganancias (si bien relativas) de las mujeres frente a los hombres, apuntan a una mayor capacidad de las mujeres para *moverse sobre las arenas movedizas* de Bauman.⁴¹ Una mayor capacidad de adaptación debido a su determinante *excedencia* que las vuelve más resistentes y más reactivas. Los hombres —debido a las condiciones histórico-sociales vigentes, incluida una construcción social sexuada— muestran mayores dificultades para adaptarse a las nuevas dimensiones polivalentes y cualitativas requeridas por la nueva empresa en el nuevo mundo. Precisamente estas características, que hacen más apetecibles a las mujeres para el mercado de trabajo, *justamente por su misma capacidad de adaptación*, pueden transformarse, potencialmente, en el límite mayor al que el mercado de trabajo podría enfrentarse en un futuro próximo.

⁴¹ Zigmunt Bauman, *Liquid Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 131 [ed. cast.: *Vida líquida*, Barcelona, Paidós, 2005].

Exacto, la pretensión, la necesidad —que se vuelve presunción— del capital para asimilar dentro del proceso productivo emociones y experiencias únicas que marcan la diferencia entre los individuos y suponen un bagaje imprescindible de las singularidades, puede representar, justo al contrario, una estrecha puerta por la que colarse entre el control y el conformismo.

Se añade aquí, el otro campo semántico del término precariedad, diametralmente opuesto al primero y manifiesto ya en el primer capítulo, que apunta a la mutación, a la puesta en discusión, a la posibilidad, al devenir, al futuro; incluso, a partir de ciertas condiciones dadas, a una perspectiva de liberación, al menos parcial, del trabajo. *El problema para el capitalismo no sería ya englobar las diferencias, sino preservarlas.*

3. El punto de vista de género, la mirada de las mujeres, puede hacer aparecer con mayor lucidez las contradicciones internas al proceso que tiende a la reificación total del ser humano, a partir de una experiencia atávica: nunca se subrayará de forma suficiente, especialmente en Europa, que las mujeres han trabajado siempre y casi siempre en las peores condiciones posibles.

El problema real del presente es visibilizar y dar peso político a la trampa del trabajo pagado-no pagado. Apuntar a la redefinición de la productividad social, como se decía en el punto uno, es como desentrañar la naturaleza biopolítica de las actuales relaciones de producción. Nos enfrentamos a la aplicación de la lógica de las mercancías, de la inserción forzosa dentro de una *economía de mercado* o de una economía mercantil — basada en el valor de

cambio, en el valor comercial — de toda una serie de áreas que hasta ayer no estaban afectadas por tales procesos. Todas las capacidades del ser humano, incluidas las afectivas y las sexuales, entran en el circuito de las relaciones económicas, singulares y colectivas.

Ante este cuadro es absolutamente necesario cambiar de perspectiva, introducir nuevos conceptos de interrelación, inventar e imponer nuevos indicadores de valor, nuevos mecanismos de valoración de la riqueza social. La verdadera pregunta a plantear sería: ¿cuál es, si existe, el valor justo, el valor que es posible dar, como correspondencia vagamente adecuada, a algo tan inmenso como *la esencia de la persona*?

Si los nuevos procesos de acumulación de capital subsumen, a fin de organizar su propia reproducción, toda la inmaterialidad y la materialidad de saberes, cuerpos, experiencias, recursos vitales, no sólo es necesario sino imprescindible plantear una serie de cuestiones relativas a la redistribución, a la reactualización del sistema de bienestar, que tenga en su centro, sin duda, el instrumento de la renta básica, forma mínima de reequilibrio económico para poder pagar todo aquello que necesitamos en el día a día y en el mercado de trabajo actual. Es posible sostener, también sobre la base de las periodistas entrevistadas, que la cuestión de la renta es reclamada cada vez más por amplias capas de la sociedad y cada vez de una manera más directa, como una de las necesidades de intervención social más útiles y urgentes.

El paradigma de género puede ofrecer un instructivo punto de observación y de conocimiento de tales intentos de reificación total del ser humano. El trabajo de reproducción social no pagada tiene de hecho hoy, más que nunca, un papel primordial entre los recursos primarios para la acumulación de capital, que pretende nada menos que englobar lo vivo en su totalidad.

4. Jane Jacobs escribió *Vida y muerte de las grandes ciudades* en 1961. Hoy, a cincuenta años de distancia de su publicación, es todavía un libro que de alguna manera nos dice «algo nuevo». Su actualidad y utilidad residen en la relevancia que atribuye a las relaciones informales respecto a la estructura y a los mecanismos de funcionamiento del sistema económico y social en contextos altamente organizados, como son hoy, de forma manifiesta, las grandes ciudades de la economía del conocimiento.

La categoría de *capital social* puede ser extremadamente útil para las mujeres a fin de releer el libro de Jacobs en los tiempos del capitalismo cognitivo: la autora dedica una atención específica a las dinámicas complejas y articuladas de la relación del sujeto con el espacio físico y con la sociedad local, territorial, de la cual forma parte, con referencias a las relaciones interpersonales informales y esenciales, también dentro de sociedades complejas altamente organizadas y tecnológicamente avanzadas en las que la extracción de plusvalor se da a través de la explotación de las redes del conocimiento en sentido lato. El *capital social* puede ser definido como el conjunto de normas sociales, valores compartidos y redes de relaciones interpersonales entre sujetos que caracterizan un sistema económico y productivo. Al plantearlo como concepto con el que vale

la pena trabajar en el contexto del capitalismo cognitivo, intentamos colocarlo, que quede claro, lejos del «familiarismo amoral italiano», por usar la eficaz definición del politólogo Edward Banfield de los años cincuenta. Nuestro propósito es valorar si, de manera prospectiva, se puede hacer palanca sobre redes de participación informal con el fin de abrir espacios para la construcción de alternativas económicas y de acción política. Saskia Sassen⁴² las llama redes difusas —redes pegajosas— por la manera en que están interconectadas entre sí. David Lyon sostiene que «los nuevos movimientos sociales», en tanto no son capaces de derribar por sí mismos los muros existentes, «pueden sin embargo indicar el camino a recorrer por la definición de formas alternativas de organización social».⁴³

Este último y breve apunte de conclusión, que se apoya en una gama de autores tan heterogéneos cuyo discurso merecería mayor atención, sirve sólo para apuntar direcciones de investigación futura que la misma realidad nos sugiere. Tanto más hoy, si resulta cierta la capilaridad del capitalismo cognitivo hasta el punto de pretender tener un papel «transformador» de la especie. Tanto más hoy, si resulta cierta la extraordinaria capacidad de resistencia y reacción de las mujeres, incluso en contextos de precariedad.

⁴² Saskia Sassen, *Globalizzati e scontenti*, cit.

⁴³ David Lyon, *La società sorvegliata. Tecnologie di controllo della vita quotidiana*, Milán, Feltrinelli, 2002, p. 108.

3. Nuestro cuerpo es un trabajador precario

Realmente es necesario dejar lugar a las sexualidades ilegítimas a fin de que lleven su alboroto a alguna otra parte: si no es posible reinscribirlas en los circuitos de la producción, al menos que sea posible reinscribirlas en los del beneficio.

Michel Foucault

«LOS SISTEMAS POLÍTICOS ESTÁN SIEMPRE INSCRITOS EN EL cuerpo», escribió Michael Warner. En su *The trouble with normal* [El problema con lo normal],¹ sostiene que las teorías queer son más una crítica a las estructuras económicas y sociales que una acusación a la norma heterosexual. He aquí una serie de afirmaciones verdaderamente eficaces por sus efectos inmediatos. En los años setenta se presentaron desafíos importantes cuya memoria conviene recuperar. Entre 1970 y 1980 la revista francesa *Questions féministes* privilegió el análisis social y económico por encima del ideológico, psicológico y

¹ Michael Warner, *The Trouble with Normal. Sex, Politics and the Ethic of Queer Life*, Harvard University Press, 1999.

biológico.² La dominación masculina sobre las mujeres y sus cuerpos vino encuadrada dentro de la dimensión económica, material y práctica de las estructuras sociales. Entre otras, Christine Delphy y Colette Guillaumin «revisaron el materialismo marxista a la luz de la mayor autenticidad material de las clases sexuales».³ Recordamos un relato de Monique Wittig en el mismo contexto, *Un jour mon prince viendra* [Un día mi príncipe vendrá], «fría y cruda transposición poética en la que la explotación de los cuerpos se expresa alegóricamente mediante la ceremonia del ordeño»⁴.

Al ir adelante y atrás en la construcción de ideas, casi visuales, quiero llamar la atención sobre *Ellie Parker*,⁵ una corta película experimental de 2005, filmada en digital, que cuenta la vida de una actriz. El alma, el cuerpo, las expresiones, los recuerdos, todo en ella viene puesto permanentemente en juego, en un desfile de cosméticos y vestidos apropiados para la enésima oferta de trabajo a la que Ellie decide presentarse. Su ocupación requiere,

² *Questions féministes* fue creada en 1977 y refundada en 1981 por Simone de Beauvoir, Christine Delphy, Claude Hennequin y Emmanuèle de Lesseps con el nombre de *Nouvelle Questions Féministes* (NQF). A partir de 2001, NQF se dotó de un comité de redacción franco-suizo, bajo la responsabilidad de Christine Delphy (CNRS, París) y Patricia Roux (Université de Lausanne). Véanse Christine Delphy, *L'ennemi principale*, vol. 1: «Economie politique du patriarcat», París, Syllepse, 1998 y Colette Guillaumin, *Sexe, race et pratiques du pouvoir. L'idée de nature*, París, Côté Femme, 1992.

³ Nadia Augustoni, «Il corpo lesbico», *Arivista*, abril de 2005, disponible en <http://www.anarcabolo.ch/a-rivista/307/38.htm>

⁴ Rosanna Fiocchetto, «Introduzione» en Monique Wittig y Sande Zeig, *Brogliaccio per un dizionario per le amanti* (edición original: Monique Wittig y Sande Zeig, *Lesbian people: Material for a dictionary*, Londres, Virago, 1980).

⁵ *Ellie Parker*, dirigida por Scott Coffey, producida por Scott Coffey y Naomi Watts; protagonista Naomi Watts, distribuida por Strand Releasing, 2005.

necesariamente, la máxima asiduidad.⁶ La película nos muestra lo depravado y exigente de la actual construcción social, hasta el punto de que Ellie, permanentemente en búsqueda de algo, una búsqueda frenética y sin tiempo (se cambia y se maquilla en el coche entre una cita y otra), llega a no saber bien quién es. Un drama, ciertamente, de un particular oficio que obliga a asumir continuamente «otro» rol, a desnudar la propia personalidad para entrar en el «personaje».

Existe un elemento de disociación implícita en el ser, como pasa en el caso de nuestra amiga Ellie, una actriz. No obstante, en el presente, este estado específico —el trabajo de actor, que sostiene una producción total de sí mismo para plasmarse en una parte que cambia continuamente— puede ofrecerse como metáfora de una condición más general. Metáfora que hoy encontramos eficazmente expresada en la tensión entre ser y aparentar, en la que las subjetividades traban cada vez más claramente su experiencia y que se traduce en un *devenir personaje de todos y en todo momento*. Formulo, con esto, la hipótesis de la entrada del sujeto en la dimensión de la *necesidad teatral*, una herramienta para sacar el máximo rendimiento de las potencialidades propias en el mercado de trabajo precario contemporáneo. El mercado de trabajo se ha desterritorializado (es móvil, precario, sin puntos fijos) y obliga a una continua desterritorialización del yo (precariedad existencial). Es en este sentido, en el que la metáfora del actor puede resultar efectiva y convincente. Encontramos trazos concretos de este proceso en la necesidad de adquirir un conjunto de competencias complejas (*multiskill*), o bien en la necesidad de responder a múltiples exigencias al mismo tiempo (*multitasking*), o de tener distintas articulaciones curriculares, o incluso también en la invención de la figura bioeconómica de la mujer-imagen (por ejemplo

⁶ André Gorz, *L'immatériale*, cit., p. 22.

la azafata o la *escort*) de la que se han ocupado las recientes crónicas italianas. Se trata de observar cómo las vidas son obligadas, por la fuerza de la precariedad característica de la «sociedad postsalarial», a arreglárselas mediante la generalización del «emprendizaje de sí», donde «la relación consigo mismas y con los demás es concebida exclusivamente de acuerdo con una modalidad financiera».⁷ En línea con estas imágenes intento especificar, como premisa necesaria a este capítulo, que el dominio sobre los cuerpos está siempre condicionado por desigualdades económicas y sociales. El pensamiento metafísico occidental ha pretendido destacar un sentido estable del ser. No comparto la idea de que el cuerpo femenino deba ser estudiado como una construcción simbólica y discursiva. Este planteamiento puede ser engañoso: el ser del que habla el lenguaje es en realidad sólo una marca del mismo, no es el ser mismo.⁸ No existe, en definitiva, una manera de existir de la mujer y de su cuerpo fuera de la historicidad y de la fluidez del tiempo. Lejos de pretender afrontar una reflexión filosófica sobre el cuerpo, quiero señalar que estos son los tiempos y la historia que nos ha tocado vivir y describir hoy.

La fábrica somos nosotros

Hemos partido de estos ejemplos para introducir lo que se pretende objeto del discurso, es decir, la demostración de la inserción del sujeto en la era «de la puesta a producir de todo», y de todo lo que esto supone particularmente a las mujeres. Se manifiesta aquí la puesta en valor del cuerpo o, en términos más generales, la puesta en valor de la vida

⁷ Dominique Méda, *Qu'est ce que la richesse?*, París, Flammarion, 2008.

⁸ Jacques Derrida, *La scrittura e la differenza*, Turín, Einaudi, 1971 [ed. cast.: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989].

(sentida, sexual, corpórea) del sujeto como fruto de las relaciones económicas del capitalismo maduro, marcadas por las mercancías y por el paso visible del trabajo «de la fábrica a la sociedad».⁹

La afirmación de que los instrumentos de trabajo han pasado de las secciones de la fábrica a nuestro cuerpo puede parecer atrevida a primera vista. Sin embargo, a partir de los análisis sobre la figura del obrero social, y con el curso de los años, se ha desarrollado una literatura relevante sobre la extensión del proceso productivo a la sociedad, esto es, al conjunto de la existencia humana dentro de un contexto que se ha vuelto completamente biopolítico. En un célebre pasaje de *Microfísica del poder*, a propósito del poder contemporáneo, Foucault escribe:

Si no hiciese nunca otra cosa que decir no, ¿creéis de verdad que llegaríamos a obedecerle? Lo que hace que el poder funcione, que sea aceptado, es simplemente que no actúa como una potencia que dice no, sino que atraviesa los cuerpos, produce cosas, induce al placer, forma el saber, produce discursos; es necesario considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social mucho más que como una instancia negativa que tendría por función reprimir.¹⁰

⁹ La expresión se hizo común después de la fuerte difusión, a finales de los años setenta, de la entrevista a Toni Negri a cargo de Pozzi y Tomassini, *Dall'operaio massa all'operaio sociale* [ed. cast.: *Del obrero masa al obrero social*, Barcelona, Anagrama, 1980]. La nueva edición de ombre corte, que salió en 2007, retoma la primera de 1979. Véase también Mario Tronti, *Operaismo e politica*, conferencia en el Congreso Internacional «Historical Materialism 2006. New Directions in Marxist Theory», Londres, del 8 al 10 de diciembre de 2006: <http://archive.globalproject.info/print-10513.html>

¹⁰ Michel Foucault, *Microfísica del potere*, Turín, Einaudi, 1977, p. 13 [ed. cast.: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979].

El cuerpo, según la lectura foucaultiana, no es un dato ni una entidad natural, sino una entidad histórica, producida por saberes y poderes. Actualmente, el cuerpo es inducido, convencido con una serie de recursos, a transformarse en una inversión para el poder que adiestra con tal fin al individuo, haciéndole contribuir a la vida política y económica del capitalismo. El cuerpo se ha vuelto dócil y útil, como apuntábamos también en el capítulo segundo, debido a que el poder disciplinario regula todos los aspectos de su existencia: «Qué comer, cuándo y cuánto dormir, cómo aprender, cómo comportarse, etc. *El adiestramiento del cuerpo y su creciente articulación a través de las distintas formas del saber contribuyen al progreso de la economía capitalista*». ¹¹ Los cuerpos contemporáneos son, en definitiva, el espacio donde actúan conscientemente «aquellos invasores de cuerpos» que son capaces de condicionar comportamientos, conductas y estilos de vida de un modo tan invasivo que se encuentra en el límite de lo aceptable. ¹² Como sabemos, publicidad, moda, cánones estéticos, reglas de mercado, modelos culturales, políticos y económicos han invadido el cuerpo.

En esta línea, propongo investigar la nueva relación existente entre cuerpos, precariedad existencial, mecanismos productivos, percepción individual y creación de valor. Al menos en Occidente el binomio mente/cuerpo ha constituido uno de los dualismos básicos del pensamiento filosófico, económico, político. A partir de distintas posiciones filosóficas que se han sucedido a lo largo de los tiempos —erigidas sobre la base de simetrías jerárquicas, ideológicas y materiales— se ha construido una suerte de metafísica del cuerpo que tiene también consecuencias

¹¹ David Cook, «Foucault e il corpo» en Salvo Vaccaio e Mario Coglitore (ed.), *Michel Foucault e il divenire donna*, Milán, Mimesis, 1999, p. 84.

¹² Arthur Kroker y David Cook, *The postmodern science*, Montreal, New World perspective-New Theory Book, 1986, p. 26.

prácticas y que reverbera en la construcción psicológica del yo y de las relaciones interpersonales. Karl Marx, en la segunda mitad del siglo XIX, se ocupó de la nueva clase de productores asalariados que venden su fuerza física (energía corpórea, inteligencia y atención) al capital; estos tienen efectivamente un cuerpo que se cansa; y es en este cansancio y en la alienación que se consumen. Pero Marx quiere concentrarse en los estratos sociales emergentes de la clase obrera: su interés se dirige sobre todo a la *relación* entre trabajo asalariado y capital. No se para a pensar en las tareas reproductivas —incluso cuando las representa— más ligadas directamente al cuidado, o al mantenimiento y a la conservación de esos mismos cuerpos y de la especie humana en su conjunto. Todo esto debe ser situado históricamente: el Marx de *El Capital* tiene en mente a la clase y no al individuo dotado de un cuerpo sobre el que se inscriben códigos socio-culturales. Por otro lado, aquellos individuos se identificaban con la clase, proceso difícilmente generalizable en el presente, donde de hecho el concepto de clase —de la manera en que nos ha llegado— resulta insuficiente para describir a los sujetos que trabajan. En cualquier caso, la minusvaloración del cuerpo en su dimensión social y del trabajo ha caracterizado igualmente tanto a la antigüedad como a la modernidad.

Este camino lento, estratificado, contradictorio y poli-sémico ha marcado el papel histórico de las mujeres: fuera de los lugares en los que se pensaba o se producía para el mercado, ellas fueron sobre todo cuerpos dedicados al trabajo gratuito no directamente inmerso en la relación capitalista del intercambio monetario, o también fuera de la dimensión convencional del valor y, por lo tanto, «sujetos dominados» de una forma más abierta.

No intento, de hecho, negar que cada tiempo histórico presente una «estética» propia del cuerpo y que la misma sea utilizada para establecer conformidad sobre la

base de un modelo estereotipado. En línea con lo dicho en el capítulo anterior, pienso que las generalizaciones, la pretensión de universalismo —ya se trate de un núcleo fundante de diversidad femenina o de tensión hacia la «igualdad»— siempre han sido poco convincentes, y ahora todavía menos. Sin embargo, hoy se ha declarado ya el ingreso del cuerpo en la dimensión productiva. Los primeros años de este siglo serán recordados como los años del éxito editorial de los manuales que enseñan a cuidar el cuerpo y a sobrevivir al estrés. Repensar el sujeto significa sobre todo repensar sus raíces corpóreas, que lejos de ser «naturales» vienen condicionadas, precisamente, por datos históricos, jerárquicos y de clase que el poder ha puesto en juego durante todo este tiempo: «Así como antes fueron la sexualidad, la democracia y la clase hoy es la vida sustantiva lo que viene a ser un concepto que se da por descontado».¹³

La vida se ha convertido en el centro de los intereses del poder. El cuerpo —controlado, monitoreado, musculado, con salud e inmortal por ley, responde a las convenciones de la estética dominante— se vuelve parte integrante de los mecanismos productivos. Exactamente igual que, de otra parte, el conocimiento, los sentimientos y la experiencia acumulada en la vida extra-laboral se vuelven cada vez más claramente capaces de producir valor añadido. La apropiación capitalista de la sociedad, que hoy se presenta como subsunción total que reduce todo a valor de cambio, evidentemente reduce todo a la explotación, esto es, pone al conjunto del proceso social a trabajar. Hemos señalado ya que la aparente «democracia», inserta en la subsunción capitalista contemporánea, quiebra las separaciones históricas: entre producción y reproducción, entre privado

¹³ Barbara Duden, *Il corpo della donna come luogo pubblico. Sull'abuso del concetto di vita*, Turín, Bollati Boringhieri, 1995.

y público, entre mente y cuerpo, entre géneros. Esto no significa en absoluto la cancelación de la dimensión jerárquica y sexuada del trabajo. Las mujeres están cada vez más solicitadas por el mercado de trabajo. Los cuerpos, y aun más los cuerpos de las mujeres, acaban siendo el objeto de sacrificio sobre el que se ensaña el gobierno del espacio público en la edad moderna. Durante estos últimos años, hemos llamado «feminización del trabajo»¹⁴ al fenómeno que el sociólogo alemán Ulrich Beck ha descrito no tanto como la inserción de las mujeres en el mundo del trabajo, con las reglas de los hombres, como más bien la entrada de los hombres en la precariedad vivida por las mujeres. El mercado de trabajo se «feminiza», ávido de características cualitativas, impone también a los hombres una suerte de subocupación estructural («feminización»). En el paso de una economía de la producción a una economía de servicios y del cuidado registramos incluso la pretensión de llevar a cabo una inmersión del afecto en la dimensión de intercambio asalariado del mercado. Se puede pensar que el espacio público en su conjunto se está feminizando, en la medida en que introyecta de forma cada vez más visible algunos de los elementos femeninos más estereotipados (la maternidad, el cuidado, la seducción), transformándolos —mediante una interpretación forzada, descontextualizada y deformada— en aspectos centrales de la *governance* contemporánea. El objetivo es «incorporar lo femenino materno a fin de metabolizar mejor sus frutos, transformándolo en una mercancía de valor consumible en el mercado».¹⁵ Por encima de todo, se añade que «el nuevo rostro del trabajo productivo (intelectual, relacional, lingüístico y

¹⁴ Sobre tal concepto véase el capítulo segundo de este libro y nuestro *The feminization of labour in cognitive capitalism*, cit.

¹⁵ Rosi Braidotti, *Trapositioni*, cit.

afectivo antes que físico, individual, instrumental) no infravalora sino que, al contrario, acentúa la corporalidad y la materialidad del trabajo». ¹⁶

En este sentido, se pueden proporcionar ejemplos de cómo, precisamente mientras la producción se desmaterializa y el trabajo se cognitiviza, desde el mando se produce una profundización y una dispersión del trabajo: el trabajo asume formulaciones inéditas, diseminadas en la sociedad.

Hoy es todo más ambiguo que en la época fordista. Lo que parece una desposesión, o como señala Christian Marazzi, una asimilación del cuerpo en capital constante, es en realidad, de una forma cada vez más profunda, una puesta en venta de la vida a la producción capitalista. Si en el pasado la máquina era externa al cuerpo humano, hoy nos enfrentamos a la dimensión, al menos potencial, de una *máquina-cuerpo-cerebro* o de un *cuerpo-mente* que engloba la máquina, lo que resulta funcional a la acumulación contemporánea. Hoy no se habla ya de fuerza trabajo, y no por casualidad, sino de *capital humano* y de *recursos humanos*. Como ha explicado Christian Marazzi, en el nuevo capitalismo el capital fijo (las máquinas) pierde importancia para asumirla, directa e inmediatamente, el cuerpo vivo de la fuerza trabajo:

El modelo emergente en los países económicamente desarrollados es de tipo antropogenético, es decir, un modelo de producción «del hombre por el hombre» en el que la posibilidad de crecimiento endógeno y acumulativo se da sobre todo por el desarrollo del sector educativo (inversión en capital humano), del sector de la sanidad

¹⁶ Stefano Harney, *L'abolizione della schiavitù e il general intellect*, junio de 2008, en www.posseweb.net/spip.php?article109

(evolución demográfica, biotecnologías) y del sector de la cultura (innovación, comunicación y creatividad). Un modelo en el que los factores de crecimiento son de hecho imputables directamente a la actividad humana, a su capacidad comunicativa, relacional, innovadora y creativa. Es la capacidad de innovación, de «producción de formas de vida», y por lo tanto de creación de valor añadido, lo que define la naturaleza de la actividad humana, y no ya el hecho de que pertenezca a este o aquel sector de ocupación.¹⁷

Aspectos ideológicos: el *sensemaking*

Asumimos que la novedad del modelo antropogenético del biocapitalismo viene representado por la centralidad económica del cuerpo. Este *cuerpo-máquina-cerebro* aplicado al trabajo, tal y como lo explica Marazzi, necesita mantenimiento en la medida en que representa el capital del sujeto contemporáneo dentro de un mercado de trabajo incierto y precario en el que se está perennemente obligado a dar lo máximo a cambio de lo mínimo.

No se debe infravalorar la firme construcción ideológica que ha acompañado el proceso de precarización del trabajo. Esta ha sido determinante para el desarrollo de la delicada función gubernamental de orientar el deseo humano hacia trabajos y actividades de supuesta producción de sentido pero que frecuentemente se revelan jerarquizadas y poco creativas. En tal contexto, el papel de los media en el control de los deseos es una realidad total. En la base de las modalidades empleadas por las «organizaciones

¹⁷ Christian Marazzi, «Capitalismo digitale e modello antropogenetico del lavoro. L'ammortamento del corpo machina», cit., pp. 107-126.

contemporáneas» (los lugares de producción, según el vocabulario de la literatura de organización de empresas) hay un principio ideológico fuertemente penetrante —elevado a forma de verdad— dirigido a institucionalizar un cierto tipo de existencia transformándola en costumbre y regla social, un modelo al que todas y todos tendemos.¹⁸ Esta capacidad y este saber, que la fábrica cognitiva ha interiorizado y desarrollado, se encuentra en la base de la condición precaria diseñada por las formas de poder a fin de dar estabilidad a una situación que las tensiones del siglo XX entre capital y trabajo habían vuelto conflictiva y caótica.¹⁹ He aquí porque las «organizaciones» hablan explícitamente de *sensemaking* (construcción de significado), o bien de modos en los que «las personas generan aquello que interpretan»,²⁰ de alguna manera, como una demanda ante la categoría de la «necesidad teatral» inducida por la precariedad, que antes lanzábamos como hipótesis.

¹⁸ «Nos referimos a la característica operativa según la cual las tecnologías de organización del trabajo individual, los nuevos métodos de gestión de los recursos humanos inspirados en el modelo de competencia, las experiencias de *self-development* y de desarrollo de los grupos de trabajo y las experiencias de formación caracterizadas por un aprendizaje conectado continuamente con la acción, vienen agrupados por su orientación a no fijar y cristalizar en sí mismos la realidad, dada e inmodificable, sino antes bien a poner en marcha en los actores organizativos una capacidad de autoorganización, entendida como una voluntad de escuchar de la forma más eficaz posible las propias capacidades de autogeneración y autodesarrollo. En otras palabras, se puede hablar de *possibles* en la organización contemporánea, sólo si se piensa que la autoorganización no es tanto una característica ontológica de los sujetos humanos como una capacidad atribuida a ellos por un observador (en nuestro caso, una alianza de cliente y consultor) en su relación con la realidad observada». Dario Forti y Giuseppe Varchetta, *L'approccio psicoanalitico nello sviluppo delle organizzazioni*, Milán, Franco Angeli, 2001. En este párrafo, elegido entre muchos otros, se llega a hablar de la capacidad de la organización de evocar al sujeto, su generación y existencia.

¹⁹ Luc Boltanski y Eve Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*, cit.

²⁰ Karl Weick, *Senso e significato nell'organizzazione*, Milán, Raffaello Cortina, 1997, p. 13.

Con todo esto se trata de modificar desde dentro la percepción del individuo, que a su vez es llevado a elegir entre el flujo desordenado e informe de sus propias experiencias sobre la base de mapas «cognitivo-normativos» útiles al papel socioeconómico que debe desempeñar. Se trata de formas de acción sobre el mundo que permiten construir, filtrar y enmarcar la realidad según expectativas preestablecidas. Estas pretenden canalizar también las expectativas futuras del sujeto transformándose en un proceso lineal productivo que incluye la relación jerárquica entre capital y trabajo en algo más amplio, incluso en «algo que puede hacer que las personas resuenen al unísono».²¹

En definitiva, los trabajadores precarios inmateriales experimentan una condición particularmente nueva: *la no separación del cuerpo en el proceso productivo que se expresa mediante la introducción en el proceso productivo de dos elementos: sexualidad y socialidad.*

En este contexto, vamos a intentar ejemplificar de qué modo el cuerpo se presta hoy a las nuevas formas de valorización del sistema económico que acompañan a la biopolítica contemporánea de los tiempos de la cognitivización del trabajo. Nos referimos tanto al cuerpo claramente sexuado, seductor, erótico, como al cuerpo materno, aquel que opera en la dimensión del «cuidado». Sustancialmente, se trata, como apunta Alisa del Re, de:

Repensar la relación entre producción y reproducción a la luz de la creciente necesidad de recurrir a gimnasios, clubes de belleza, consultas psicológicas, o al consumo de sustancias como condición necesaria para la valorización capitalista contemporánea. También incluso para reconsiderar desde esta misma óptica las biotecnologías que hacen de la

²¹ *Ibidem*, p. 125.

función reproductiva un trabajo asalariado (piénsese en la práctica del útero de alquiler), o el horizonte de vida estéril que nos trae la precariedad. La reflexión marxista, a partir quizá de sus propios límites, ofrece sobre estos temas instrumentos extraordinariamente actuales.²²

La valorización del cuerpo erótico

Para satisfacer las múltiples y sutiles obligaciones de la organización contemporánea —que la precariedad, condición sufragada por condicionamientos ideológicos, ha vuelto urgentes— se han abierto nuevos mercados que ayudan al sujeto a mantener su *máquina-cuerpo-cerebro*, la cual requiere de nuevos consumos, prótesis, el recurso a la cirugía plástica, a la gimnasia, al gimnasio. Mientras la crisis económica y financiera muerde sobre cualquier forma de reparto, la industria de la belleza no conoce, o casi no conoce, ningún tipo de inflexión, en la medida en que se considera su posición «esencial» para la vitalidad productiva del «recurso humano». Cada año en Italia se efectúan cerca de 250.000 intervenciones contra el envejecimiento de la piel, rellenos con aguja (colágenos, elastinas, ácido ialurónico, vitaminas), inyecciones de botox, *peelings* profundos. En 2008 se realizaron un 15 % más respecto al año anterior, mientras que las operaciones de cirugía plástica propiamente dichas fueron 2,5 millones. Además, nueve millones de italianos utilizan habitualmente complementos alimenticios, en muchos casos con el objetivo de mejorar el tono de la piel.

²² Alisa del Re, «Produzione e riproduzione», en VVAA, *Lessico marxiano*, Roma, Manifestolibri, 2008, p. 137.

Un caso particularmente interesante de cuerpo-mente que se configura como una máquina de maximización de la utilidad requerida por el capitalismo cognitivo o el biocapitalismo, un ejemplo prototípico de «generación de interpretación», además de *necesidad teatral*, puede ser el caso del o de la participante en los *reality shows* televisivos. En tales contextos se cancela todo aspecto de la vida privada y se asiste finalmente a la efectiva publicitación de la entera existencia del individuo. Los rendimientos del evento son «medibles» en términos de datos de audiencia, de anuncios publicitarios y de número de abonados que pagan por el canal para seguir constantemente el desarrollo de los eventos del *show*. Para quienes participan en los *reality*, hombres o mujeres, es determinante el uso del cuerpo, además del control y la modificación —el uso estratégico— de las emociones que se expresan con el cuerpo y el sexo espectacularizados. Es en este contexto, en el que se debe ubicar la afirmación, hecha por algunas *showgirls* o participantes en *reality shows*, según la cual «operarse el pecho» representaría una inversión.²³ El personaje de los *reality shows* es un individuo que acepta desnudar su yo, su propia identidad, sus características anónimas para asumir otras redefinidas por las reglas de la televisión y del contexto económico espectacularizado. Frecuentemente debe modificar su propia fisionomía. Para asumir la del personaje, el cuerpo puede requerir cambios y tiene que pasar por manos del esteticista o del cirujano plástico. Lo que nos interesa subrayar con este ejemplo no es tanto la obscenidad de la mirada ni el hiperrealismo implícito en tales espectáculos, como el proceso de desnudamiento del yo y de modificación del cuerpo motivado por ciertos contextos productivos inéditos hasta hace poco. Heidi

²³ En algunas entrevistas en periódicos italianos ha habido, a lo largo del tiempo, afirmaciones de este tipo. Señalo Gustavo Bolívar Moreno, *Senza tette non c'è paradiso*, Milán, Rizzoli, 2007, que trata el caso de Sudamérica, y Cristina Sivieri Tagliabue, *Appena ho 18 anni mi rifaccio. Storie di figli, genitori e plastiche*, Milán, Bompiani, 2009.

Montag, una perfecta desconocida para la mayoría, es una estrella de los *reality* estadounidenses que, después de operarse los pechos y los labios a los 21 años, afrontó a los 23 una maratón de 10 operaciones quirúrgicas en un solo día con fines estéticos (incluyendo el redondeado de orejas y la liposucción del cuello). ¿Podemos de verdad continuar relatando estos casos, que se multiplican año tras año, como locuras individuales?

En la economía contemporánea hay cada vez más vínculos entre sexualidad e instrumentalidad (esto es, incremento del valor de cambio). Desde este punto de vista, la des-sexualización del trabajo del sexo resulta también extremadamente interesante: el trabajo del sexo tiende, de hecho y cada vez más, a dejar de ser un ámbito exclusivamente femenino. El concepto de trabajo sexual, a partir de los primeros años noventa, permite a la *idea de trabajo* acceder a los derechos, a la elección, al reconocimiento de los sujetos en tanto que sujetos productivos.²⁴ El actual contexto biocapitalista (o del capitalismo cognitivo, o de la info-producción, según las definiciones que se han dado en los últimos años en función de concepciones distintas²⁵) se basa en la completa transformación de las relaciones entre producción y reproducción a partir de un paradigma productivo distinto, cuyo centro —no sólo en la economía occidental sino en todas las áreas del globo donde está presente un proceso de cognitivización de la economía— se sitúa cada vez más en la economía de

²⁴ Roberta Tatafiore, *Sesso al lavoro. Da prostitute a sex-workers: miti e realtà dell'eros commerciale*, Milán, Il Saggiatore, 1994.

²⁵ Al respecto, véase Manuel Castells, *La nascita della società in rete*, Milán, Università Bocconi, 2002; Carlo Vercellone (ed.), *Capitalismo cognitivo*, Roma, Manifestolibri, 2007; Andrea Fumagalli, *Bioeconomía e capitalismo cognitivo*, cit.; Van Codeluppi, *Biocapitalismo*, Turín, Bollati Boringhieri, 2009; Cristina Morini y Andrea Fumagalli, «La vita messa a lavoro: verso una teoria del valore vita. Il caso del lavoro affettivo», *Sociología del Lavoro*, núm. 115, 2009, pp. 94-116.

servicios. Se puede hablar plenamente, por lo tanto, de un amplio «contexto prostitucional» en el que elementos sexuales son utilizados por el mercado como un recurso económico, corroyendo así la demarcación que en el pasado existía entre trabajadoras del sexo y trabajadoras «normales». El contexto contemporáneo del trabajo cognitivo y comunicativo acrecienta el peso y el papel de los servicios personales y, por este motivo, necesita poner a trabajar la subjetividad sexualizada.²⁶ No es casualidad que sean las mujeres y sus cuerpos las que se vuelvan, en esta fase, la cuenca estratégica para el mercado de trabajo y la fuente de mayor beneficio: las capacidades, históricamente consideradas «femeninas» (disposición a la escucha, al cuidado, capacidad de relacionarse) son ahora alienables, separables de los cuerpos, traducidas en mercancías vendibles.²⁷ A título de ejemplo: se calcula que el mercado de la prostitución global alcanza los 600.000 millones de euros al año:

En la relación de prostitución, las prestaciones sexuales ofrecidas a cambio de dinero se configuran como una mercancía, un servicio que se puede adquirir en un mercado específico. La comercialización de este servicio no goza de la misma respetabilidad que otros intercambios caracterizados de forma análoga por la compraventa de prestaciones de naturaleza física, orientados también a producir placer (también erótico).²⁸

²⁶ Beatrice Busi, «Il lavoro sessuale nell'economia della (ri)produzione globale», en Teresa Bertilotti, Cristina Galasso, Alessandra Gissi y Francesca Lagorio (ed.), *Altri femminismi*, Roma, Manifestolibri, 2006.

²⁷ Lisa Adkins, *Gender & Sexuality in Late Modernity*, Filadelfia, Open University Press, 2002.

²⁸ Stefano Becucci y Eleonora Garosi, *Corpi globali: prostituzione in Italia*, Florencia, Firenze University Press, 2008.

Según la interpretación de Paola Tabet, sobre nuestra incapacidad colectiva de considerar la prostitución como un mercado como cualquier otro en el que actúan diversos actores económicos (un intercambio sexual-económico), pesaría más un estigma moral que tiende a reconducir a las mujeres dentro de un sistema de hegemonía masculina y a dividir las en «mujeres buenas» y «mujeres perdidas».²⁹

Sobre todo ello influye la cultura visual que permiten las nuevas tecnologías y el universo televisivo, con los consiguientes impactos sobre el imaginario colectivo que se traducen en términos de posibilidad social y personal. Es como si el cuerpo vivo, en la inter-corporalidad de las conexiones tecnológicas y la comunicación del info-capitalismo, permaneciese externo —increíblemente extraño— y tuviera una vida «otra» respecto a la vida circunscrita en las fronteras del individuo. El trabajo de producción de sí parece, en este horizonte, «dejar el lugar a la adquisición de prótesis gracias a las cuales cada uno puede indefinidamente, y a placer, transformarse, hacer crecer las propias capacidades, reinventarse fundiéndose con extensiones maquínicas de sí mismo».³⁰

A este propósito, se puede poner el ejemplo de los avatares de *Second Life*. Una versión diferente de sí mismo sin la necesidad de entrar en una sala de operaciones. Construir el propio cuerpo, realizar la propia corporalidad virtual, independientemente del sexo biológico, en forma de mujer, hombre o *furry* (un animal antropomórfico). Un ser que no puede morir y del que podemos decidir la medida de los senos y del resto del cuerpo, el pelo, el color de los

²⁹ Paola Tabet, *La grande beffa. Sessualità delle donne e scambio economico*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2004.

³⁰ André Gorz, *L'immateriale*, cit., p. 100.

ojos. En *Second Life* podemos comprar órganos genitales (el avatar nace sin sexo) y *gestures* (expresiones como posiciones comunes y posiciones maliciosas).

La mundialización de la producción capitalista y la feminización de la inmigración, que se debe también a la creciente demanda de trabajo de cuidados y de «servicios personales» (en los que puede entrar el trabajo sexual), junto a la generalización de formas de biopoder, han traído consigo una inserción de los cuerpos en el aparato de producción y en la propagación de la idea de individuo como una entidad separada y autosuficiente (individualización del trabajo). El interés por la vida, individual y colectiva, de los sujetos funcionales a la producción y a un vínculo cada vez mayor —hasta llegar a la identificación— de producción y comunicación, caracterizan la actual forma de producción capitalista. El mando de la producción y la comunicación funcionales al capitalismo imponen condiciones que hacen cada vez más difícil y distorsionada una relación «ecológica» (por no usar «natural», término del todo inapropiado) entre el cuerpo y el ambiente. Tenemos, por lo tanto, un cuerpo que se vuelve central a la producción y que de alguna manera se vuelve extraño³¹ en función de la productividad que dicho cuerpo asume dentro de un espacio, que no nos pertenece y de un tiempo que no podemos gestionar (ambos elementos se encuentran bajo las mismas lógicas de economización que gobiernan los cuerpos).

David Hamermesh, de la Universidad de Texas, hace tiempo que trabaja sobre la cuestión de la «mensurabilidad» del valor de la belleza en el mercado de trabajo.³²

³¹ Augusto Ponzio, *La differenza non indifferente. Comunicazione, migrazione, guerra*, Milán, Mimesis, 1995 y A. Ponzio, *Elogio dell'infunzionale. Critica dell'ideologia della produttività*, Roma, Castelvecchi, 1998.

³² David Hamermesh y James Bidle, «Beauty and the Labor Market», *American Economics Review*, vol. 84(5), 1994, pp. 1174-1194.

Ha dirigido diferentes investigaciones que demuestran cómo las personas que son consideradas atractivas también ganan más dinero. Cruzando los datos de los salarios y las apariencias se ve que los «guapos» ganan más que los feos. En EEUU, los hombres feos tienen una remuneración un 9 % inferior respecto de la media; en Gran Bretaña la diferencia es del 18 %; en China del 25 %. Las mujeres peor dotadas ganan un 6 % menos en EEUU; un 11 % menos en Inglaterra y un 31% menos en Shanghai. La diferencia general entre chicas bellas y feas en el mundo llegaría al 41 %. La misma investigación muestra también la correlación entre estatura y salario. En Estados Unidos el 25 % de la población con mayor altura gana un 10 % más respecto del 25 % de menor estatura. También Jean François Amadiou, sociólogo de las organizaciones y de la gestión de recursos humanos, piensa que la belleza tiene efectivamente un papel claro en el éxito social de los individuos y que se puede medir: con la misma formación y cualificación, los guapos ganan más que los de aspecto menos agradable.³³

Si incluso la fealdad puede ser mensurable y objetivable (al igual que la belleza) y si concluimos que es una fuente de problemas en lo que se refiere a la inserción laboral y al desarrollo social del individuo, no puede sorprender la fortuna de la que goza la cirugía plástica, a pesar de todas las implicaciones que comporta en términos de absoluto triunfo del control y de la norma. En EEUU, en 2007, las operaciones (incluidas las operaciones de bótox, de la piel e intervenciones con láser) sumaron 11,7 millones, lo que supone un incremento del 457 % en el arco de 10 años.³⁴

³³ Jean François Amadiou, *Le Poids des Apparences*, Odile Jacob, 2005.

³⁴ Datos de *American society for aesthetic plastic surgery*, disponibles en: <http://www.surgery.org/media/statistics>.

Asistimos, pues, al nacimiento de nuevos mercados económicos dirigidos a mantener el cuerpo máquina por medio, entre otras cosas, del «imperativo de la delgadez». Una tiranía instaurada en la práctica gracias a una serie de técnicas de transformación del cuerpo, organizadas según una lógica de mercado y promovidas, también, por la cultura del consumo: dieta, ejercicio físico, productos cosméticos y farmacéuticos, liposucciones. El enemigo a combatir, más que la «grasa», es la «flacidez». En las representaciones y en las percepciones del cuerpo flaco, objeto de culto contemporáneo, el elemento clave no es simplemente el peso. La publicidad insiste sobre todo en la necesidad de mejorar la silueta. El perfil del cuerpo debe ser «liso», sin «hundimientos». Son recurrentes términos como «tonificado», «sólido», «pulido». Se castiga toda «morbidez» excesiva que florezca fuera de «los contornos»; el cuerpo máquina debe liberarse de ella si quiere tener posibilidades sociales y personales. Espacios de mercado ignotos y potencialmente infinitos se abren para permitir a los cuerpos máquina mantener tales promesas.

Se han previsto también formas de aseguración para el cuerpo máquina ligadas a su rendimiento general o al de sus partes, distintas en cada caso. Por ejemplo, la actriz Mónica Bellucci tiene asegurados sus pechos por 6 millones de euros. De otro lado, la sociedad de investigación Eta Meta Research nos ofrece una clasificación: la muñeca de Valentino Rossi valdría 12 millones de euros, el oído de Riccardo Muti 10 millones, Jennifer Lopez aseguró su trasero por 2.000 millones de dólares.

De estos ejemplos se concluye en definitiva una transmutación del cuerpo en mercancía, algo que va más allá del discurso codificado y admitido hasta ahora (la mercantilización del cuerpo femenino). Trato de subrayar que la dimensión económica interviene directamente en la transformación de ámbitos hasta hace poco intocables

por la mercancía, sosteniendo la metamorfosis del valor de uso, de acuerdo con el imperativo de la precariedad y de la necesidad de autopromoción.

Parece que se produce, en definitiva, una especie de doble movimiento: por un lado, el sujeto puede considerar que su inserción en el mercado de trabajo depende cada vez más de factores que tienen que ver con el aspecto físico, el modo de presentarse y la propia disponibilidad emotivo-corpórea; por otro, esta exigencia es recogida y genera nuevos mercados —ya sea para atemperar las necesidades estéticas de los sujetos, ya para absorberlos dentro de la producción de servicios, en sentido amplio—. El biocapitalismo no transforma una materia inerte externa al trabajador asalariado —que participa desde fuera del proceso—, sino que es la propia vida la que produce efectos sobre la percepción y la imaginación del sujeto. También esto último contribuye a desestructurar de raíz el concepto de género: el género lo deciden las relaciones de poder, en el sentido de que las estructuras socioeconómicas pueden incluso condicionar su signo. En el horizonte omnívoro del biocapitalismo cognitivo las categorías hombre/mujer dependen, en el fondo y sobre todo, de la demanda del mercado.

La valorización del cuerpo materno

El trabajo doméstico, el trabajo de reproducción no pagado de las mujeres se convierte también en un interesante prototipo de esta fase del capitalismo. Tiempo atrás, gran parte del feminismo puso el acento en la cuestión no resuelta del trabajo de reproducción. La dimensión bioeconómica profundiza a posteriori algunas de las contradicciones que ya se revelaron en el pasado. Desde los márgenes a los que fue relegado ya en tiempos del

fordismo, el trabajo de cuidados se ha vuelto central en una nueva situación que, como hemos visto ya, ha sido llamada «economía del trabajo a domicilio».³⁵ El trabajo no pagado de las mujeres transforma el paradigma de la producción contemporánea en su aspecto más vistoso: el valor producido por el trabajo excede hoy la remuneración; sólo se paga una mínima parte de la actividad que se ofrece. El trabajo vivo reproductivo, en la medida en que ha permitido reducir el coste de la fuerza trabajo, es decir, el salario que se necesita para vivir (en la medida en que, como se sabe, ciertas tareas han sido asumidas por las mujeres gratuitamente), ha permitido aumentar el beneficio del capital. Y es esto lo que hoy se produce de una manera cada vez más generalizada: este mecanismo se ha extendido al trabajo en general. El trabajo gratuito, en la era de las prácticas masivas sin remuneración, ha pasado de ser un bagaje atávico de las mujeres a transformarse en una experiencia común que atraviesa géneros y profesiones.

El trabajo de cuidados, el trabajo afectivo-emocional, cumple todas las condiciones que definen el trabajo útil: las energías, el empleo voluntario, el tiempo, la mirada. Es al mismo tiempo un «trabajo útil» (a veces incluso cuestión de vida o muerte) y «social», en tanto que necesario para los demás y válido en todas las sociedades. Pero afrontar la cuestión del trabajo de cuidados o de la producción doméstica significa también, y sobre todo, volver a poner en discusión la antigua diferenciación entre «trabajo» y «no trabajo» (o bien entre trabajo productivo e improductivo), que se puede enunciar también como diferencia entre «vida retribuida» y «vida no retribuida». Tanto más hoy que como ya hemos visto, la vida en su conjunto se vuelve potencialmente productiva a partir del cuerpo *sometido a gastos de mantenimiento*.

³⁵ Véase la nota 37 del capítulo 1.

El trabajo de cuidados es, y ha sido sobre todo, en términos históricos, una inmensa mole de trabajo no retribuido si bien indispensable para la familia y la sociedad. El trabajo de cuidados se basa en vínculos afectivos y en la jerarquía (la división sexual del trabajo). Es el elemento sentimental, eminentemente humano (vital) —sin olvidar las relaciones de poder y las condiciones culturales y tradicionales— implícito al trabajo de reproducción lo que constituye la raíz de la producción contemporánea. Dicha condición vuelve comprensible, de forma aún más explícita que en otros ámbitos, la falta de límites en el o la trabajador/a de cuidados, cualidad prototípica de la producción general contemporánea.

El trabajo actual se caracteriza por la particular dificultad de establecer demarcaciones y límites a los contenidos del propio trabajo. La materia del trabajo es difícilmente separable del sujeto que la produce. La vida del cuerpo y las singularidades expresadas por el individuo, entendidas al mismo tiempo como forma y contenido, emergen como objeto del proceso productivo gracias a la subjetivización de la producción, característica típica del capitalismo cognitivo. El máximo beneficio en el capitalismo contemporáneo deriva de una proliferación de diferencias subjetivas (filtradas por el cuerpo), que se encuentran en la base de la economía de la afectividad. En el trabajo de cuidados, por ejemplo, en la presencia continua de un «asistente a domicilio» en el hogar del anciano o de la familia, junto a la «asimetría» que caracteriza y marca la relación entre familia y trabajador/a y el tipo de prestación requerida, en la que son del todo evidentes contenidos cognitivos, experienciales y emocionales, se vuelve complicado fijar límites precisos al trabajo. Pero, ¿no es este un elemento que se repite, un problema que se presenta hoy también en otros tipos de trabajo, independientemente del sector de ocupación? Como consecuencia del

razonamiento señalado más arriba, sobre la caída del modelo dicotómico, las etiquetas disponibles acaban revelándose inapropiadas.

La producción material y la producción lingüística aparecían, hasta hace no mucho, separadas bajo la forma de «trabajo manual» y «trabajo intelectual». También aquí había un dualismo. Hoy asistimos a una nueva unión y conexión. También en este caso nos encontramos frente a una falta, espejo de otra. Mientras el trabajo «material» de la cuidadora está constituido por una esencia inmaterial que apenas encuentra reconocimiento, el trabajo «intelectual» de la periodista se transforma en una producción en serie, incorporando tareas materiales y repetitivas. El trabajo intelectual tiende a perder las características de creatividad y privilegio que parecen construir el eje histórico de la teórica separación entre trabajo material e inmaterial, para asumir tendencialmente el aumento de una productividad estandarizada aplicada a la producción de conocimiento mediante las nuevas tecnologías. El paradigma productivo apunta a la estandarización de los conocimientos con el fin de reducirlos a algo inmediatamente transmisible. Trata de transformar el conocimiento y la relación en un factor que se puede alienar de sus productores (piénsese en los procesos en curso en el ámbito de la formación, pero también de la información, la producción mediática o de la industria cultural, en los *call centers*, en el trabajo de asistencia o en el trabajo sexual). Sin embargo, asistimos al mismo tiempo a la asimilación, dentro del proceso productivo, de características emocionales y experienciales únicas que son lo que diferencian a los individuos y que funcionan como un bagaje imprescindible de las singularidades. En este sentido, precisamente, también el cuerpo, la voz, la postura, la sensualidad, la emotividad de cada uno pueden prestarse a convertirse en instrumentos de trabajo.

La histórica separación entre público y privado, entre mente y cuerpo, ente manos e intelecto, entre cultura y naturaleza, y la polarización de sentido positivo/negativo atribuida a las esferas de producción y reproducción — sobre las que se ha construido nuestro orden social y simbólico— muestran nuevos efectos y encuentran hoy todas sus paradojas, tensiones y contradicciones.

Se trataría precisamente de re-pensar, re-evaluar y reconsiderar las características intelectuales y manuales de cada uno de estos trabajos diferentes, en la medida en que se mezclan y se diluyen entre sí. Tener esto presente es importante a la hora de fijar con mayor precisión un nuevo estándar de equivalencia entre diferentes trabajadores/as, más allá de separaciones que consideramos superadas. Se trata de una operación preliminar con el fin de poder comparar los trabajos y establecer su excedencia respecto a la medida del valor: un valor que, antes, en la mayor parte de los casos, era catalogado como valor de uso, y que hoy tiende a volverse valor de cambio, no siempre medible en tanto «desmesurado».

También los cognitarios tienen cuerpo

Los tres apartados que siguen intentan ofrecer una fotografía de otros ámbitos de subsunción del cuerpo-mente en la socio-producción actual. Todos los casos son citados desde la conciencia de que cada uno merecería un análisis específico. Al concentrarme en las novedades de la valoración de los cuerpos no intento, tampoco aquí, representarlos en tanto expresión de fuerza física, de energía pura y simple ejercida en el acto de producir.

Las características actitudinales más relevantes del trabajo condicionan notablemente la vida y están a su vez condicionadas por las estrategias fundamentales de cada individuo. Las empresas, por su parte, estudian tales mecanismos en la medida en que los procesos creativos personales tienden también a volverse empresariales, en una inquietante coincidencia de perspectivas.

El estudio de Andrew Ross sobre el uso de la sensibilidad del artista en la industria del software tiene un papel determinante. Nunca se deja de ser artista y, por lo tanto, nunca se deja de proyectar software dentro de este proceso de trabajo, dentro de esta estrategia de plusvalor absoluto.³⁶

Señalar algunas problemáticas y contradicciones es útil a fin de completar el cuadro, con el objeto de proporcionar un espectro lo más amplio y exhaustivo posible de los efectos sobre las vidas y sobre los cuerpos-máquina — en el contexto de la precariedad generalizada de la sociedad «post-salarial» — generados por la impronta productivista generalizada introducida por el biocapitalismo.

El efecto más extraordinario que el capitalismo cognitivo ha conseguido es, desde mi punto de vista, poner el deseo a producir. En este sentido, hemos intentado describir los aspectos que sirven para encauzar a hombres y mujeres hacia la mercantilización general de la existencia y del cuerpo. Por otra parte, tal y como veremos más adelante, el deseo humano se manifiesta actualmente a través del consumo. De otra parte, se intentan capturar las energías puestas en la empresa mediante la autorrealización en el trabajo. El trabajo, precario, se vuelve objeto de

³⁶ Stefano Harney, *L'abolizione della schiavitù*, cit.

emprendizaje, de deseo, a descubrir, al que dedicarse por completo. Fuera de este mecanismo parece que no exista ni pasión ni vitalidad; que prevalezca la tristeza y la melancolía social. Georges Bataille,³⁷ en *La parte maldita*, un libro de 1949 pero muy actual, sostiene que el desarrollo económico se basa en el placer no vivido. La parte maldita sería el exceso de deseo que debe ser sacrificado para permitir el desarrollo de la economía.

Entendido como efecto no secundario de la transformación tecnológica y organizativa del proceso de producción a partir de los años ochenta, el proceso de cognitivización³⁸ del trabajo es el elemento paradigmático del mercado de trabajo contemporáneo. Se trata de un incremento del contenido cognitivo en todo trabajo. La imagen prototípica del trabajo fordista, de un obrero desnudo de cintura para arriba delante del horno, pertenece ya al pasado. En Occidente, también en lo que se refiere al trabajo de fábrica, es más actual la imagen del técnico delante de una consola en una sala de control. A modo de ejemplo, en las realidades metropolitanas italianas, el 30 % de los trabajadores trabaja en los sectores de la información, los servicios, la formación y la comunicación. Entre los trabajadores y trabajadoras cognitivos el porcentaje de quienes trabajan con un contrato atípico es superior respecto al resto de ámbitos. Y si por un lado el componente cognitivo está presente en toda prestación laboral, incluso en las más «manuales», por otro, se suma que hoy el trabajo cognitivo no sólo se consume en el uso de la inteligencia y en las relaciones: los cognitarios, en su concreción existencial, son también cuerpos, nervios que se tensionan, ojos

³⁷ George Bataille, *La parte maledetta*, Turín, Bollati Boringhieri, 2003 [ed. cast.: *La parte maldita*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2007].

³⁸ Andrea Fumagalli, *Bioeconomía e capitalismo cognitivo*, cit.

que se cansan delante de un ordenador o bajo las luces de neón, articulaciones dolorosas por el uso del ratón o por la postura delante del ordenador.³⁹

El término «trabajo inmaterial»⁴⁰ ha tenido cierta fortuna en tanto ponía el acento sobre el hecho de que tal actividad no preveía un proceso de transformación de la materia. Sin embargo, el trabajo no es nunca inmaterial en la medida en que los procesos de explotación son bien materiales y, también aquí, existe un cuerpo-máquina que a menudo es olvidado: también el cuerpo de los trabajadores cognitivos entra completamente dentro del proceso de producción. La depresión o el estrés son patologías del cuerpo máquina de los trabajadores cognitivos con fuerte contenido social; están íntimamente ligadas a la ideología de la autorrealización en un contexto competitivo, individualista y productivista. Desde este punto de vista, se puede pensar que la depresión, los ataques de pánico o la ansiedad, representan la nueva frontera de las enfermedades del trabajo en la actualidad. De hecho, aumenta el uso de los psicofármacos: en los últimos años el uso de ansiolíticos ha crecido un 75 %. Y las mujeres, que recurren con más facilidad a los antidepresivos, son las principales usuarias.

Existen formas engañosas de estados disociativos, formas invisibles que pueden consistir en «dejarse matar por un contexto agresivo». Existen también patologías generadas por ciertos tipos de organización como es el caso de las neurosis del trabajo. Estudios de la UE demuestran que el 22,3 % de los trabajadores de los 27 estados miembros sufre *estrés laboral*. Las mujeres son las que más lo padecen, pero se manifiesta en todos los niveles para ambos sexos:

³⁹ Franco Berardi (Bifo), *La fabbrica dell'infelicità*, cit.

⁴⁰ Maurizio Lazzarato, *Lavoro immateriale*, cit.

Los datos que nos ofrecen los pocos estudios relevantes en el sector describen una situación de tipo «epidémico»: la patología del estrés no parece un fenómeno ocasional, limitado en el espacio y en el tiempo, sino que se trata del resultado de un malestar ampliamente generalizado, intrínseco a la actividad laboral. No es casualidad que los médicos y los psicólogos del trabajo se hayan ocupado frecuentemente de la correlación entre estrés y actividades laborales, y que en la última década los análisis de los contextos empresariales sean parte de las voces que hacen balance de numerosas realidades productivas occidentales. Suponen, en este sentido, que uno de los principales desafíos de las empresas es la salud y la seguridad de los trabajadores en el puesto de trabajo.⁴¹

Cuerpos, tecnologías y biotecnologías

Con el objeto de ofrecer un marco general de la nueva dimensión en la que los cuerpos se encuentran inmersos, no podemos dejar de recordar las innovaciones tecnológicas. Estas modifican nuestro cuerpo principalmente en la esfera psico-sensorial, imponiendo constantes adaptaciones. El paso de la civilización oral a la civilización virtual determina mutaciones y reconfiguraciones sensoriales.

Va de suyo, por supuesto, la ulterior puesta en juego de nuestro cuerpo frente a una revolución digital que de facto está transformando nuestra vida.⁴² Las nuevas tecnologías interactivas nos llevan a preguntarnos sobre nuestro físico. Se supera, de esta manera, la antinomia

⁴¹ Véase Osha, Agenzia europea per la sicurezza e la salute sul lavoro, Emmanuela Giuli (ed.), *Ricerca sullo stress da lavoro correlato*, 2002, disponible en <http://agenzy.osha.eu.int>.

⁴² Tiziana Villani, *Il tempo della trasformazione. Corpi, territori, tecnologie*, Roma, Manifestolibri, 2006.

entre cuerpo y máquina por medio de las requisitorias que derivan de este nuevo universo que a su vez impone una «necesidad evolutiva»: «elevar» el propio cuerpo desplazando hacia delante los términos de su funcionalidad física y mental.

A esto hay que añadir que las nuevas tecnologías de la vida (entendida como *bios* y como *zoé*) se están expandiendo rápidamente. La agricultura, la crianza, las intervenciones que la medicina permite sobre los genes, sobre la reproducción, sobre los fetos, el tráfico de órganos y de partes del cuerpo ligadas a la ingeniería genética a través del uso de nuevas tecnologías, generan un impacto directo sobre los aspectos más íntimos de la existencia: desde la reproducción asistida a la explotación comercial de datos genéticos. Se trata de nuevos mercados que producen valor económico y representan perfectamente (y más que nunca) el modelo de «producción del hombre por el hombre».

La reproducción se encuentra en el centro de todo el proceso: el cuerpo femenino representa todo lo que el capitalismo intenta imitar y regular desesperadamente. Se prueba a separar la función reproductiva de los cuerpos de las mujeres a través del recurso a las biotecnologías, o por medio de la normativización y el control de su funcionamiento en cada una de las fases. El objetivo es la racionalización tecnológica de la reproducción humana. El útero es un «lugar oscuro y peligroso» y la fecundación *in vitro* permite una vigilancia médica definitiva sobre la gestación. Nos encontramos ante la cancelación del poder garantizado por la maternidad a las mujeres y, al mismo tiempo, ante la expresión de la esencia más pura del espíritu del capitalismo contemporáneo. Uno de los aspectos más interesantes, más dramáticos y más difíciles de realizar se encuentran precisamente en este proceso de reificación del ser

humano, del cuerpo femenino y de la naturaleza dentro de los mecanismos económicos: «Siento una gran curiosidad por las regiones en las que el sujeto pleno de vida se convierte en un muerto viviente».⁴³

Con los videojuegos o las tecnologías web 2.0 (las redes sociales interactivas), con el uso de pantallas tridimensionales y tecnologías sensoriales, asistimos a un proceso que se dirige a crear interfaces que hagan posible la estimulación de efectos emocionales asistidos por ordenador. La emoción, entendida como reacción física y química —sólo parcialmente controlable racionalmente— viene cada vez más estimulada y provocada por cadenas de automatismos tecnológicos. Esto no puede producirse sin una mutación del sistema emocional humano y quizás incluso de mutaciones del propio aparato neuronal, del *hardware* del cuerpo-mente. En este sentido, se puede apreciar una convergencia, que todavía está por investigar, entre las tecnologías informáticas que circundan e infiltran nuestra vida, el trabajo contemporáneo y las sustancias psicotrópicas de tipo químico a las que se recurre de forma cada vez más generalizada. Estas sustancias sirven menos como medio de diversión y de introspección (tal y como sirvieron las drogas a culturas anteriores) y más como instrumentos para lidiar con las exigencias de la producción. En todo esto podemos vislumbrar los síntomas de la emergencia de formas pánico-depresivas de la psique social y del comportamiento colectivo (violencia).

⁴³ Donna Haraway, *Testimone_modesta@FemaleMan_incontra_OncoTopo*, Milán, Feltrinelli, 2000, p. 190.

Cuerpos y consumo

La importancia del ideal de un cuerpo en forma, de una figura bien delineada, de un cuerpo no sólo tonificado y liso sino también energético y eficiente, es un icono fundamental de la cultura comercial contemporánea. El yo contemporáneo se construye sobre la base de fuerzas contradictorias que le invitan a adoptar tanto una disciplina ética del trabajo como una desenfrenada e insaciable capacidad de consumir mercancías de lo más diverso. La regulación del deseo se vuelve un problema constante porque el sujeto se ve asediado por la tentación, condenado a abandonarse a ella.

La feminista americana Susan Bordo escribe: «En tanto que productores de bienes y servicios debemos sublimar, posponer, reprimir el deseo de una gratificación inmediata; debemos cultivar la ética del trabajo», mientras que «como consumidores debemos exhibir una capacidad ilimitada de ceder al deseo y de secundar el impulso; debemos anhelar una satisfacción constante e inmediata».⁴⁴

Según esta autora, los desórdenes alimentarios, que de manera creciente afligen a los cuerpos contemporáneos, tienen su raíz «en la propia construcción del deseo operada por la cultura de consumo que aplasta y sujeta al yo» y que favorece un incremento simultáneo de la anorexia y de la obesidad. El *cuerpo anoréxico* y el *cuerpo obeso* representan las contradicciones inducidas por la cultura del consumo: la anorexia es «la capacidad de anularse y reprimir el deseo (control absoluto de la ética del trabajo), la obesidad, por su parte, es «la capacidad definitiva de ceder al consumismo». También el consumidor es un trabajador que es «trabajado» en supermercados e hipermercados en

⁴⁴ Susan Bordo, *El peso del cuerpo*, Milán, Feltrinelli, 1997, pp. 71- 97.

los que se le «infantiliza»; es ahí donde nace la necesidad de repetir perpetuamente la liturgia del *shopping*.⁴⁵ Por otra parte, la delgadez femenina es una invención cultural realizable por cualquiera que se pregunte cómo alcanzar un ideal psico-físico. «El cuerpo flaco debe ser primero imaginado, después organizado a través de gestos como el ayuno o el ejercicio físico, y finalmente expuesto en el mercado de la comunicación».⁴⁶

Sobre el abuso del concepto de vida

Soy consciente de que he presentado muchos materiales de forma poco orgánica. Pero huelga decir que los temas a los que se alude sólo en apariencia son dispares. Están estrechamente entrelazados por el doble movimiento que se produce entre el proceso de feminización del trabajo y la feminización del proceso, o bien entre estructura y contenido. Ambos encuentran en la mujer y en su cuerpo-mente un interesante arquetipo. La reproducción está dejando de ser una función netamente «natural» para asumir una función de cuenca de creación directa de valor (nuevos mercados). De ésta última proviene una paradójica «remodelación» de la propia mujer, según los términos establecidos en los que pueda ser *globalmente* útil para el proceso info-productivo del biocapitalismo. El útero, a través de los constantes progresos de la ciencia, se ha vuelto público. Un *reproductive life plan* que se integra perfectamente en la vida productiva, que incluso le da forma, dentro del dogma dominante de la eficiencia económica

⁴⁵ Renato Curcio (ed.), *Il consumatore lavorato*, Roma, Sensibili alle foglie, 2005.

⁴⁶ Lucia Rodler, *Leggere il corpo. Dalla fisionomia alle neuroscienze*, Bologna, Archetipolibri, 2009, p. 53.

total de la existencia. La feminización del trabajo, sobre todo del cognitivo, ayuda poderosamente a subsumir la vida y sus energías. Si en el juego económico se incorpora la vida misma de forma explícita, a las mujeres les corresponde «proteger a la especie de la extinción», orientando hacia la empresa-cuerpo-viviente todo su tiempo, todos los cuidados, todas las palabras, todas las atenciones. La naturaleza conocida viene recreada como vida representada, las interacciones aparecen bajo la forma de «cosas» (también cosas no tangibles), la creación se transforma en producción. De este modo, las mujeres tienen que ocuparse de aquello que hoy el capitalismo cognitivo entiende como «especie», esto es, «seres» (las cosas o los símbolos que han ocupado su lugar, que determinan los flujos de valor y que animan el mercado) creados en el juego económico. Tiempo y cuidados se incrustan en el trabajo y, por este motivo, se apela a una atávica aptitud femenina para ocuparse de los demás.

«Si hay una palabra cargada de connotaciones hasta el punto de que no diga nada preciso, ésta es sin duda *vida*». Exactamente como escribe Duden, existe «un abuso del concepto vida». Cuando decimos «mi vida» no sabemos ya de qué estamos hablando exactamente. ¿Dónde han ido a parar nuestro tiempo, nuestro deseo e incluso *nuestro cuerpo*? En el curso del siglo XX, el cuidado físico se volvió parte de un proceso sanitario y educativo, dedicado aparentemente a mejorar la calidad de la vida a través del uso «correcto y productivo» del tiempo libre. Con el tiempo, se ha producido una nueva forma de libre albedrío que ha formado una corporalidad casi onírica, la cual obedece a normas cada vez más severas y asentadas, establecidas en ámbitos diversos, desde la salud a la publicidad o la alimentación. A partir de los años cincuenta, se desarrolló en Occidente una nueva industria de la belleza con el distintivo de la emancipación femenina. Las mujeres entraron en el mundo del trabajo pero también en

el de las imágenes publicitadas por la moda, las películas y los medios de comunicación. Se afirmaba progresivamente la idea de que gracia y belleza no eran solamente un don sino un recurso en el que se podía invertir para el derecho-deber de complacer a los demás. Es entonces cuando la cirugía estética empezó a prometer éxito social y económico además de bienestar psico-físico (gustarse). El recurso al bisturí con fines estéticos está asumiendo hoy proporciones relevantes, mostrando lo difícil que es conciliar cuerpo e identidad. Hoy quienquiera que tenga el deseo productivo —impulsado por la espectacularización— de hacer de sí una azafata o una modelo de pasarela, puede llevar a cabo fácilmente esta identidad con la ayuda de la cirugía plástica.

Con esto queremos afirmar que en los últimos treinta años hemos asistido a un cambio radical del proceso productivo. Una contorsión que se ha ocupado también de la dicotomía entre cuerpo y mente. La separación entre cuerpo —hecho de músculos y fuerza física— y cerebro, entre trabajo «vivo» y trabajo «muerto», entre capital «variable» y capital «fijo», es cada vez menos neta.⁴⁷ Tal evolución ha tenido diversas consecuencias. Intentemos describirlas y proponer algunas hipótesis.

- a) La división taylorista entre cuerpo y máquina implicaba también una división entre cuerpo, eminentemente orientado a la producción de energía física —y por lo tanto masculino, en su mayor parte—, y facultades cognitivo-relacionales. Esta separación nos reenvía a la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual. En el capitalismo cognitivo contemporáneo, gracias a la generalización de las tecnologías informáticas y del lenguaje, tal distinción se está esfumando. Las facultades humanas

⁴⁷ Andrea Fumagalli, *Bioeconomía e capitalismo cognitivo*, cit., pp. 185-192.

ligadas a la capacidad relacional, de aprendizaje, de producción afectiva y simbólica (una función productiva de valor, expresada por el mercado contemporáneo), asumen un peso cada vez más relevante. La propia dicotomía entre *producción* (masculina) y *reproducción* (femenina) entra en crisis. La feminización del trabajo es una confirmación evidente de todo esto.

- b) En los análisis de estas transformaciones, incluso en los ejemplos ofrecidos en este trabajo, nos hemos centrado frecuentemente en los aspectos «cognitivos» y «simbólicos» impuestos por los nuevos modelos productivos. Como en un juego de espejos, bajo la presión de las nuevas tecnologías y de los aspectos de la sexualidad y la socialidad introducidos en la producción, el «cuerpo» ha empezado a sufrir mutaciones, no todavía genéticas pero sí próximas a la genética. No sólo se está desmoronando la clásica dicotomía hombre/mujer, liberando una pluralidad sexual y de género, sino que asistimos a una multiplicidad de formas y de usos de los cuerpos. El «cuerpo» tiende cada vez menos a ser el simple envoltorio de la mente (o el alma) o el simple dispensador de energía física a aplicar a cualquier cosa externa a él (la máquina). El «cuerpo» se vuelve cada vez más un instrumento directo de producción que aquí entendemos esencialmente como producción inmaterial.
- c) La problemática fundamental es, por lo tanto, la de las técnicas de control de los «cuerpos productivos de inmaterialidad y significados». En la medida en que el proceso laboral, como base de la producción de riqueza, se desarrollaba dentro de la relación (subordinada) entre capacidad laboral y maquinaria, el control de la fuerza trabajo se producía a través del control aparentemente neutral de las máquinas. En

el mismo momento en el que se asiste al desarrollo de un modelo antropogenético de producción y el cuerpo se vuelve parcialmente «máquina» —en el provocador sentido que hemos intentado darle—, es a través del control directo del cuerpo y a través de su reducción a elemento directamente productivo como precisamente se puede efectuar el proceso general de control de la fuerza trabajo. En otras palabras, en el capitalismo contemporáneo la subordinación del trabajo al capital se efectúa con el desarrollo de técnicas sociales de control, cada vez más sofisticadas, que tienen como objetivo, por un lado, el cuerpo y, por otro, el cerebro. Y puesto que mente y cuerpo están cada vez más entrelazados en el mecanismo cooperativo de la producción social, el control del cuerpo influye sobre el control de la mente y viceversa. La precariedad del mercado de trabajo es un acicate para la inmersión completa de los cuerpos en la dimensión del control exigida por el biocapitalismo.

- d) De forma predominante, es en la figura *mujer* donde cuerpo y mente se vuelven intercambiables con el fin de la acumulación capitalista. El vínculo está definido por el elemento simbólico que el cuerpo femenino ha poseído siempre, además de por la posible soldadura de producción y reproducción representada por el cuerpo mujer. Un elemento «simbólico» que si por un lado viene legado por la evolución histórico-cultural, por otro, asume características todavía más pesadas en tanto parte fundamental de la producción inmaterial y de la producción de símbolos, lenguajes y deseos funcionales al poder.

- e) El cuerpo femenino encarna así nuestra precariedad vital y laboral (ámbito privilegiado del control y de la expropiación). Quizá precisamente porque, de otra parte, continúa siendo el lugar de una potencia excedente nunca completamente alienable y subsu- mible, incluso por los más sofisticados mecanismos de organización de la producción.

4. Desmesura y cualidad del trabajo contemporáneo

No esperes que yo te indique el sentido de tu vida.

Peter Handke

NO ES PARA NADA FÁCIL situarse en la época presente. No es fácil, entre los muchos mecanismos «desubjetivizantes» entre los que estamos inmersos, encontrar las pistas que nos encaminen al nosotros que hoy somos íntimamente, así como al que podemos ser. Cuando afirmamos, por ejemplo: «Tiempo de vida y tiempo de trabajo se confunden, el primer campo viene invadido por el segundo», no estamos empleando una simple frase retórica, sino que damos cuenta de una nueva percepción del *tiempo*, advertida por los sujetos precarios en el trabajo. Dicha percepción se transforma: de *memoria social* (colectiva) —experiencia marcada por una neta separación entre los dos momentos trabajo/no trabajo— a una sensación de general falta de control sobre el propio tiempo (individual). Agobiados entre trabajo, prácticas de autopromoción y consumo, los precarios son empujados a invertir en las promesas de felicidad de esta sociedad terciaria que *ha convertido*

en trabajo la producción de sí. El desarrollo de las capacidades humanas es al mismo tiempo la finalidad de la actividad y la actividad misma, tal y como esta se define en el capitalismo cognitivo. Como ha subrayado Gorz, la diferencia entre *producir y producirse* tiende a desvanecerse; como dice Marazzi en relación con «trabajo y trabajador». El trabajo se presenta como la expansión total de la actividad humana. Fuera de esta insidiosa complejidad, *sentimos* que no tenemos tiempo, advertimos que el tiempo disponible se ha acabado. No se trata ya del retraso burgués que inquieta al conejo blanco psicodélico, señalado por un reloj social. La fábrica tenía relojes, el domingos sus ritos, existía el tiempo del vacío, el aburrimiento, las fiestas, la imposibilidad de cruzarse con alguien. Ahora ya no hay fronteras inviolables entre un tiempo certificado por la producción y los días *libres*. Se inaugura una nueva relación con el tiempo, con la naturaleza, con el cuerpo de una no clase (los precarios) que no tiene pasado y de la que cuesta vislumbrar su futuro. Se ha interiorizado un *hacer* perenne que tiende a perder las características del placer y del valor de uso propios de la relación, del contacto, del encuentro, para asumir las de la actividad que produce valor de cambio, al menos potencialmente. Así es como lo percibimos de manera instintiva. Por otro lado, la condición de trabajador implica tener relaciones a través del email o de las redes sociales, con todo lo que conllevan (ansia, estrés, saturación mental); en pocas palabras: se impone el imperativo de una presencia permanente.

Todo esto se ha visto fuertemente influido por la condición de inseguridad y fragmentación de las trabajadoras y trabajadores precarios, condicionados a no poner límites —de tiempo, de dedicación, de atención— para *constituirse como sí mismos*, de acuerdo con un deseo exhortado por las ininterrumpidas posibilidades que pueden abrirse ante cualquier tipo de relación. Nos decimos: «No es el momento de descuidar ninguna relación» y nos ponemos a ello. El deseo,

que toma forma en la condición precaria del biocapitalismo, coincide con la actividad productiva que se explica y se exalta precisamente en las profundidades de la cooperación social. La condición precaria ha influido sobre lo concreto — más allá de cualquier teorización — en la introducción de un *tiempo atípico* para el trabajo, externo a cualquier regla certificada (contrato) y por lo tanto a cualquier canon que pueda ser medido y, sobre la base del mismo, retribuido. El tiempo atípico del trabajo de la trabajadora y del trabajador atípicos se desarrolla en cada rincón de lo real (noches, fiestas, fines de semana) sin que esté claramente dispuesto o fijado sobre la base de los instrumentos de medida y/o de separación del pasado (turnos/tiempo parcial).¹

En esta nueva dimensión, no sólo los horarios se dilatan, tal y como se intentará mostrar más adelante, sino que también la medida estadística deja de ser el instrumento más adecuado para dar cuenta de esta

¹ Véase a este respecto una entrevista hecha a los redactores editoriales de la red Rerepre (*Rete Redattori Precari*), disponible en www.precaria.org o en www.rerepre.org, con el título «Las correcciones». A la pregunta sobre su tiempo de trabajo, una correctora editorial respondió de la siguiente manera: «Depende de la cantidad de trabajo. Por desgracia no lo sé a priori, y esto hace difícil para mí organizar, con margen suficiente, mis compromisos extra-laborales. Puedo trabajar desde cinco/seis horas hasta diez al día; creo que puedo decir que, con las cuentas hechas, trabajo poco menos que un trabajador asalariado a tiempo completo, lo que pasa es que mis horas laborales están fatalmente distribuidas. A veces, me va bien establecer el número de horas y cuándo hacerlas a lo largo del día, olvidando que los trabajadores con contrato indefinido disfrutan justamente de permisos retribuidos y vacaciones pagadas. Por otro lado, a menudo, estoy obligada a trabajar durante los fines de semana y, a pesar de que ahora intento evitarlo, me ha tocado trabajar en los días de fiesta, quizá no en Navidad, pero sí en Santo Stefano [el 26 de diciembre] o en Reyes. No quiero creer que quien me da el trabajo no lo sepa, a pesar de que no me lo impone explícitamente: cuando te endosan la revisión de 600 páginas el 22 de diciembre, para ser entregadas el 29 del mismo mes, es evidente que algún día de fiesta se te escapa. Repito, no quiero creer que quien hace, ha hecho, o en cualquier caso sabe cómo funciona el trabajo que desarrollo no se imagine cuántas horas se necesitan para hacerlo de forma digna».

ampliación del tiempo de trabajo. En cierto sentido, el hecho de que las estadísticas oficiales, además de que haya pocas y sean imprecisas —debido a la precariedad, el trabajo sumergido, los horarios no documentados, fuera de todo estándar— confirmen el incremento de las horas de trabajo, deja más claro que nunca cual es la tendencia en curso. Sólo disponemos de cálculos que, referidos a las formas clásicas de medición de la prestación laboral, implican una relación de trabajo estable, una cuantificación de la productividad y un horario regulado. Sin embargo, incluso cuando se trata de una forma inadecuada y defectuosa, se registra un aumento de las horas de trabajo. En otras palabras, se pone de relieve una extensión de las horas de trabajo en los lugares en los que están reguladas; e igualmente, se puede dar cuenta también de dicha extensión allí donde el trabajo no puede ser medido.

Por encima de todo asistimos —y esto es el corazón del problema— a la progresiva expansión de actividades, cualitativamente distintas, que conectan con la afectividad, los vínculos, la relación y los cuidados. Efectivamente, la introducción de elementos como afecto, deseo, sueño y belleza en el proceso laboral ha tenido un impacto relevante y ha provocado una desorganización del tiempo, creando las premisas para una plena disponibilidad del sujeto entregado —sin límites— a un trabajo en el que todo son promesas. El tiempo es totalmente subsumido en la medida en que asistimos a una subsunción total de la sociedad en el capital. Tiempo y espacio son el campo donde se lleva a cabo esta subsunción real, al tiempo que nos vemos privados de un elemento externo (el valor de uso) que nos permita valorar lo que nos ocurre a través de un simple mecanismo de comparación. Sólo tenemos la medida de una explotación que se vuelve cada vez más totalizante

en lo que se refiere al deseo/tensión de los sujetos de hacerse capital (tal y como hemos intentado explicar en el capítulo tercero).

¿Es quizás por esto por lo que se está intentando, al fin, introducir nuevos análisis sobre el uso del tiempo, de la jornada, que esquiven una separación neta y precisa, por ejemplo entre producción y reproducción, permitiendo vislumbrar la caída de una jerarquía histórica, al tiempo que se lanza, en su lugar, la hipótesis de un espacio común, afín, por no decir igual (*iso*) entre los dos momentos? En este capítulo, voy a intentar explorar esta cuestión. La inserción de nuevas variables, que son el contenido mismo del trabajo contemporáneo, hace estallar la *medida* del tiempo de trabajo separado del tiempo de no trabajo. Hace estallar también cualquier idea de articulación del tiempo a la que nos acostumbramos en el pasado. Deseo, dedicación, investigación, disponibilidad, relación, fidelidad y confianza se han vuelto vocablos propios del mundo del trabajo, traduciendo, en el trabajo mismo, su propia carga de significados y de impresiones. Es sobre todo este contagio, este cortocircuito, o dicho de otra manera, esta capacidad de sustituir y de ocupar el lugar de otros momentos hasta hace poco separados y distantes, lo que hace no mensurable el tiempo de trabajo contemporáneo. Nos hemos ido acercando a este problema por niveles o grados, a medida que se profundizaba en las reflexiones, sugeridas por la dimensión cualitativa implícita a la feminización del trabajo, que demostraban la *generalización del altruismo* —característica histórica de las mujeres— o bien la extensión de los dispositivos de subsunción. En este sentido, la crisis de la teoría del valor-tiempo, intuida por el Marx de los *Grundrisse*, representa ahora un frente nuevo e ineludible de investigación.²

² Al respecto, véase Cristina Morini, Andrea Fumagalli, *La vita messa a lavoro*, cit., pp. 94-116.

Horarios ampliados

La generalización de los horarios de trabajo flexibles, dejando de lado las tipologías contractuales de la relación de trabajo, es un fenómeno que cada vez está más presente en todos lados y para cualquiera en Europa, a consecuencia del desarrollo de la economía biocapitalista. Es exactamente lo contrario de lo que había sostenido la miserable retórica política bipartidista que ve en la laxitud de las y los trabajadores italianos uno de los principales problemas del país, alimentando el profundo resentimiento del que es prisionero. Bombardeados por una ridícula e inadecuada apelación al *mensurable* productivismo de antaño pero en plena era cognitiva, cómplice de una información servil plegada a la inmediatez del lenguaje televisivo, escuchamos el estribillo de «gandules», enésima metáfora del fracaso del reformismo socialdemócrata.

Decíamos que, a diferencia de lo que se explica generalmente, la tendencia a la contracción de los horarios de trabajo, que ha caracterizado al mercado de trabajo desde los comienzos del siglo XX, se ha reducido en casi todas partes. Por otra parte, la reducción del tiempo medio de los horarios se debe al crecimiento de las ocupaciones a tiempo parcial, en expansión en la mayor parte de los países europeos, si bien no en Italia. El acceso al mercado de trabajo tiene hoy en la disponibilidad del sujeto a la flexibilidad temporal de la propia prestación laboral un importante factor de predilección. El trabajo precario ha garantizado al sistema productivo italiano márgenes de máxima flexibilidad temporal, que los horarios fijos del trabajo dependiente fordista no permitían. Y es precisamente el sector servicios el que registra la mayor generalización de horarios atípicos (de tarde, nocturnos, festivo, dominicales).

Si razonamos sobre la nueva relación entre sujetos y tiempo de actividad, a partir de los análisis de los datos sobre los horarios de trabajo, encontramos la confirmación de una evidente ampliación. Me refiero a un informe Istat (Instituto Nacional de Estadística Italiano) publicado en julio de 2008, que presenta una serie de estimaciones sobre el total de horas de trabajo en relación a la evolución del Producto Interior Bruto. Dado que la medida de referencia tomada para el cálculo del total viene dada por los llamados puestos de trabajo,³ el análisis de los datos de la serie histórica que va desde 1993 a 2007 muestra, particularmente, que en el periodo comprendido entre 1998 y 2007 las horas trabajadas crecieron de forma constante, registrando una dinámica tendencialmente positiva sostenida por un incremento significativo de la ocupación. En 2007 las horas trabajadas fueron 45.892 millones, valor muy superior a las 41.446 millones de 1993, con un incremento cercano al 11 % (véase la tabla 1).⁴

³ El puesto de trabajo «viene definido como un contrato de trabajo, explícito o implícito, entre una persona y una unidad productiva residente con el fin de desarrollar una prestación laboral a cambio de su correspondiente compensación. En los esquemas de contabilidad nacional las posiciones laborales representan, por lo tanto, el número de puestos de trabajo que resultan de la suma de los primeros puestos laborales y de los puestos laborales múltiples, independientemente del número de horas trabajadas». Istat, *Le ore lavorate per la produzione del Pil*, Roma, 2008, p. 27.

⁴ Si separamos los datos por macro-sectores, es el sector servicios el que está a la cabeza durante todo el periodo observado, este alcanzó su ápice en 2007 con cerca de 30.729 millones de horas trabajadas, mientras la industria absorbía 12.638 millones y la agricultura sólo 2.525 millones. Los servicios alcanzaron casi un 67 % del total de horas de trabajo pagadas en el proceso de producción contabilizado en el PIB, la industria el 27,5 % y la agricultura el 5,5 %; en 1993 estos porcentajes fueron respectivamente del 61,9 %, el 29,7 % y el 8,4 %. Es interesante dar cuenta de que el proceso de reestructuración sectorial que caracterizó los años noventa favoreció el desarrollo de algunas actividades terciarias, por ejemplo la de los servicios a las empresas (con un incremento del 95,4 % de las horas de trabajo entre 1993 y 2007), los hoteles y servicios públicos (con un incremento del 37,3 %),

TABLA 1. Ocupados, puestos de trabajo y monto total de horas trabajadas

Años	Ocupados	UTA	Puestos de trabajo	Núm. horas trabajadas
1993	22.251	22.736	26.667	41.445.699
1994	21.884	22.495	26.445	40.630.533
1995	21.841	22.487	26.383	40.599.839
1996	21.966	22.563	26.663	41.143.485
1997	22.034	22.661	26.797	41.054.172
1998	22.252	22.870	27.220	41.827.743
1999	22.493	22.994	27.377	42.189.165
2000	22.930	23.412	27.944	42.680.822
2001	23.393	23.828	28.519	43.115.092
2002	23.793	24.132	28.917	43.564.346
2003	24.149	24.283	29.429	44.087.231
2004	24.149	24.373	29.546	44.292.887
2005	24.395	24.411	29.651	44.369.551
2006	24.881	24.825	30.079	45.138.173
2007	25.164	25.070	30.322	45.892.026

Fuente: ISTAT, horas de trabajo para la producción del PIB, julio de 2008.

El incremento del total anual de horas en el período 1993-2007 se debe sobre todo al aumento de los puestos de trabajo (de un 13,7 %) y de los empleados (de un 13,1 %). Crecen también, aunque en menor medida, las llamadas unidades

algunos servicios a las familias como los servicios recreativos y culturales (un 28,6 % más) y el servicio doméstico (un 36,7 % más). Otras actividades, como por ejemplo los transportes y la comunicación, experimentaron una aceleración más reducida (13,4 % más). Por el contrario, la industria manufacturera sufrió una reducción de las horas trabajadas (3,6 % menos), así como también el comercio, que se ha visto afectado por el redimensionamiento de la pequeña distribución y el desarrollo de la gran distribución (1,9 % menos).

de trabajo estándar (UTE),⁵ en un 10,5 %. Si tomamos en consideración el período posterior a 2002, a partir de la reforma del trabajo a tiempo parcial iniciada en 2003, se puede comprobar que se produce un marcado distanciamiento entre la dinámica de las UTE y la de los trabajadores y los puestos de trabajo. Esto significa que, contando las mismas horas de trabajo, se registra un incremento de los trabajadores gracias a la sustitución del trabajo estándar por el trabajo atípico (en este caso a tiempo parcial). Si se calcula la media del total de horas por empleado se registra una disminución, que no se debe achacar, sin embargo, a una reducción del horario de trabajo, sino más bien al hecho de que la creciente presencia de trabajo atípico permite repartir sobre más trabajadores el mismo total de horas de trabajo. A pesar de esta dinámica, en el período 2003-2007 se registra igualmente un aumento, si bien relativo, de la media del número de horas trabajadas en todos los sectores contemplados (véase la tabla 2). En otras palabras, aun a pesar de los contratos atípicos que distribuyen entre más empleados el mismo número de horas de trabajo (a tiempo parcial, por obra y servicio), el número medio de horas trabajadas tiende a crecer en lugar de reducirse. Sólo se puede deducir que la media de horas de trabajo ha entrado en una fase de fuerte incremento.

⁵ Según la definición del Istat, la unidad de trabajo estándar (UTE) representa la cantidad de trabajo prestado durante un año por una persona ocupada a tiempo completo, o bien la cantidad de trabajo equivalente prestada por trabajadores a tiempo parcial o trabajadores con doble trabajo. Este concepto no está vinculado a personas físicas sino que corresponde a un número de horas anuales de una ocupación a tiempo completo, cifra que puede variar en función de las diferentes actividades laborales. Por lo tanto, las unidades de trabajo son utilizadas como unidad de medida del volumen trabajo utilizado en la producción de bienes y servicios que forman parte de las estimaciones del PIB en un determinado periodo de tiempo que sirve de referencia (SEC 95, sistema europeo de cuentas).

TABLA 2. Número medio de horas trabajadas por trabajador y sector de actividad

Años	Agricultura	Industria	Servicios	Total
1993	1.297	1.691	1.536	1.554
1994	1.249	1.687	1.517	1.536
1995	1.229	1.691	1.521	1.539
1996	1.220	1.701	1.525	1.543
1997	1.232	1.699	1.507	1.532
1998	1.245	1.714	1.505	1.537
1999	1.252	1.713	1.510	1.541
2000	1.212	1.701	1.499	1.527
2001	1.242	1.699	1.473	1.512
2002	1.240	1.687	1.469	1.506
2003	1.229	1.665	1.465	1.498
2004	1.262	1.675	1.459	1.499
2005	1.295	1.663	1.456	1.496
2006	1.294	1.675	1.458	1.501
2007	1.319	1.685	1.470	1.513

Fuente: ISTAT, horas trabajadas para la producción del PIB, julio de 2008.

Esta conclusión viene confirmada por el análisis comparado entre los horarios de trabajo en Italia y en el resto de países más avanzados.⁶ Los datos de la investigación

⁶ A fin de saber más sobre esto, véase Eurostat, *Long-term indicators*, 2004, *Structural indicators Population and Social Conditions*, 2005 (disponible en: <http://epp.eurostat.cec.eu.int/>); Richard B. Freeman, Ronald Schettkat, *Marketization of Production and the US-Europe Employment Gap*, en *Nber Working Papers*, núm. 8.797, Cambridge (Mass.), National Bureau of Economic Research, 2002, Ggdc (Groningen Growth and Development Centre and The Conference Board), Total Economy Database, agosto de 2005 (disponible en: <http://www.ggdc.net/>); Istat, *La struttura del costo del lavoro in Italia e nella UE*, 2004 (disponible en: http://www.istat.it/salastampa/comunicati/non_calendario/20050422_01/); Linda Laura Sabbadini, *L'uso del tempo in Italia e in Europa: primi risultati del processo di armonizzazione*, 2005 (disponible en: <http://istat.it/istat/eventi/tempivitaquotidiana/>).

cuatrianual sobre la estructura del coste del trabajo del año 2000 —metodológicamente homogéneos, lo que permite comparaciones exactas entre los países— nos dicen que el «horario de hecho»⁷ de los asalariados del sector privado (exceptuando la agricultura) es de 1.694 horas de media en Italia: 153 horas más que los franceses, 225 horas más que los alemanes, 73 horas más que los ingleses, 60 horas más que los españoles. Además, el horario de trabajo italiano es 143 horas mayor respecto de la media de los quince países de pertenencia más antigua a la UE, y está a la altura de los horarios más extensos de los países de reciente incorporación, sólo resultan significativamente inferiores a los de Polonia y Rumanía.⁸

⁷ El «horario de facto» es una medida más correcta que el horario contractual, que constituye la base de los cálculos estadísticos de las horas de trabajo. Los componentes del horario de trabajo de facto son las horas de contrato, a las que se suman las horas extraordinarias sobre el total neto de las ausencias laborales y la *Casa integrazione guadagni* (CIG) [La CIG es una prestación económica, prevista en la ley italiana, en favor de los trabajadores y las trabajadoras cuya obligación de trabajar ha sido suspendida o que trabajan con horarios reducidos].

⁸ Puesto que se refiere a todas las horas de trabajo empleadas en la producción del PIB, los datos italianos comprenden, además de las de los trabajadores autónomos, las horas de trabajo tanto en los dobles trabajos como en otras posiciones laborales irregulares. En cualquier caso, este dato resulta plenamente comparable con otro aportado por la investigación continua de la fuerza trabajo que registró en 2004 un valor medio de 1.813 horas. Para los trabajadores asalariados, la media de horas de trabajo de los italianos ocupados a tiempo parcial es superior a la de alemanes e ingleses, pero también está por encima de la media de la UE de los 15, si bien es inferior a la de franceses y españoles (Istat, 2004). No hay que olvidar, obviamente, los efectos de la composición de las empresas por sector y dimensión: industria y construcción tienen horarios más largos de media que los servicios; las empresas pequeñas tienen horarios más prolongados que las grandes. Italia, país todavía sub-terciarizado y caracterizado por las pequeñas y muy pequeñas empresas, tiene una estructura productiva que favorece los horarios largos. La investigación europea sobre el uso del tiempo de 2002-2003 muestra, por ejemplo que, para las mujeres, el tiempo de trabajo total (trabajo

Ciertamente, si consideramos los análisis sobre el trabajo asalariado y sobre el trabajo independiente en los cuatro mayores países de la UE, Estados Unidos y Japón, se observa que en las décadas de 1950 y 1960 los horarios europeos eran más largos que los actuales y que desde entonces se han ido reduciendo progresivamente hasta que se introdujo, en los años ochenta, el nuevo paradigma productivo. Mientras que en los años noventa los horarios de trabajo japoneses mostraban una tendencia a la reducción, los estadounidenses registraban un aumento. Los horarios estadounidenses se distanciaron de los europeos desde finales de los años setenta; y desde finales de la década de 1990 se han separado incluso de los japoneses. En 2004, la diferencia respecto de los horarios europeos era de casi seis semanas al año (de 40 horas cada una); frente a los horarios japoneses cuya diferencia era cercana a las dos semanas por año. Atención: la diferencia de los horarios de trabajo estadounidenses y europeos no puede compararse con el caso italiano: los horarios medios italianos, 1.810 horas en 2005, están cerca de los estadounidenses (1.817 horas) y son superiores a los de Francia, Inglaterra y Reino Unido (que cuentan con una media de 1.498 horas anuales). En esta configuración, ha tenido un importante papel el más intenso proceso de precarización del mercado de trabajo italiano.

Llegados a este punto, hay que admitir que ciertamente los datos medios deben ser interpretados con cautela en la medida en que representan mercados de trabajo caracterizados por estructuras profundamente distintas. El principal motivo de diferencia del mercado de trabajo italiano respecto de los demás está en sus

retribuido, estudio y trabajo familiar) varía entre las 7h56' de Eslovenia y las 6h16' de Alemania, siendo el tiempo de trabajo medio en Italia de 7h26'. Por otra parte, el peso del trabajo familiar en este apartado varía entre el 71,7 % italiano (5h20') y el 53,6 % de Suecia (3h42'). Linda Laura Sabbadini, *L'uso del tempo in Italia e in Europa*, cit.

dimensiones relativamente modestas. Si se considera el conjunto de la población en edad de trabajar (convencionalmente comprendida entre los 15 y los 64 años), en Italia trabajan 5,8 personas de cada 10, mientras que la media de la UE de los 25 es de 6,3 personas de cada 10. En la Unión de los 15, la media se sitúa en los 6,5, en Japón en 6,9, en Estados Unidos 7,1, en Reino Unido 7,2, en Dinamarca 7,6. La diferencia se explica fundamentalmente en función de la menor ocupación de las mujeres, siendo las diferencias más reducidas para el caso de los hombres.

Si se considera la ocupación laboral no sólo con respecto de la población efectivamente activa sino de la población en edad de trabajar, la elevada media de horas de trabajo en Italia se ve redimensionada en relación con los otros países europeos. La causa principal de esta reducción es la baja tasa de ocupación, sobre todo femenina, respecto del resto de países europeos. La baja tasa de ocupación femenina hace que la superioridad italiana en horas de trabajo se reduzca. Este fenómeno está vinculado a algunas características peculiares del *welfare* familiar italiano, del incompleto *welfare* fordista, que todavía hoy, más que en cualquier otra parte, vincula a las mujeres al trabajo doméstico y a los cuidados.

Debe tenerse en cuenta que cualquier medida del tiempo empleado en el trabajo retribuido actualmente existente no es precisa, en tanto que en ningún caso cuenta el trabajo de los inmigrantes irregulares, ni el trabajo negro y sumergido, al igual que tampoco se pueden medir las prestaciones cognitivas precarias que a menudo se desarrollan en contextos inusuales. Una idea, a diferencia de una llave inglesa, no se puede dejar en algún lugar, aún queriendo, para luego ser retomada al día siguiente. La idea puede seguirte a los lugares y los tiempos más disparatados de tu vida. El pensamiento de

un proyecto puede perseguirte, con su *dead line*, durante la noche, incluso durmiendo. En cierto sentido, es correcto afirmar que el tiempo de trabajo contemporáneo se cuantifica siempre a la baja.

***Iso-work*: la igualdad de producción y reproducción**

Hasta aquí hemos ofrecido algunas informaciones esquemáticas sobre la dinámica de las horas de trabajo en nuestro país. Se ha mostrado una curva creciente, con un aumento de 4.446 horas de trabajo entre 1993 y 2007. La presión ejercida desde muchos lugares a fin de conseguir un aumento progresivo del tiempo de trabajo produce un incremento del tiempo de vida dedicado al trabajo.

Sin embargo, el trabajo y el tiempo de trabajo deben ser interpretados de una forma más dúctil y extensiva que en el pasado. Recientemente, se ha intentado definir una nueva área,⁹ el «iso-trabajo» (literalmente *iso-work fact*), que puede ser interpretado también como un intento de dar el mismo peso a producción y reproducción. Aparte del tiempo dedicado al sueño, a la nutrición y al sexo —que es más o menos equivalente para hombres y mujeres aunque varíe, según los casos, en cada país—, a lo que resta de jornada no se le atribuye una definición —y por lo tanto un valor— diferente según provenga del mercado de trabajo externo (*market work*) o del trabajo doméstico (*home production activities*): ese resto recibe el nombre de iso-trabajo, precisamente porque puede desarrollarse en la oficina, dentro de las paredes de casa

⁹ Michel C. Burda, Daniel S. Hamermesh y Philippe Weil, «The distribution of total work in the EU and USA», en Tito Boeri, Michel C. Burda M.C., Francis Kramarz (comps.), *Working Hours and Job Sharing in the EU an USA*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 47-51.

o en el consumo. Evidentemente, hombres y mujeres, según el país de pertenencia, pueden sentirse más atraídos hacia un área de trabajo que hacia otra.¹⁰ En las estadísticas destaca una tendencia a la compensación, a un balance natural entre los dos ámbitos que son, en cierto modo, osmóticos, o al menos elásticos. En otras palabras, ante un compromiso superior en el trabajo externo observamos un esfuerzo menor en la ocupación doméstica y viceversa (véase la tabla 3).

En la hipótesis del *iso-work* algunos elementos puján en favor del equilibrio entre los llamados «trabajos totales» de hombres y mujeres, es decir, de la interacción entre la especialización de cada uno de los componentes del núcleo familiar, la tendencia a la igualdad entre los sexos

¹⁰ *Ibidem*, p. 49: «En la mayoría de los países avanzados económicamente, el total de trabajo, definido como la suma del tiempo empleado en el mercado de trabajo y el tiempo de las actividades dedicadas a la producción doméstica (o por emplear una terminología más común, el total del trabajo empleado en la producción mercantil y doméstica) casi no varía en función del género. Esto es lo que llamamos *iso trabajo*. Sólo en un país, Italia, existe una amplia diferencia. A fin de entender el *iso trabajo*, lo mejor es señalar lo que no es. Esto no significa que el total de trabajo sea el mismo en todos los países. Sencillamente esto no es cierto. No hay mucho soporte empírico a la “hipótesis de la mercantilización” de Freeman *et al.* (2005). Esto tampoco significa que el total de trabajo sea constante en un mismo país a lo largo del tiempo. Antes al contrario, existen evidencias empíricas de que el total de trabajo es sensible a la fase de los ciclos de negocio y parece razonable que debiera existir una tendencia secular a su disminución. Esto no supone que todos los individuos decidan, en un país dado y en un tiempo determinado, dedicar la misma proporción de tiempo a la producción doméstica y a la producción mercantil. El empleo del tiempo depende del género, pero la cuestión es que, en términos agregados, el trabajo total no depende del mismo: el género sólo influye en la división del trabajo total entre los trabajos en el mercado y la producción doméstica, no en su total. La invariabilidad del trabajo total supone que existen mecanismos, en cada país y en cada momento histórico, que dirigen a ambos grupos de género a realizar la misma suma de trabajo total».

TABLA 3. Uso del tiempo por parte de hombres y mujeres entre los 20 y los 74 años, en horas y minutos al día

	Trabajo retribuido y estudio		Trabajo familiar		Total de trabajo		Nutrición y cuidados personales		Tiempo libre y de sueño	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Bélgica	3,31	2,07	2,38	4,32	6,08	6,39	2,4	2,43	5,22	4,51
Alemania	3,35	2,05	2,21	4,11	5,56	6,16	2,33	2,43	5,52	5,24
España	4,39	2,26	1,37	4,55	6,16	7,21	2,35	2,33	5,17	4,29
Francia	4,03	2,31	2,22	4,31	6,25	7,01	3,01	3,02	4,46	4,08
Italia	4,26	2,06	1,35	5,2	6,01	7,26	2,59	2,53	5,08	4,08
Suecia	4,25	3,12	2,29	3,42	6,54	6,54	2,11	2,28	5,24	5,04
Reino Unido	4,18	2,33	2,18	4,15	6,36	6,48	2,04	2,16	5,32	5,04

Fuente: EUROSTAT, Una panorámica de la vida de hombres y mujeres en la UE 25. Datos de 1998-2004.

en la familia y el aumento del número de *singles* (el trabajo total es igual entre los géneros para todas aquellas personas que no están casadas).

Existe, sin embargo, una anomalía italiana. El modelo del *iso-work* confirma la existencia de un equilibrio casi perfecto —en el marco de este intercambio entre producción para el mercado y producción doméstica— entre hombres y mujeres en EEUU (los hombres realizan 475 minutos de «trabajos» —divididos en cuatro áreas: *market work*, *household production*, *family care* y *shopping*— y las mujeres 472 minutos en 2003), en Holanda (los hombres 398 minutos y las mujeres 392) y en Alemania (436 frente a 444). En Italia esta fórmula no funciona ya que los hombres trabajan 405 minutos al día y las mujeres 480. Se trata de 72 minutos de más que las mujeres dedican a trabajos de cuidados y domésticos.

No intento aquí detenerme en los detalles del modelo y en las conclusiones del artículo de Burda, Hamermesh y Weil. Lo que, en cambio, me parece interesante subrayar es la conclusión que se puede extraer del mismo. El concepto de *iso-trabajo* nos sugiere que deberíamos revisar el propio concepto de trabajo productivo, además de aquellos trabajos que representan los pilares fundamentales (derivados del modelo fordista) del planteamiento del incompleto *welfare* italiano. Puede resultar interesante abrirse a una idea que no se puede dar por supuesta, una idea no jerárquica del tiempo productivo en la actualidad, que sirva como fotografía de lo que es ya su uso en la práctica. Una idea que intente tener en cuenta la relación existente entre producción y reproducción, y el papel central de la producción doméstica, no sólo para la existencia de las personas sino para la economía misma de los países. Detrás de esta impostación del discurso se pone en discusión, por encima de todo, las subordinaciones «dadas» entre el ámbito productivo y el ámbito reproductivo que

ya no reflejan culturas y normas de comportamiento generales. Permanece una idea de la producción del valor que, en el desbarajuste presente, ya no se corresponde con la realidad. El trabajo de cuidados y afectivo, desplazado siempre a los márgenes de las jerarquías de la economía política del patriarcado,¹¹ ha adquirido una nueva centralidad no sólo desde el punto de vista del valor económico que potencialmente es capaz de producir y que nunca antes había sido reconocido, sino también desde el punto de vista de las cuestiones que sugiere como modelo paradigmático de todo el trabajo contemporáneo.

Podemos empezar por dar una estimación del valor de la producción doméstica en la Italia de 2008. Hago referencia al trabajo de Paola Monti para la Fondazione Debenedetti. Sobre el total de horas dedicadas a la producción doméstica, extraídas de los datos de Burda, Hamermesh y Weil, se imputó un salario bruto/hora estimado a partir de las medias del Eurostat (salario bruto/hora para ocupaciones no cualificadas) en el curso de un año. El cálculo resulta diferente para hombres y mujeres, en la medida en que se atribuyeron dos salarios hora diferentes con el objetivo de reflejar los diferenciales salariales que existen entre los géneros en Italia. La cifra total que deriva de tal operación es imponente: cerca de 432.000 millones de euros, de los que 125.000 fueron «producidos» por hombres y, el resto, 307.000 millones, por mujeres. Se trata de un valor total equivalente al 33 % del PIB italiano, en gran parte imputable a las mujeres (23 %) (véase la tabla 4).

¹¹ Recojo el concepto de «patriarcado» que no permanece inmóvil en el tiempo y que siempre hay que «situar históricamente». Este concepto inspira a Cristine Delphy en *L'ennemi principale. L'économie politique du patriarcat*, París, Syllepse, 2009. Estoy, por otra parte, convencida de que se trata de un concepto de naturaleza «socio-económica».

TABLA 4. Valor de la producción doméstica en Italia
(media 2002-2003)

	Hombres	Mujeres	Total
Producción doméstica			
- Minutos al día	115	347	233
- Horas al día	1,92	5,78	3,89
- Horas al año	700	2110	1419
Salario por hora en ocupaciones no cualificadas (en euros)	8,76	6,94	7,83
Valor medio per cápita de la producción doméstica (en euros)	6.143	14.646	10.473
Población entre los 20 y 74 años (en miles)	20.326	21.047	41.373
Valor de la producción doméstica (en millones de euros)	124.680	308.254	433.299
Porcentaje de la producción doméstica en relación al PIB	9,5 %	23,4 %	32,9 %

Fuente: Datos de Eurostat, elaborados por la Fondaciones Rodolfo Debenedetti (www.lavoce.info.pagina100039.html).

¿No se debería tener en cuenta tal «producción invisible»? La cuestión no es teórica, sino sustancial. El peso del valor estimado por el trabajo doméstico (y no es el único cálculo que se ha propuesto) debería llevar a un serio razonamiento sobre las formas de valorización de esta «producción doméstica». No se trata de volver a proponer aquí la problemática del salario doméstico, ya que la distinción entre trabajo de producción y reproducción es cada vez más incierta y sus fronteras más porosas. Se trata más bien de considerar el trabajo de reproducción como trabajo

doméstico en sentido propio y, en tanto tal, de garantizarle una participación directa en la distribución de renta. Se abre de esta manera la cuestión más vasta, que afecta tanto a hombres como a mujeres, de imaginar formas de garantía de acceso a la renta en tanto reconocimiento de su participación en la nueva composición de la riqueza social. Pero de esta cuestión nos ocuparemos en el próximo capítulo.

La cualidad del trabajo contemporáneo

Y de esta manera llegamos al punto clave. Las características del trabajo en el biocapitalismo son múltiples y abren nuevos escenarios de análisis. Estas características tienen que ver con la actividad relacional, con la actividad de aprendizaje y de transmisión de conocimiento, con la actividad de producción de imágenes y de sentido, con la actividad del cuerpo y de los sentidos, con la puesta en juego de los sentimientos y del cuidado. En una palabra, el trabajo en el biocapitalismo es la suma de las facultades vitales-cerebrales-físicas de los seres humanos. Aquí lo definimos, de un modo simplificado, como bio-trabajo.

En el mismo momento en el que la prestación laboral utiliza las facultades vitales de los individuos, se vuelve imposible, como se ha dicho ya, definir un límite entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo. Esto viene también demostrado por el incremento de las horas de trabajo. Pero supone sobre todo la superación de la *separación entre producción y reproducción*: esta es la primera y la más visible consecuencia de la vida puesta a trabajar. Cuando se habla de vida, se entiende no sólo la vida orientada a una finalidad productiva directa sino también toda

aquella que está en relación con la reproducción social de la vida misma, lo que se ejemplifica hoy en el trabajo de cuidados eminentemente femenino.

Si cae esta separación, también pueden entrar en crisis todas las teorías del valor que se basan en la *producción*, esto es, pueden «estar sujetas a cambios». Se vuelve posible discutir acerca de cómo el valor es generado por el *biotrabajo*. Para ello me voy a detener en particular en las problemáticas relativas al *valor afecto*.¹²

A fin de empezar a reflexionar sobre el papel del afecto en tanto propulsor del valor, me parece útil emplear el concepto de «trabajo emocional». Este concepto no ha formado nunca parte del lenguaje oficial de la economía política, si bien ha sido empleado por mujeres y en revistas científicas, sobre todo del ámbito anglosajón. Dentro de la categoría de «trabajo emocional» pueden encontrarse diversas prestaciones laborales ligadas a los servicios, a la educación y a la asistencia. Más específicamente, dicha categoría comprende el área del *trabajo de cuidados* que, no por casualidad, hoy también se denomina *trabajo de producción doméstica*. Tal definición corresponde a un sector amplio y significativo, que encierra tanto la actividad práctica de «gestión» de los compromisos familiares, como el *cuidado*, en el sentido del *afecto dedicado* al desarrollo de este papel; lo cual atañe a la *natural predisposición* que tienen las personas hacia aquellos con quienes comparten su propia vida.

¹² La parte que sigue ha sido extractada del segundo epígrafe del artículo «La vita messa al lavoro. Verso un teoria del valore vita: il caso del valore affetto», cit., escrito junto a Andrea Fumagalli.

En este contexto, el concepto de feminización del trabajo¹³ se presta a nuevas definiciones y acepciones, haciendo palanca precisamente sobre la transformación en valor de cambio del valor de uso que resulta consustancial a la relación afectiva. En cierto sentido, el concepto de *identificación proyectiva* introducido por Melanie Klein en 1946 para explicar la relación madre/hijo como un proceso en el que el papel del beneficiario (quien recibe las proyecciones) es significativamente importante,¹⁴ nos parece que ofrece multitud de ideas a fin de entender el tipo de relación que hoy continuamente se exige a los sujetos productivos. El área de la comunicación no verbal y emotiva entra a formar parte de la relación entre capital y trabajo, dentro de una dimensión que es cada vez más jerárquica. Asistimos, por otra parte, a un aumento de la demanda de trabajo de cuidados o de producción doméstica. Tal incremento se debe, por un lado, al proceso de feminización del trabajo, y, por otro, al progresivo desmantelamiento del *welfare*.

Definimos «trabajo emocional»¹⁵ como «el trabajo dedicado a afrontar los sentimientos de las personas y cuyo elemento central es la regulación de las emociones».¹⁶ El

¹³ Con esta imagen se ha intentado subrayar, en el curso de los últimos años, un proceso cuantitativamente significativo de aumento de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Se ha intentado también dar cuenta de que la forma oblativa y precaria con la que las mujeres han trabajado históricamente se ha convertido en un modelo generalizado también entre los hombres. Véase Cristina Morini, «The feminization of labour in cognitive capitalism», *Feminist Review*, vol. 87, 2007.

¹⁴ Véase James S. Grotstein, *Splitting and the Projective Identification*, Nueva York, Aronson Klein, 1981 [ed. cast.: *Identificación proyectiva y escisión*, Barcelona, Gedisa, 1983]. Melanie Klein, *Notes on some schizoid mechanisms*, en *The Writings of Melanie Klein*, Londres, Hogarth Press, 1946, pp. 1-24.

¹⁵ Véase Nicky James, «Emotional Labour: Skill and Work in the Social Regulation of Feelings», *The Sociological Review*, vol. 37(1), 1989, pp. 15-42.

¹⁶ *Ibidem*, p. 15.

trabajo emocional se vuelve «trabajo social» esencialmente a través del resultado: la emoción resulta modificada por el/a través del proceso productivo. James hace referencia a verdaderos «trabajadores emocionales», mientras que el trabajo que desarrollan se define como un «producto emocional». ¹⁷ Un *objeto del trabajo de cuidado* es también la «valorización de la persona humana», esto es, su «sostenimiento». ¹⁸

El oficio del «prestador de cuidados» (traducción literal del inglés *care-giver*) representa otra definición posible para un tipo de trabajo que comprende una serie de actividades que históricamente han sido ocultadas entre los meandros de las relaciones familiares, en el mundo de los afectos, y que hoy se vuelven cruciales para el biocapitalismo.

De acuerdo con las directrices sumariamente trazadas hasta aquí, nos damos cuenta, no obstante, de que también pueden ser definidos como «productores de trabajo emocional» la maestra, el publicitario y la sindicalista, el entrenador y la periodista de prensa rosa, la teleoperadora y las enfermeras. El trabajo emocional abarca muchísimos sectores, todos los que tienen como objetivo la producción de bienestar antes que de bienes materiales.

Pensemos, por ejemplo, en la habilidad de la teleoperadora que es contabilizada de forma concreta como una fracción infinitesimal del *Customer Lifetime Value* de quien se conecta con ella para obtener una información (CLV o LTV significa *Life Time Value*, literalmente «valor de la existencia» en tiempo continuo; se trata, sustancialmente, de un indicador que mide los beneficios de una empresa a

¹⁷ *Ibidem*, p. 19.

¹⁸ Véanse las actas del Congreso *Le donne e il lavoro di cura. Antiche competenze, nove professionalità, diversi valori*, Roma, Effepi, marzo de 1999.

partir de los comportamientos adquisitivos de un cliente o *costumer*).¹⁹ Según la ingeniería de gestión, el CLV puede ser considerado como el indicador más importante y como tal debería ocupar una posición relevante en una posible jerarquía de indicadores de medida. En términos monetarios, un cliente no vale únicamente por lo que compra hoy, sino también por todo el potencial adquisitivo que puede efectuar en los años sucesivos. El CLV suele ser definido como «el total neto de entradas que una empresa puede esperar de un cliente en el curso de un periodo determinado de tiempo».²⁰ La teleoperadora, conectada a través del teléfono con el cliente, que se esfuerza por generar una relación de fidelización con él, dando respuestas lo más acertadas posible, no sólo trabaja con lo que ha aprendido durante su formación empresarial, sino también con su inteligencia relacional construida desde que era una niña, sus aptitudes relacionales innatas, su capacidad de lenguaje aprendida en la escuela, en sus lecturas y en sus contactos sociales. A todo esto hay que añadir también componentes «físicos», como un tono de voz persuasivo y la disponibilidad a la escucha durante la llamada telefónica. Todo este patrimonio de «subjetividad» y «afectividad» tiene su eco en la relación con el cliente pero no en la nómina.

En línea con estas intuiciones podemos intentar indicar las capacidades que por lo general suelen ser necesarias para desarrollar este tipo de trabajos. Citamos aquellas que se nombran de forma más recurrente:²¹ percepción aguda y objetiva, conciencia de la situación, sensibilidad, conocimiento intuitivo.

¹⁹ Fred Reichheld, *The Loyalty Effect*, Harvard, Harvard Business School Press, 1996.

²⁰ Saharon Rosset, Einat Neumann, Uri Eick y Nurit Vatnik, *Customer Lifetime Value Models for Decision Support*, Kluwer Academic Publishers, 2003.

²¹ Daniel Goleman, *Working with Emotional Intelligence*, Nueva York, Bantam, 1981.

Otras expresiones utilizadas en el curso de los años para el trabajo de cuidados parecen hoy menos objetivas que sugestivas y evocativas. Jessie Bernard²² señala la calidad principal requerida en el sector servicios con el término «corazón caliente». Luce Irigaray habla, en cambio, de la «fecundidad de la caricia».²³

De otra parte, se cita también la capacidad de «implicarse». Existen infinitos niveles de empatía e infinitas formas de aplicación relativas a las necesidades movilizadas por el trabajo contemporáneo. Se debe resaltar la diferencia entre el pasado —cuando eran necesarias la observación, la percepción y la intuición, pero todavía estaban implícitos una distancia o desapego (incluso físicos), más o menos grande, con el objeto del propio trabajo— y el presente que a diferencia convierte en «performativo», precisamente y sobre todo, la *participación* en el trabajo. En particular, los sentimientos, las fantasías y la imaginación no son eliminados o superados sino solicitados por/en el trabajo «afectivo», constituyendo su fundamento.

A través de las fórmulas «trabajo emocional» y «trabajo de cuidados» se ha intentado releer la categoría marxista de «trabajo reproductivo», dando cuenta de su transformación en *trabajo de producción doméstica* a través de su pasaje a formas de *trabajo asalariado*. Conviene no olvidar, sin embargo, su característica más destacada, es decir, la relevancia de los contenidos (antiguos) de este trabajo que constituyen *valor* en el capitalismo actual (véase el afecto de un recurso humano). Cada trabajo toma el nombre de su tarea más significativa, eficaz y difícil. Hoy la capacidad de entender e interpretar las necesidades del otro (capacidades relacionales y de escucha activa, aptitud para

²² Jessie Bernard, *The Female World*, Nueva York, Mcmillan, 1981.

²³ Luce Irigaray, *Etica della differenza sessuale*, Milán, Feltrinelli, 1985 [ed. cast.: *Ética de la diferencia sexual*, Castellón, Ellago, 2010].

el *problem solving* o *resolución de problemas*) se ha vuelto una característica explícitamente requerida por el trabajo contemporáneo. El capitalismo pide trabajo emocional —y sopesa su cualidad— demostrando una extraordinaria permeabilidad y una gran elasticidad para la creación de nuevos territorios potenciales de colonización a efectos del beneficio.

El proceso está conectado también con la globalización del mercado de trabajo y la feminización de la inmigración, que funciona mediante la incorporación de la alteridad, en su interacción con jerarquías de raza, clase y género. Existe, por lo tanto, la necesidad de una actualización del léxico y de la semántica que tenga en cuenta el deslizamiento de sentido que los cambios de la sociedad y de los modos de producción han traído. De hecho, hoy, el poeta, el profesor o la periodista son catalogados como *intelectuales*, mientras que se tiende a clasificar como *manuales* los trabajos del enfermero, la cuidadora y la policía. Frente a la caída del modelo dicotómico, las etiquetas disponibles acaban por revelarse demasiado simples e inadecuadas para expresar la complejidad del presente (tal y como hemos observado ya en el capítulo tercero).

Los «trabajos de cuidados», emocionales, son llamados también «trabajos de relación». El lenguaje emocional irrumpe en la producción aun cuando se le ignore o incluso se le esconda. En particular, el trabajo de cuidados, en la medida en que tiene un amplio componente emocional (fundamental para alcanzar el resultado esperado, el «objetivo» del trabajo), no puede ser contenido en los estrechos, artificiales y contrapuestos diques del trabajo «manual» o «intelectual», a pesar de que sea un trabajo bien concreto.

En el libro I de *El Capital* Marx escribe:

Por muy diversas que puedan ser las actividades productivas o los trabajos útiles, es del todo cierto que estamos hablando de funciones del organismo humano y que todas estas funciones, su contenido y su forma, son esencialmente desgaste de cerebro, músculos y órganos sensoriales humanos.²⁴

Estas energías se manifiestan como percepción inmediata en cada momento de la vida y están constantemente presentes. En el trabajo, «prestamos» esta fuerza perceptiva, que se emplea (se «objetiva») en el trabajo. El trabajo de cuidados, el trabajo emocional, cumple todas las condiciones que definen el trabajo útil: las energías, su empleo voluntario, el tiempo, el objetivo. Es al mismo tiempo un «trabajo de elevada utilidad social», en tanto resulta necesario para los demás y está presente en todas las sociedades. Pero, por otro lado, afrontar la cuestión de la definición del trabajo de cuidados, y/o emocional, y/o de producción doméstica, significa también poner en discusión la antigua distinción entre «trabajo» y «no trabajo» (o bien entre trabajo productivo y trabajo improductivo), muy vinculada con la de «vida retribuida» y «vida no retribuida».

La frontera es arbitraria, mutable, sujeta a decisión política. La cooperación productiva en la que participa la fuerza trabajo es cada vez más amplia y más rica que la puesta en acción por el mercado de trabajo. La fuerza trabajo pone en valor el capital únicamente para que no pierda nunca sus características de no trabajo, es decir, su inherencia con una cooperación productiva más rica que la que está inserta en el trabajo en sentido estricto.²⁵

²⁴ Karl Marx, *Il Capitale*, Libro I, Roma, Editori Riuniti, 1964, p. 68 [ed. cast.: *El capital*, Siglo XXI, México, 1998].

²⁵ Paolo Virno, *Grammatica della moltitudine*, cit., p. 73.

La materia del trabajo contemporáneo difícilmente se puede separar del sujeto que la produce. El ejemplo del trabajo de la cuidadora nos parece que sintetiza perfectamente la idea de una tarea —formalmente un trabajo asalariado— que incorpora también trabajo vivo presente, es decir, una actividad de transformación, de interacción continua con el objeto del propio trabajo a partir de un material humano con el cual y sobre el cual se trabaja.

La vida surge aquí como objeto del proceso productivo gracias a la subjetivización de la producción en tanto característica central del biocapitalismo. Se configura como el máximo beneficio de una proliferación de diferencias que están en la base de la economía de la afectividad. En el contexto presente es necesario, por este motivo, realizar un esfuerzo para conceptualizar, definir el trabajo de *producción de los afectos*. Su foco en la productividad del cuerpo y de lo somático es un elemento extremadamente importante en las redes contemporáneas de la producción bioeconómica. Resulta necesario evitar el riesgo de dibujar un cuadro conceptual que tienda a ser demasiado puro, abstracto, casi idealizado. Hay que reconocer en cambio el potencial concreto de explotación de la producción bioeconómica.

Desde este punto de vista, tenemos una confirmación significativa de que la dimensión cooperativa implícita en el trabajo de reproducción se está generalizando. En la medida en que cumple perfectamente con la demanda general de una función que no puede ser sólo «mecánica» y medida de acuerdo con un tiempo lineal y a cambio de un salario — necesidades, atenciones, relaciones sociales, bienestar del cuerpo y del espíritu—, el trabajo afectivo, emocional, de cuidado, representa en definitiva, desde nuestro punto de vista, el ejemplo más evidente de cómo en la esfera biopolítica *la vida está destinada a trabajar para la producción y la producción a trabajar para la vida*. Cuanto

más profundamente penetra el análisis, más se descubren, con niveles crecientes de intensidad, los vasos comunicantes entre las relaciones interactivas y performativas de un sistema completamente basado en lo vivo.

Adrienne Rich ha destacado que son sobre todo las mujeres las que realizan estos trabajos «mal pagados», por medio de «roles sentimentalizados frente a individuos vivos, niños, usuarios de la asistencia, enfermos, ancianos».²⁶

Algunos casos empíricos

Un cuadro de definición conceptual fundamental no puede sustituir al razonamiento empírico sobre la cuestión del *valor afecto*, que aquí queremos afrontar para proponer, finalmente, una hipótesis para una nueva valoración del mismo. En este sentido nos vamos a referir específicamente al caso italiano.

El servicio sanitario nacional garantiza asistencia a domicilio a los ancianos en un porcentaje del 1 %, frente al 8 % de Francia y Gran Bretaña. La falta de servicios para los nuevos núcleos familiares italianos está siendo resuelta a través del trabajo de cuidados de las mujeres que, en muchos casos, y a causa de esta situación, deben renunciar a una ocupación en el mercado de trabajo externo. Cada vez de forma más generalizada, la alternativa a este «*welfare* hecho en casa» viene representada por la opción a otros «recursos humanos»: la privatización de la asistencia consiste en pagar a asistentes extranjeras que realizan estas tareas de cuidados.

²⁶ Palabras de Adrienne Rich citadas en Lisa Leghorn, Katherine Parke, *Woman's Worth. Sexual Economics and the World of Women*, Londres, Routledge and Keagan, 1981.

Las estimaciones más actualizadas hacen pensar que en Italia la cifra total de asistentes familiares extranjeras oscila entre un millón y 1.600.000.²⁷

Una investigación concluida en 2005 a nivel europeo (Galca, *Gender Analyses and Long Term Care Assistance*)²⁸ intentó calcular el valor del *welfare* producido por las cuidadoras. La investigación fue dirigida con criterios homogéneos sobre muestras localmente representativas de cerca de 300 «prestadoras de cuidados» de Dinamarca (Roskilde), Irlanda (Dublín) e Italia (Módena). Dicha investigación permite no sólo delinear el perfil socio-económico del trabajo de cuidados y las características socio-sanitarias de los asistidos, sino también cuantificar los componentes individuales del servicio de cuidados, como el tiempo de trabajo o la composición y duración de los servicios sanitarios o asistenciales integrales. Se puede reconstruir el coste social general de la asistencia a domicilio en las tres realidades y compararlo con la tradicional alternativa del hospital.

²⁷ Véase el dossier *Il welfare privato. Viaggio nel pianeta dell'assistenza*, en *Il sole 24 Ore*, 2 de abril de 2007. La pinza (1-1,6 millones) se debe al componente irregular, particularmente importante en este tipo de ocupación, que hace muy aleatorias las estadísticas. El Istat, entre los años 2000 y 2003, contabilizaba 400.000 cuidadores. El dossier al que hacemos referencia añadía a los 745.000 registrados como tales en el Inps (*Istituto nazionale della previdenza sociale*, Instituto Nacional de la Seguridad Social italiana), una estimación de entre 250.000 y 900.000 trabajadores domésticos irregulares en 2006. El total de estos dos componentes (regulares e irregulares) abarca desde un mínimo de un millón de trabajadores hasta un máximo de 1.600.000. La Università Bocconi estimó en cambio entre 713.000 y 1.134.000 el número de cuidadores en Italia (*Centro di ricerche sulla gestione dell'assistenza sanitaria e sociale* de la Università Bocconi).

²⁸ Fondazione Giacomo Brodolini, *GALCA project*, disponible en: <http://www.uke.uni-hamburg.de/extern/eurofamcare/aims.html>, 2004.

Los cálculos fueron hechos de acuerdo con el poder adquisitivo y el grado de diversidad funcional de los ancianos, e incluían los costes monetarios corrientes a cargo de la familia y del sector público, así como también el valor del tiempo de cuidado no pagado a cargo de la familia o coste de oportunidad. Sobre los diferenciales de coste calculados de esta manera influían distintos factores, pero dos de ellos revisten particular importancia: la combinación de tecnología y domótica en Dinamarca y el empleo de cuidadoras en Italia.

En Italia y en Dinamarca más del 90 % de los ancianos asistidos lo son a domicilio o en apartamentos adaptados, mientras que Irlanda registra una cuota de asistidos en «instituciones» —casas de reposo o residencias sanitarias— superior al 20 %. Cuando la asistencia es a domicilio, es casi exclusivamente un familiar (mujer) quien se hace cargo en Irlanda, al igual que en Italia, mientras que en Dinamarca es el servicio público.

De acuerdo con los resultados de la investigación, es habitual que en los tres países cuidar a un anciano a domicilio cueste menos a la colectividad que su recuperación en una institución. En Italia, por ejemplo, el coste de la recuperación en una residencia sanitaria supera en más del 40 % el coste medio social del cuidado a domicilio. Además, si en Italia el coste medio por anciano asistido a domicilio es de 100, en Dinamarca supone un 10 % más, mientras que Irlanda dobla la cifra italiana.

La variante italiana del modelo «familiar», la solución «familia» a la que se añade una asistente domiciliaria por anciano (la cuidadora), resulta, de acuerdo con la investigación, la más económica: 424 € por semana. Las cuidadoras, según los resultados de esta investigación, permiten «ahorrar» (en términos de costes sociales) 100 € por semana y anciano respecto de Dinamarca y casi 500 € respecto del

caso irlandés. Todo ello gracias a los bajos salarios: en la investigación se llega a valorar el salario de las cuidadoras en situación de convivencia, en alrededor de 3 € la hora y el de las cuidadoras externas, en torno a los 5 € la hora. Un asistente a domicilio dependiente del sector público cuesta en cambio 19,8 € por hora. Es aquí donde se esconde «el *welfare* sumergido de las cuidadoras». A ello hay que añadir que Módena —ciudad utilizada en el estudio para el caso italiano— es una ciudad con un índice de vejez situado más o menos en la media del país, mientras que la renta per cápita, la ocupación femenina y la asistencia pública están por encima de la media. En Módena, alrededor del 27 % de todas las familias que asisten a un anciano ha declarado que recurre a una ayuda pagada y externa a la familia, más de la mitad de estas familias contratan esta ayuda en situaciones de convivencia con el anciano.²⁹

El recurso a la cuidadora atenúa el conflicto entre trabajo y cuidado en Italia. En Módena, un 35 % de las familias recurre a ayudas externas; en estos casos se da la coincidencia de que el o la familiar a cargo del cuidado trabaja, lo que contribuye a explicar por qué el porcentaje de gente que ha tenido que dejar el trabajo o reducir su horario es tan reducido: el 9 % de los hombres y el 11 % de las mujeres.

El «modelo italiano» que resulta de esta investigación está claramente basado en la familia y no en los servicios sociales de asistencia a domicilio y de cuidado de ancianos en residencias. El modelo italiano cuesta menos porque con los 424 € no se renuncia al trabajo de las «hijas», ni a un salario muy bajo para las «ayudantes de las hijas», es decir, las cuidadoras.

²⁹ Francesca Bettio y Pier Giorgio Solinas, «Is the “Care Drain” Compatible with the European Social Model? The Case of Elderly Care» en M. Shinozaki (comp.), *Can We Coexist with Migrant Care Workers in Elderly Care? Japan in Comparison with the EU and East Asia*, Tokyo, Akashi-Shoten, 2008.

Hipótesis de conclusión

No se puede negar la naturaleza material (y siempre fatigosa) del trabajo, independientemente de la ocupación en cuestión. En los últimos treinta años la «forma» de la producción y de las mercancías en el proceso de acumulación y valorización se ha modificado sustancialmente. El peso de las producciones inmateriales y el porcentaje del valor añadido que dependen de la oferta, la circulación y distribución de las mercancías inmateriales que escapan a una medida propiamente numérica es, de hecho, mayor. También es mayor el papel del trabajo no estándar, con toda la disposición (obligación) a las formas de prestación atípicas que la precariedad implica. Por el término «atípico» entiendo la ausencia de un contrato colectivo de trabajo, con la consecuencia de que el vínculo individual entre el trabajo y el trabajador no fija de manera precisa el tiempo y el modo de pago del trabajo. En la práctica, esto reverbera directamente sobre los sujetos y sobre su capacidad de percibirse dentro de una colectividad (clase), les impide darse una identidad estable, al igual que por otra parte ya no existe el puesto de trabajo fijo. Todo se vuelve transitorio, incluso la identidad, dentro de un espacio móvil y de un tiempo de trabajo que no tiene contornos ni límites. Fuera de control, el tiempo de trabajo se incrementa y se come porciones cada vez más importantes de la vida, bajo la proliferación de la cognitividad del trabajo que hace muy complicado *separarse* del trabajo. En un nivel muy simple, todo esto sucede porque nuestro instrumento de trabajo está dentro de nosotros: se trata de nuestro saber, de nuestra experiencia, nuestra sensibilidad. El deseo ya no se manifiesta como una tensión hacia el otro, sino que pretende agotarse en el consumo y en los imperativos de lo económico.

En el capitalismo contemporáneo la prestación laboral viene caracterizada por la preponderancia de elementos de naturaleza afectiva y cognitiva. Por este motivo, lo hemos repetido ya infinitas veces, las mujeres pueden ser fácilmente consideradas una «cuenca estratégica». En el debate corriente y heterodoxo los adjetivos que pueden ser usados para definir el trabajo son diversos: cognitivo, afectivo, de cuidados. Estas palabras están todavía sujetas a enormes malentendidos e incomprensiones, incluso en el campo de análisis marxista, donde a menudo son reducidas a las tradicionales dicotomías entre trabajo productivo y trabajo improductivo, entre trabajo intelectual y trabajo manual.

El debate en curso, y los posibles equívocos que se derivan del mismo, son también fruto de la necesidad de investigar, de forma cada vez más rigurosa y precisa, las consecuencias que las transformaciones de la prestación laboral han tenido sobre la teoría del valor-trabajo. Si bien esta última permanece todavía como referente teórico para la medida del valor económico del biocapitalismo, creemos que debe ser reformulada a la luz de las modificaciones estructurales e irreversibles que se han desarrollado con la acumulación bioeconómica. Existe la necesidad, muy concreta, de ir más allá de Marx, a partir precisamente de la insuficiencia de la teoría del valor frente a un trabajo cada vez más desenganchado de la «medida».

En el biocapitalismo destaca la dificultad (y a menudo la imposibilidad) de sancionar una clara separación entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo. De otra parte, la producción inmaterial escapa a una medida cuantitativa, a pesar de los diferentes intentos de conjugar nuevas unidades de medida indirectas,³⁰ la producción inmaterial es

³⁰ Piénsese, por ejemplo, dentro del ámbito de las actividades ligadas al conocimiento, en el uso de unidades de medida un poco extravagantes como por ejemplo «horas hombre», mediante las cuales

por definición «des-mesura». De esto se deriva que el valor de la producción inmaterial no se puede determinar por medio de unidades de medida «objetivas», convencionales: la unidad temporal de referencia tiende cada vez más a ser la vida *tout court*. En este sentido, se puede decir que en el biocapitalismo la teoría del valor-trabajo tiende a transformarse en teoría del valor-vida.

El caso del «trabajo afectivo» es paradigmático de esta tendencia. De hecho, en el concepto de trabajo afectivo se encuentran todos los elementos que ponen en crisis la teoría del valor-trabajo. Un empeño que trasciende los horarios de trabajo, la fatiga del cuerpo y las capacidades emotivas y cognitivas, que sobrepasa cualquier tipo de medida. O mejor dicho, que demuestra «la base miserable del salario como medida y el aumento del mando en el lugar del intercambio»³¹. Al pensar en los tres euros por hora que se paga a la trabajadora de cuidados por acompañar hasta el final de sus días a un ser humano, hay algo que resulta directamente substraído, no contabilizado. El cuadro se ha modificado por completo respecto de la relación salarial del pasado que sancionaba la separación de los intereses entre las partes, trazando un límite preciso entre la esfera del trabajo y la esfera privada, cuando supone también la implicación completa del trabajador en las tareas desarrolladas.

Hoy asistimos a la «movilización total» del trabajo, o bien a la puesta a producir del conjunto de la vida a partir de la producción de sí. El caso del trabajo de cuidados y del valor generado por la puesta a producir del afecto nos parecen muy elocuentes. La clásica categoría

lo que se mide no es el producto del trabajo sino quien lo produce.

³¹ Stefano Harney, «L'abolizione della schiavitù e il general intellect», en *Posse*, junio de 2009; disponible en: <http://www.posseweb.net/spip.php?article109>.

de explotación, entendida como extorsión de plusvalor, ya no se puede aplicar, tal y como recuerda Gorz,³² a un proceso productivo en el que las unidades de medida han saltado por los aires. La autoexplotación se vuelve central, en este contexto, para el proceso de valorización y de un modo que resulta directamente proporcional a la centralidad de la subjetividad dentro del proceso productivo. Este caso nos permite pensar que si se mide el valor del trabajo emocional y del trabajo de cuidados, este sólo puede darse o configurarse por negación: *el valor se deduce del ahorro público que el recurso a tales figuras permite*. El equilibrio social depende de forma cada vez más evidente del recurso a una serie de figuras que asumen funciones delicadas e imprescindibles para las comunidades vivas (la continuidad de la especie), dentro de un cuadro de progresiva reducción de la unión social y de eliminación de las redes de apoyo institucional sobre el territorio. De esta manera, las características del organismo social-familiar que siempre han sido encarnadas en Italia (*welfare* familiar del sur de Europa) vienen exaltadas por el biocapitalismo a través de un proceso de privatización de las necesidades sociales primarias.

La reproducción se transforma así de ejemplo básico e inmediato de producción del común en lugar paradigmático de las dinámicas privatizadoras y de la individualización de la relación laboral. Al mismo tiempo mantiene en su interior las cualidades necesarias del contenido del trabajo, valga decir para manejar la vida.

El cuidado de la vida confiada a una trabajadora migrante permite, de un lado, un ahorro en la intervención del Estado y, de otro, canaliza recursos hacia nuevos mercados de trabajo. En cierto sentido, al igual que las finanzas sustituyen y dan forma a la aseguración social privada,

³² André Gorz, *L'immatériale*, cit.

el trabajo de la cuidadora asalariada familiar supone una canalización de renta hacia nuevos mercados con el resultado de valorizar la existencia. En primera instancia, conocer el coste de tal carga, y las consecuencias que tiene sobre la estructura del consumo y sobre el mercado de trabajo interno y externo a las empresas, es indispensable para poder disponer de un cuadro de los costes sociales de la reestructuración en curso. Ésta produce valor para el capital precisamente porque es extraída de un mecanismo de aseguración colectiva (*común*) y colocada en una relación de mercado.

Pero la cuestión principal que surge ante nuestros ojos, y con toda su potencia, tiene que ver con el valor de uso producido. De hecho, el valor de uso —en tanto dimensión de la mercancía, común incluso en las fases de producción más dispares— requiere de un análisis que, en un primer momento, parece trascender la economía política, la cual no toma en consideración la categoría de *trabajo emocional*. Este análisis vuelve, no obstante, a entrar en el campo de la economía política apenas nos damos cuenta (como en el ejemplo del valor afecto) de que el valor de uso es modificado por las modernas *relaciones de producción* y que a su vez se inserta en ellas modificándolas. Son estas relaciones determinadas las que dan al valor de uso la marca de la mercancía (es decir, lo transforman en *valor de cambio*). Explícitamente, la contradicción es esta: la mercantilización de la obra, del afecto o del intelecto, subsumidos en el capital, no *puede* transformar, ni tampoco trastocar, el contenido material y el sentido social por medio del desplazamiento de sus significados. Sin embargo, hay que subrayar que, junto al producto, el capital está obligado a introducir también *trabajo vivo* en las condiciones objetivas de la producción y del producto. Es congénito a la valorización contemporánea el hecho de que el capital, al orientar *cualquier trabajo* tiende a su propia autovalorización, trata de anular la autonomía del trabajo

vivo contraponiéndolo a sus propias condiciones objetivas o alienadas en tanto *trabajo muerto* (máquinas). Por lo tanto, y en definitiva, la movilización de empatía y afecto, la producción de información, la mercantilización de la cultura y del cuerpo, no son otra cosa que el resultado que desvela la contradicción intrínseca a la *totalidad* del modo de producción biocapitalista contemporáneo.

5. Renta, autodeterminación, política del común.

El trabajo de cuidados como arquetipo de la contemporaneidad

Es verdaderamente extraordinario el cambio de carácter que es capaz de producir la posesión de una renta fija. Ninguna fuerza externa puede llevarse mis quinientas libras esterlinas. Comida, alojamiento y ropa son mías para siempre, cesan así no sólo los esfuerzos y la fatiga, sino también el odio y la amargura. No tengo necesidad de odiar a hombre alguno; no puede herirme. No tengo necesidad de adular a hombre alguno; no tiene nada que darme.

Virginia Wolf

HASTA AQUÍ HE INTENTADO EXPLORAR los nodos y nexos cruciales a los que, a mi modo de ver, deben enfrentarse las subjetividades femeninas (y no sólo) en el/más allá del trabajo contemporáneo. Desde mi punto de vista, los considero centrales gracias a la actividad política de los nuevos feminismos, justo en un momento en el que el feminismo está obligado a superar cualquier circuito autorreferencial que aparezca detrás de los procesos de feminización y fragmentación de la socialidad. Esta convicción no deriva tanto de especulaciones meramente teóricas cuanto de la observación de la realidad, de los relatos, de

la descripción de la vida de los sujetos, de la investigación militante, de la presencia en los lugares de trabajo, en el territorio, en los movimientos.

Jacques Rancière escribe: «La política es cuestión de sujetos, o mejor dicho, de modos de subjetivación». Con «subjetivación» se entiende «la producción, a través de una serie de actos, que no eran identificables en un campo de experiencia dado, pero cuya identificación va de la mano de la refiguración del campo de la experiencia».¹ La subjetivación política nace de una serie de acciones que implican siempre la apertura de un nuevo campo de experiencia. El organismo vivo respira nuevos estímulos, maneja nuevos datos, pone en acción mecanismos adaptativos, cambia la percepción, muta la perspectiva existencial. Sin embargo, los sujetos no olvidan aquello que han sido: una subjetivación política no se crea de la nada. Se genera modificando identidades circunscritas dentro de lo que se entiende como «orden natural», en el reparto de las funciones y de los roles «en instancias de una experiencia conflictiva». En esta traslación de viejos mecanismos identitarios hacia el futuro del nuevo sujeto está el tránsito, la *transición*, experiencia constitutiva del sujeto contemporáneo. *El concepto de precariedad se conjuga perfectamente con esta experiencia común de deber cambiar, siempre.* Experiencia que implica una tensión continua hacia algo distinto, en conexión entre un antes y un después. Experiencia de subjetivación política distintiva que no pretende tener una narración colectiva, pero que presupone, antes bien, una serie de fracturas. Experiencia común y sin embargo desarticulada, no armónica, debido a la inserción en el proceso de toda la sustancia de la *diferencia*. Experiencia colectiva pero no equivalente y, por lo tanto, descompuesta, modulada sobre el individuo que «presupone

¹ Jacques Rancière, *Il disaccordo*, Roma, Meltemi, 2007, p. 54 [ed. cast.: *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996].

una multiplicidad de acontecimientos de palabra».² No existen ya universos homogéneos y estáticos (las mujeres, la clase obrera) que puedan pretender hablar una lengua universal. Es lo que se ha intentado explicar desde el comienzo de este libro.

¿Qué quiere decir patriarcado?

Si hay que entender el trabajo contemporáneo «después de la clase»,³ debe ser también como devenir minoritario,⁴ más allá del género, más allá de las rigideces dicotómicas, más allá de una idea colectiva del tiempo y dentro de la subsunción real del cuerpo y de la socialidad. Se puede llegar a sostener que la *economía política del patriarcado*,⁵ o bien la división sexual del trabajo que esta lleva consigo, ha sido

² *Ibidem*, p. 55.

³ Me refiero aquí a todo lo sostenido por Aris Accornero: «Il lavoro che cambia, dopo la classe» en *L'operaiismo rivisitato; Culture del lavoro; La moralità del Welfare, Quaderni di rassegna sindacale*, Roma, Ediesse, enero-marzo de 2009. La idea del «trabajo después de la clase» nace de las consideraciones de Accornero sobre el paso del trabajo de producción al trabajo de servicios (terciario): «Asistimos a la creciente escalada de la ocupación en el sector servicios, que se incrementa más rápido que la ocupación en la industria. En 2007, esta última tocó el techo de siete millones (de los que 5,5 son asalariados), mientras que la otra ha superado los 15 millones (de los que 11 son asalariados), es decir, más del doble».

⁴ Intento distinguir en el ámbito del trabajo —tomándome la licencia de citar a Gilles Deleuze— entre una condición que podemos definir como *mayor* —sistema homogéneo, estático y constante, encarnado por el hombre blanco adulto occidental— y un condición *menor*, de carácter transitorio, femenina, potencialmente creativa de la generación precaria.

⁵ La definición es de Cristine Delphy, que en *L'ennemi principal*, cit., habla de «*economie politique du patriarcat*» [economía política del patriarcado].

trastornada por completo por el capitalismo cognitivo. Mediante esta idea sería posible deconstruir definitivamente la noción de «patriarcado» a partir de sus premisas. Hay que situarla, historizarla, madurarla y obligarla a salir de su inmovilismo. ¿Qué hay detrás de este enemigo que transportamos con nosotros, siempre idéntico a sí mismo, generación tras generación? ¿Qué es este «moloch» llamado *patriarcado* si no el signo mutable del poder de un sistema de dominio? ¿No tiene también el poder necesidad de transformarse (transitar)? ¿Y no son precisamente los enfrentamientos, conflictos y resistencias los que lo obligan a modificarse, esconderse y reformular sus propias estrategias? ¿Los mecanismos de dominio, de *governance*, aplicados a las mujeres, son siempre iguales a sí mismos?

Todo ello supondría la existencia de un sujeto único y siempre idéntico en el transcurso del tiempo. Pero no es así, este se transforma. Nosotras y nosotros mudamos, sin duda, para poder reinventarnos, cada vez desde el principio, con renovada energía. También con el fin de afrontar una batalla a la altura de los tiempos que atravesamos y de los desconocidos adversarios que reconocemos.

En su *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Judith Butler parte de la constatación de que la identidad sexual, el modo en que vivimos la condición de hombre o mujer, varía con la historia y con las culturas. ¿Qué tipo de responsabilidades debemos asumir hacia la historia que nos crea como sujetos sexuados?⁶ Determinar

⁶ Judith Butler, *Critica della violenza etica*, Milán, Feltrinelli, 2005, [ed. cast.: *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009]. En el capítulo 3, «Responsabilidad», Butler afronta la cuestión de la responsabilidad del individuo, afirmando sin embargo la relatividad y los límites de lo «humano». Describe la necesidad de reconocer «los límites de un ser totalmente transparente» (p. 115), lo que supone asumir una actitud crítica frente a las normas que no hemos dado y que pretenden orientar nuestras acciones.

la herencia del patriarcado, el peso asfixiante de una milenaria hegemonía masculina, resulta hoy fundamental para que asumamos la responsabilidad, tanto hombres como mujeres, de mirar más allá. Y desde ahí, crear otra y nueva genealogía con el objetivo, finalmente, de dejar atrás esa herencia. Esto comporta una reflexión sobre nosotras mismas, sobre lo que somos, sobre lo que querríamos ser o lo que querríamos llegar a devenir. La necesidad de dar cuenta de sí apela directamente a la causa política. Las relaciones en las que nos construimos como sujetos son relaciones de poder.

Relaciones de poder, precisamente. Esto es lo que me permite subrayar que es justo el tiempo de observar, con mayor precisión todavía, las relaciones económicas en las cuales estamos inmersas, apropiándonos de todos los instrumentos adecuados para tratar la materia. El «patriarcado» debe ser entendido como un sistema —variable— cuyas determinaciones pueden ser observadas hoy más que nunca en el capitalismo. El contexto de la feminización global de la inmigración, del espacio público con la finalidad de explotar intensivamente (desmesuradamente) las cualidades de lo vivo, nos obliga a hacer cuentas (como mujeres) precisamente con los procesos económicos, a revisar las relaciones que hoy se redeterminan entre las mujeres y el sistema de producción capitalista sin necesidad de más mediaciones ni titubeos. Hoy el poder no desdeña la «feminización», incluso de los hombres, si ello significa rebajar sus condiciones y reducir los derechos. El poder feminiza en la exigencia de participación (afecto) y de altruismo. ¿Estamos seguras de no tener que ocuparnos del papel que el biocapitalismo tiene en nuestras vidas? ¿Estamos seguras de que este no es el corazón del problema? ¿Estamos seguras de que la desmedida extensión del tiempo de trabajo, la precarización de la existencia, la depredación del papel reproductivo de las mujeres (mediante el recurso a las

biotecnologías y a la medicalización de la maternidad) y la mortificación del sexo no representan un problema que las mujeres tienen ante el capitalismo?

El derecho de propiedad intenta precintar directamente la vida, imponiendo *enclousures* (cercamientos) sobre el genoma, sobre el código de la vida humana, desquiciando las bases del papel de la reproducción. Las mujeres sienten, desde distintas posiciones, la urgencia de tomar la palabra ante esta situación. «Nuestras vidas valen más que las ganancias que generan».⁷ La función productiva, con su ritmo loco, privado de cualquier criterio razonable, sacrifica cualquier cosa a su lógica —incluida la reproducción, vuelta también productiva— y limita el bagaje femenino en la modernidad, feminizando sencillamente lo real. En la época del mercado global y de la privatización parece que no existe refugio para lo vivo. Daniel Bensaïd recuerda que en julio de 1998 la Unión Europea «autorizó la liberalización de las patentes concernientes a las “materias biológicas”». Dice el artículo 5 de la Directiva Europea 1998/44: «Un elemento aislado del cuerpo humano, o producido mediante un proceso técnico, incluida la secuencia parcial de un gen, puede constituir una invención patentable, incluso en el caso de que la estructura de dicho elemento resulte idéntica a la de un elemento natural». Nos explica Bensaïd: «Los investigadores no inventaron un gen. De acuerdo con una distinción clásica, podemos decir que solamente se contentaron con descubrirlo. Entre las dos distinciones de “natural” y “artificial” la frontera se revela porosa».⁸ También, intuitivamente, debería estar clara para las mujeres la peligrosidad de esta pinza: el riesgo de vernos ante una desposesión final (obscena).

⁷ Daniel Bensaïd, *Gli spossessati*, cit., p. 88.

⁸ *Ibidem*, p. 63.

A diferencia del pasado, hoy la despotenciación de lo femenino no viene sólo a través de la represión (confinamiento, exclusión, expulsión del espacio público y económico) sino también, y sobre todo, a través de la progresiva feminización de la sociedad (absorción, implicación). Efectivamente esta es la extraordinaria invención (descubrimiento) del biocapitalismo: la alteridad es homogeneizada obteniendo su homologación y subsunción, dicho en otras palabras, su desaparición. Así ha cambiado el «patriarcado».

Por este motivo, a la luz de estas transformaciones, hay que discutir sobre la raíz misma de la economía, el concepto de producción, la idea que históricamente tenemos del trabajo. La sintaxis del paradigma productivista nace con el capitalismo mismo, con la introducción de un modelo cuantitativo de la sociedad industrial basado en la acumulación. Con el término trabajo se ha indicado, en términos históricos y en sentido amplio, una actividad productiva que implicaba un gasto de energías físicas o intelectuales —durante un tiempo certificado y regulado— para alcanzar un objetivo preciso: procurarse bienes (esenciales o superfluos), directa o indirectamente, a través de un valor monetario (reconocido) obtenido como compensación. Trabajar ha significado, en definitiva, ocupar una porción de tiempo haciendo algo productivo, obteniendo a cambio una compensación económica. Con esta definición clásica de trabajo, al recorrer algunos de los pasajes de la historia de los hechos y de las ideas, podemos observar que el concepto de trabajo es un concepto sexuado, sexista. Sin olvidar, obviamente, la presencia y el papel de las mujeres desde los comienzos de la Revolución Industrial,⁹ resulta

⁹ No olvido que las mujeres —a excepción de la minoría que pertenece a las clases privilegiadas para las que sería necesario un discurso aparte— siempre han formado parte del trabajo productivo. La figura del ama de casa (la mujer que cuida de la casa, de los hijos y del marido, privada de ocupación en el mercado de trabajo), sobre la que

cierto que el trabajo de fábrica, el trabajo «garantizado» en las grandes empresas fordistas, ha representado un sueño principalmente masculino. La cuestión es que en el fordismo, las empresas, con la complicidad de los trabajadores y de los sindicatos, decidían mantener en el trabajo sobre todo a los hombres, en función de sus propios intereses de clase que coincidían con los del sexo masculino. Dentro de la clásica subdivisión entre producción y reproducción, funcional para el gobierno de las fábricas, la mujer recluida en el hogar era indispensable para asegurar las necesidades de la vida del ciudadano que trabajaba fuera de ella. Hoy ocurre algo distinto: tras el fordismo, en el centro del capitalismo cognitivo o biocapitalismo, o bien en el centro del nuevo paradigma de producción —basado en la economía de los servicios y en la cognitividad del trabajo, y ya no en el puesto de trabajo fijo, sino en la precariedad generalizada— podemos retomar de forma provechosa aquello que el feminismo dijera ya a propósito del trabajo doméstico (tradicionalmente *no trabajo*), a fin de sacar nuevas conclusiones. La muralla entre público y privado ha servido también para esconder la posible explotación de quien trabajaba dentro de las paredes de casa. El trabajo del «ama de casa» no está reglamentado por un contrato de trabajo que regula los horarios, los seguros sociales, las bajas por enfermedad, las vacaciones, la edad de jubilación, las pensiones, etc. Lo «privado» cubre la desregulación del trabajo en casa, que de hecho en ocasiones puede llegar a no ser pagado. Asistimos ahora a la desregulación del mercado de trabajo. El trabajo precario no está regulado por un contrato de trabajo colectivo

se concentran, justamente, muchas de las atenciones del movimiento de las mujeres, es una figura reciente (incluso desde un punto de vista terminológico, antes era la criada) y está ligada a una fase precisa: la expansión del fordismo en Occidente (desde la postguerra en adelante). El fordismo se caracterizó por una marcada división sexual del trabajo, vinculada a las necesidades de la acumulación capitalista de dicha fase.

que establece horarios, seguros, bajas por enfermedad, vacaciones, pensiones. Esta descomposición general del trabajo viene cubierta también por lo «privado», o bien es invisibilizada, otra vez, entre los muros domésticos, donde casi siempre — solitaria y aislada de cualquier otra socialidad posible respecto del pasado en la fábrica — se produce la prestación laboral (es la *domestication* del trabajo de la que hemos hablado en el segundo capítulo).

En definitiva, el nuevo régimen de acumulación biocapitalista desbarata las cartas de la economía política del patriarcado introduciendo en el sistema de producción una serie de cualidades, de competencias y de problemáticas que provienen y son importadas de otros ámbitos: en particular, del ámbito de los cuidados y del trabajo doméstico, tal y como se ha analizado en el capítulo precedente.

Podemos añadir además que el ámbito de los cuidados ha sido descrito como una «ciencia de la singularidad» (la decisión depende del sujeto y puede variar en función del campo de aplicación y del momento). El trabajo de cuidados es considerado también «tiempo del don» (la disposición a «dar siempre y en cualquier caso», incluso si se trata de un «acto efímero» que se consume con prisa pero que es fundamental para el crecimiento y la nutrición de los cuerpos). Otro factor útil para definir el trabajo de cuidados es su condición de «sistema», en el sentido de que en el mismo se entrecruzan competencias muy diversas entre sí. Se trata de lo que podríamos definir como una suerte de «bricolaje de lo posible». Todas las definiciones utilizadas por Ida Farè, tomadas a su vez de la biología, explican que el mismo esquema que se produce en la naturaleza, donde cualquier organismo crece, se adapta y se transforma usando la materia que encuentra a su disposición, funciona también en el trabajo de cuidados. Finalmente, el trabajo de cuidados está privado de dimensión temporal, entre un antes y un después, a diferencia de la producción

industrial donde siempre hay algo preestablecido, un gesto que precede a otro gesto, un tiempo preciso para cada fase de la elaboración, un inicio y un final de la tarea. De acuerdo con estas definiciones, vemos que los elementos constitutivos del trabajo de cuidados son adecuados para describir el conjunto de la producción contemporánea. Las definiciones de «ciencia de la singularidad» o de «bricolaje de lo posible», utilizadas por Farè, nos sugieren otra polaridad fundamental, hoy también generalizada en el trabajo contemporáneo: afán perenne y acción oportuna. Las mujeres saben bien de qué se está hablando en este caso; y ahora, efectivamente, también los hombres lo están aprendiendo.

El modelo de los cuidados

Aclaremos, llegados a este punto, un importante aspecto: es evidente que de todo esto hay trazos e indicios en el trabajo realizado en el curso de los siglos. Es evidente que en el trabajo, en todos los tiempos, se puede encontrar implicación o pasión, especialmente en las profesiones rubricadas con el término «trabajo emocional» que empleábamos en el capítulo cuarto (profesores, enfermeros, médicos, trabajadores sociales...). Al mismo tiempo es evidente que no pensamos que el trabajo de fábrica haya sido pobre en elementos cognitivos, al contrario. La necesidad de considerar la tendencia nos lleva a subrayar la cuestión central: el paso de la era de la medida («fabriquista», rígida, estable, masculina) a la era de la cualidad (cognitiva, relacional, precaria, femenina). Esto es lo importante: cada vez es más difícil separar el gesto material del trabajo de la cuestión afectiva, incluso para quienes trabajan en un *call center* o en la caja de un supermercado, y por eso se vuelve

indispensable analizar la inserción del afecto en el trabajo. Aquí se juega por completo la feminización de lo masculino no impuesta por la producción contemporánea.

Estamos completamente inmersos en lo que podríamos llamar una dimensión biopolítica, una realidad en la que todas las dicotomías, las categorías y las asunciones explotan. Y en la que es necesario reiniciar desde el principio el concepto de trabajo y de actividad. La devastadora afirmación de la lógica soberana del valor de cambio, de la que hablábamos en el capítulo anterior y que pretende introducir la ética en el ámbito productivo, hace precisamente palanca sobre el concepto de «cuidados».¹⁰ *El modelo de los cuidados se vuelve entonces una estrategia de gobierno de la complejidad y de despotenciamiento de las conflictividades.* El mundo de los significados que el término *cuidados* sugiere, y que he intentado centrar en estos dos últimos capítulos, constituye un verdadero modelo de comportamiento o más precisamente una ética que se pretende transferir a la producción. El modelo de trabajo de cuidados es el más fuerte entre todos los que existen con el fin de «capturar el alma»; es por lo tanto el más eficaz a la hora de visibilizar cómo los elementos relacionales o lingüísticos —que juntos conjugan racionalidad, afectividad y corporeidad— se vuelven absolutamente fundamentales para el nuevo paradigma productivo. Asistimos, de esta manera, a la generalización del código de los cuidados, cuya sintaxis puede salir del hogar y proponerse al mundo; por ejemplo, el llamado trabajo «productivo» se puede aplicar a la política, al gobierno de las cosas.

¹⁰ «El trabajo debe englobar algunas cualidades de la vida que no están ligadas a un salario [...]: el trabajo como actividad con sentido para la vida». Cristina Morini «Il divenire infedele del lavoro. Necessità del reddito d'esistenza ai tempi del divenire donna del lavoro» en Basic Income Network Italia, *Reddito per tutti*, Manifestolibri, Roma, 2009, p. 115.

Desde esta perspectiva, el libro de Christian Marazzi, *El sitio de los calcetines*, plasmó perfectamente la paradoja del llamado *no trabajo* de las mujeres. Sustancialmente, «la asimetría de poder» que existe entre hombres y mujeres lleva a estas últimas —desde el ámbito privado del hogar, excluidas de la «ciudadanía» que permite el acceso al espacio público— a hacerse cargo de los problemas más menudos de su *partner*, siempre en ausencia de formalización alguna de su propio papel. Hoy, cuando no existen ya los «derechos sociales protegidos por normas jurídicas sólidas y duraderas»,¹¹ todos tienen que aprender a prestar atención al «sitio de los calcetines», entendiendo por tal «la dedicación y el afecto» que desborda los límites de la «familia» y entra dentro de la «fábrica». El *no trabajo*, cuando se disuelven las garantías del trabajo asalariado, se generaliza cada vez más. En la precariedad, la contradicción entre trabajo y no trabajo pierde su significado. La precariedad encierra en sí misma el paso de la reducción cuantitativa del trabajo asalariado a la mutación cualitativa de la actividad práctica del trabajo:

Y es ahí, en este no trabajo, donde se constituye una realidad verdaderamente vital, precisamente en el «sitio de los calcetines»: este va a ser reconocido como el lugar característico y central no ya del no trabajo sino del nuevo trabajo productivo compuesto por conocimiento, pero sobre todo por el afecto y las relaciones, que ya serviles, ya libres, se juegan por completo dentro de este tejido. Todo esto tiene una gran relevancia para la perspectiva de una definición bio-política de la realidad en la que vivimos [...] donde la biopolítica, según las ideas de Deleuze y Guattari, surge del conjunto del trabajo afectivo, del trabajo relacional, de la

¹¹ Christian Marazzi, *Il posto dei calzini*, cit., p. 35.

flexibilidad temporal y de la movilidad espacial del trabajo: todos estos elementos son ahora característicos de la nueva cualidad del trabajo que nuestro tiempo conoce.¹²

La idea de un vínculo afectivo con el trabajo viene estimulada por todas las experiencias cotidianas de trabajo, entendido en sentido amplio. Una encuesta de Kristin Carls de 2007¹³ muestra cómo la invitación a establecer una relación «afectiva» entre los trabajadores del supermercado y sus clientes, en la región metropolitana de Milán, representa un eficaz mecanismo de control: Carls habla también de una «colonización del afecto» útil para combatir las resistencias en el trabajo.

En una reciente encuesta cualitativa sobre *knowledge workers* en Turín, Emiliana Armano añade:

Una de las características que muestran las entrevistas es que el propio compromiso, la inteligencia y el ingenio son puestos a disposición del trabajo de forma espontánea. En los trabajos cognitivos se pone a trabajar el alma; el resultado es frecuentemente una inversión de tiempo y recursos cuyo retorno no se mide en los términos tradicionales de costes/beneficios, exclusivamente económicos, sino más bien de remuneración «motivacional».¹⁴

¹² Toni Negri, *Cinque lezioni di metodo su Moltitudine e Impero*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003. [ed. cast.: *Cinco lecciones en torno a Imperio*, Barcelona, Paidós, 2004].

¹³ Kristin Carls, «Affective Labour in Milanese Large Scale Retailing: Labour Control and Employees' Copying Strategy», en *Ephemera. Theory and Politics in organization*, vol. 7 (1), 2007, pp. 56-59.

¹⁴ «[...] hemos obtenido apreciables resultados mediante un trabajo enorme, que no es precisamente el del trabajador asalariado que realiza sus ocho o nueve horas; mis trabajadores y yo hacemos catorce o quince horas al día, lo que quiere decir cansancio, dar mucho de sí, reducir las

La introducción del afecto en el trabajo contemporáneo es interpretada tanto como un dispositivo de expropiación, por parte del capitalismo, de la cooperación y de la socialidad, como un sistema de control de la fuerza trabajo, que pasa al interior del trabajador o de la trabajadora, *desafiando* su capacidad relacional, pretendiendo un uso absoluto de la persona: voz, cuerpo, sentimientos.

En este contexto, el trabajo doméstico desarrollado por las mujeres se vuelve un modelo particularmente interesante. Dicho modelo se confirma en la antigua idea de que el aparato moderno está construido sobre la base de jerarquías muy precisas y de que este está «ordenado» a partir de categorías (económicas, sociales) establecidas por el poder, con el fin de obtener formas de subordinación y disciplina. Sin embargo, hoy sucede algo más.

No hay medida

Históricamente, el trabajo productivo (en sentido capitalista) se ha considerado como el único fundamento de la acumulación, este era la base de la distribución del «excedente» generado por la utilización de los factores

horas de sueño, una carga personal muy elevada, pero se trata del precio a pagar por haber creado una sociedad laboral... que no contaba con los recursos necesarios de partida para comprar máquinas, para poder dar respuestas a los clientes y que ha decidido desarrollar sus instrumentos de trabajo en casa [...] Yo creo muchísimo en esta iniciativa en la medida en que el trabajador que no tiene pasión puede ser un buen trabajador pero no llega a ser tan bueno como quien hace la misma actividad con pasión. Yo lo veo así, sin quitar mérito a quienes hacen su trabajo y lo hacen porque lo deben hacer». Marco, 35 años, copropietario de una empresa de software. Testimonio recogido por Emiliana Armano, *Precarietà e innovazione nel postfordismo. Una ricerca qualitativa sui lavoratori della conoscenza a Torino*, Bologna, Odoja, 2010, p. 133.

productivos. De acuerdo con esta lectura, en la medida en que el trabajo doméstico de las mujeres no permitía la acumulación —si bien la favorece de forma indirecta, al garantizar al obrero la reproducción de sus fuerzas—, era siempre considerado como «privado de valor» —en tanto improductivo— y por lo tanto en ningún caso susceptible de participar en la distribución.

Aquí hay que plantear, sin embargo, la cuestión de la teoría del *valor-trabajo* y de su adecuación dinámica a la evolución del sistema capitalista así como a la sucesión de las diferentes modalidades de acumulación. Se deben analizar a fondo las transformaciones estructurales que han invertido, y modificado parcialmente, el proceso de valorización en el paso del capitalismo industrial-fordista al *biocapitalismo*. En este paso, la teoría del valor-trabajo, entendida también como teoría del valor-tiempo, requiere de una redefinición que sea capaz de plasmar los cambios cualitativos que pueden poner en crisis las teorías tradicionales.

Observar el trabajo doméstico en el presente abre perspectivas más amplias que las que ya correctamente apuntara el feminismo en el curso de los años setenta. En primer lugar, permite invalidar los mecanismos de medida del valor considerados válidos hasta hace poco. *El trabajo de cuidados encarna la crisis de la medida del valor del trabajo en el presente*. En este sentido, la actualización de la reflexión sobre el trabajo de cuidados parece abrir la puerta a análisis críticos sobre la cuestión del trabajo en general, sobre el valor-trabajo y sobre el problema de la medida.

De lo dicho hasta aquí, el «trabajo no pagado» de las mujeres (el trabajo de reproducción y de cuidados) se convierte en un interesante arquetipo de la producción contemporánea. Cuando razonamos sobre la des-mesura del trabajo en el ciclo de acumulación flexible, el *trabajo no pagado* entra de lleno en dicha reflexión, en tanto se

transforma en el arquetipo de la fase actual. Esta idea se ajusta bien a la descripción de un proceso que forma parte de la esencia de la prestación laboral en su generalidad.¹⁵ Desde este punto de vista, podemos afirmar que el valor producido por el trabajo hoy excede siempre la remuneración: el trabajo de cuidados no es el único que asume tal característica general. Desde el momento en que el proceso productivo engloba conocimiento y afecto, deseo y cuerpo, motivaciones y opiniones, resulta evidente, como nunca antes, que *no se paga* todo aquello que efectivamente se cede, ya sea en el trabajo doméstico ya en cualquier otro trabajo.

El rol del afecto

La sociedad humana se ha fundado sobre la división sexuada del trabajo entre hombre y mujer, que tiene en la familia y en el trabajo productivo sus ejes fundamentales. El fordismo se centró en un pacto de ayuda mutua entre estos dos actores. En la época de los sistemas rígidos, las mujeres — que asumen el papel de esposas — en un *acto de amor* se ocupan de la gestión del hogar y de los hijos, mientras el hombre trae la renta para el *ménage*, a través del trabajo externo. El hecho de que la esposa se ocupe de muchas tareas no consideradas trabajo — y por lo tanto no remuneradas — y que tampoco eran buscadas y pagadas en el exterior, ha alimentado el proceso de acumulación a través de un doble mecanismo: lo que no se pagaba a ella y lo que gracias a ella se evitaba pagar a él. Atendido, *por amor*, por la mujer, el hombre no tenía necesidad de adquirir ningún servicio en el mercado. La economía

¹⁵ Christian Marazzi, «Capitalismo digitale e modello antropogenetico del lavoro», cit.

política del patriarcado se basa esencialmente en estos pilares. El aspecto más asombroso de esta situación, si miramos hacia atrás, se encuentra, además de en su condición de gratuidad, en la *falta de definición* que sufría el trabajo doméstico. Para establecer qué es el trabajo doméstico, se han adoptado definiciones en el «buen sentido», tal y como escribe Christine Delphy: «Lo que se define es sólo el contenido empírico y este hecho no es indiferente a las interpretaciones teóricas a las que se ve sujeto el trabajo doméstico».¹⁶ En un ensayo de 1970, que vale aquí la pena retomar,¹⁷ al razonar sobre el trabajo doméstico (o mejor dicho sobre el «trabajo familiar», o *travail ménager* como prefiere llamarlo la autora), Delphy piensa que las principales características de esta actividad sólo pueden ser determinadas si se considera que el objeto empírico del trabajo doméstico (cocinar, lavar, cuidar a los niños, barrer) —o si se quiere las actividades que se destacan del mismo— no agota su papel «estructural y económico». En pocas palabras, en el trabajo familiar se reconoce la característica intrínseca y nunca plenamente admitida del *trabajo*, más allá del aspecto evidente de su gratuidad.

Cuando se parte propiamente del trabajo doméstico, resulta necesario repensar el concepto de trabajo para llegar a una nueva *definición formal* que no se contente con una simple coincidencia con el *uso aparente* que se hace del mismo en el presente. ¿No vive la mayor parte del trabajo contemporáneo el mismo problema? Cuando hoy decimos

¹⁶ Los escritos de Delphy volvieron a ser publicados en 2009. Se trata de textos escritos entre 1970 y 1978. Véase Christine Delphy, *L'ennemi principal*, cit., vol. I, p. 58.

¹⁷ La compilación de ensayos de Delphy (*L'ennemi principal*, cit.) contiene también «Travail ménager ou travail domestique?», del que forman parte todas las citas referenciadas aquí. A propósito de este trabajo la autora escribe en una nota: «Parmi les premières publications, on relève en 1970: M. Benston, I. Larguia, C. Delphy, S. Olan, P. Mainardi. Depuis beaucoup d'autres ont suivi, trop nombreuses pour qu'on les cite toutes».

trabajo nos referimos cada vez menos a una porción precisa de tiempo¹⁸ durante la cual desarrollamos una tarea *fuera de casa* que empieza y acaba con un acto determinado y certificado como tal; nos referimos más bien a una actividad de perfiles indefinidos, que a menudo se desarrolla entre las paredes del hogar, y que implica la puesta en juego de relaciones e intercambios que pertenecen a la existencia del sujeto en cuanto tal, a su vida afectiva, a sus intereses, a sus pasiones, conocimientos y experiencias.

Se da también la otra cara de la moneda, en las profesiones independientes, en el trabajo autónomo y sobre todo en las actividades de contenido artístico, expresivo y creativo, el vínculo formal y espacio-temporal está menos formalizado, pero no por ello es menos opresivo debido a toda una serie de razones. Los trabajadores pueden elegir por sí mismos sus propios espacios de acción,

18 «A partir de las entrevistas parece claro que el trabajo de los *knowledge workers* está vinculado de manera menos rígida a los factores de “espacio” y “tiempo” de lo que estaba el trabajo fordista y manual. El siglo XX había encerrado al trabajo en una jaula estructural; el trabajo de los *knowledge workers* ha hecho y hace de todo para liberarse de este esquema regulativo, sobre la base de un proceso de desestructuración que ha tomado forma a finales del siglo pasado. Se libera reservándose amplios espacios de autodeterminación, grandes fracciones de tiempo, pero ¿verdaderamente libre? Este es el quid de la cuestión. Sin registro y sin necesidad de fichar, sin *ese tipo de medición*, con amplias posibilidades de que se ejerza fuera del vínculo con la oficina o un lugar específico de trabajo; así pues, en el marco de un tiempo de trabajo indefinido, introyectado y sin control formal externo, y al mismo tiempo *extendido y concentrado hasta lo inverosímil*, caso de que se deba entregar un proyecto dentro de una fecha límite, pero también en la cotidianidad normal del trabajo». Entrevista a Valerio, 39 años, investigador. Valerio añade: «Es obvio que para el trabajo que hago hay que leer ensayos... estoy convencido de que leo un tercio de lo que debería leer. Leo durante la tarde-noche o en el fin de semana todo lo que después me sirve en mi trabajo, leo en el tren, no sé cuantificarlo en tiempo de trabajo». Las entrevistas provienen de Emiliana Armano, *Precarietà e innovazione del postfordismo*, cit., p. 125.

porque son capaces de realizar los objetivos tanto en la mesa de la oficina como en cualquier otro lugar, en los tiempos de reposo y de vida, en ocasión de un viaje, de un encuentro o de un meeting, en actividades lúdicas o en momentos de recreo. A consecuencia de ello, y a nivel mental, las actividades intelectuales no pueden ser escindidas de la persona, en realidad nunca la abandonan, se llevan dentro y por lo tanto no respetan ningún horario, ninguna pausa.¹⁹

En definitiva, es la capacidad de innovación, de «producción de formas de vida», lo que crea valor, independientemente de la pertenencia a un sector de ocupación específico. En el pasado había otros ejemplos de trabajo gratuito que también —a diferencia del trabajo doméstico de las mujeres— contaban en el PIB. Pertenecían a formas arcaicas de economía como la agricultura de subsistencia o ciertas formas de autoconsumo agrícola. A diferencia de lo que pasaba entonces, hoy *la gratuidad y el valor de uso* (traducido en valor de cambio) son los elementos constitutivos del trabajo cognitivo, del trabajo del conocimiento en las economías más avanzadas. Como en el trabajo de cuidados, es la puesta a producir de la dimensión afectiva de la existencia humana lo que ha permitido al biocapitalismo orientar el trabajo cognitivo, el trabajo de conocimiento, el *knowledge work*, hacia formas de cada vez mayor gratuidad.

¹⁹ «[...] Personalmente yo *vivo* también de estas materias en mi vida cotidiana [...] incluso las películas que voy a ver al cine... un DVD... la revista que compro, no existe discontinuidad entre mi vida personal, mis hobbies y mi profesión». Marco, 35 años, copropietario de una empresa de software. «Es que no consigo tener una vida privada, el grupo de trabajo se ha vuelto también mi grupo de amigos, cosa que considero una fortuna puesto que se ha convertido en mi vida». Gabriele, 26 años, contratado por obra y servicio en Extracampus TV. Las entrevistas se pueden leer en Emiliana Armano, *Precarietà e innovazione del postfordismo*, cit., p. 126.

El placer y el amor, el vínculo con la actividad que se desarrolla a través del uso de facultades cognitivas y relacionales, hacen cada vez más difícil la aceptación de la dimensión de la gratuidad (la masificación de las prácticas, las formas de precarización en la universidad, la remuneración simbólica obtenida por escribir en periódicos). Los sentimientos, la fantasía y la imaginación no sólo están siendo superados o eliminados, sino todo lo contrario, son solicitados por/en el trabajo de producción cognitivo/relacional/afectivo. Constituyen su fundamento.

El *sueño de amor* que ha condicionado a las mujeres a llevar a cabo el trabajo de cuidado del propio marido²⁰ e hijos, se transforma hoy en el cuidado que los trabajadores del conocimiento ejercen sobre el cuerpo de la empresa²¹ a través de la relación sentimental que estos tienden

²⁰ Véase a este respecto Lea Meandri, *Come nasce il sogno d'amore*, Turín, Bollati Boringhieri, 2002: «Si la totalidad apagada y la *miseria* han echado raíces tan profundas y duraderas en la imagen que las mujeres se han hecho de sí mismas, es porque el sueño del hombre se ha depositado en otro sueño, que en parte lo reproduce y en parte se separa de él» (p. 34). Y continúa más adelante: «El hombre puede ser adulto porque una mujer, en otra habitación, conforta su necesidad de infancia, puede mostrarse fuerte y activo porque tiene quien proteja su debilidad y sus abandonos. Masculino y femenino, cuerpo y mente, naturaleza e historia, es lo que él ha separado artificialmente para poder volver a nacer cada vez y hacerse niño, ser la madre y ser distinto de ella. En esta cadena de opuestos, la mujer se inserta forzosamente en su necesidad de globalidad y de entereza, además de en la imposibilidad de colocarse sobre un extremo o sobre otro: ni únicamente naturaleza ni únicamente cultura, ni sólo hombre ni sólo mujer, en el significado que el hombre ha dado a sus deseos opuestos, ella sólo puede intentar ponerlos juntos en un esfuerzo creativo que es la ilusión de hacerse nacer a sí misma. Para que esto se de, es necesaria una estrechísima unidad de dos, silencio y soledad a su alrededor y una garantía de amor total que se rompe apenas el hombre se perfila como irreductiblemente distinto y separado, incapaz de la atención y de la ternura de una madre, intolerante con la posición de hijo si se vuelve un impedimento para su vida social» (p. 60).

²¹ «La esfera del trabajo tiene la pretensión de ser un cuerpo vivo que necesita de todo el tiempo, de todos los cuidados, las palabras y

a desarrollar con sus propios proyectos (investigaciones, páginas, fotografías, dibujos, palabras, filmaciones...). *El trabajo de cuidados y el trabajo cognitivo, el trabajo emocional requerido por la economía de los servicios sobre la que se basa el biocapitalismo exceden, todos ellos, la medida de la remuneración.*

El análisis vuelve a entrar en el campo de la economía política cuando el propio valor de uso se ve modificado por las modernas *relaciones de producción*, y a su vez se inserta en ellas modificándolas. Son estas *relaciones* determinadas las que dan al valor de uso la marca de la mercancía (es decir, lo transforman *en valor de cambio*).

La precariedad —la servilización del cuerpo-mente inducida por la precariedad— desarrolla ciertamente un papel no secundario en la puesta a trabajar de la dimensión afectiva. Esta contribuye a la delicada función gubernamental de obtener la sumisión del sujeto dentro de un espacio público determinado, y por este motivo no hay que descuidarla. Sin embargo, el aspecto en el que puede resultar políticamente más interesante a la hora de profundizar me parece que está en el cruce (*crossing*), todavía por imaginar, entre el trabajo cognitivo sin salario y el trabajo de cuidados, hoy asalariado a través del recurso a asistentes a domicilio y cuidadoras. En cierto sentido, el trabajo doméstico puede empezar a ser de verdad objeto de estudio en tanto ha superado su condición interna dentro de la familia. Mientras que, por otro lado, habría que redefinir por completo el concepto de trabajo, en tanto la movilización de empatía y afecto, la producción de información y la transmisión de experiencia, la mercantilización

las acciones. Un modo de producción que se ha vuelto una manera de ser, que informa de sí mismo a la totalidad de lo social, organiza espacio y tiempo, estructura los sistemas de valor». Cristina Morini, «Donne e lavoro. Antidoti contro la malinconia sociale», en *Posse. La classe a venire*, octubre de 2007.

de la cultura y del cuerpo, no son otra cosa que el resultado alcanzado por la *totalidad* del modo de producción biocapitalista contemporáneo. Desde los márgenes a los que ha sido siempre relegado, incluso en la época fordista, el trabajo de cuidados se ha situado en el centro del cuadro por los cruces o alianzas que inspira, dentro de una nueva situación que hemos ya citado — la «economía del trabajo a domicilio»²² — y que, finalmente, nos parece, después de este recorrido, completamente explícita. Dicha situación se encuentra hoy tanto «fuera» como «dentro» de casa.²³

Renta o la remuneración contemporánea

Así es como el tema de la renta asume importancia y adquiere la forma de objetivo para el feminismo contemporáneo, redefinido según las necesidades de una nueva subjetividad no autorreferencial. El argumento central, sostenido por los ejemplos expuestos hasta aquí, es el de la reapropiación del valor producido colectivamente y no distribuido. El uso de factores productivos centrales a la contemporaneidad (conocimiento, relación, cooperación) no se ve correspondido, hasta ahora, con una forma de distribución adecuada y justa de la acumulación de riqueza

²² Para esta definición de Donna Haraway, véase la nota 37 del primer capítulo.

²³ «Una reestructuración del trabajo que ha vuelto suyas muchas de las características atribuidas en el pasado a los trabajos femeninos o a los trabajos desarrollados exclusivamente por mujeres. El trabajo se redefine literalmente en tanto femenino o feminizado, prescindiendo de si es desarrollado por hombres o por mujeres. Feminizado significa volverse extremadamente vulnerable; significa poder ser desmontados y vueltos a montar, explotados como fuerza de trabajo de reserva, ser considerados más siervos que trabajadores, sujetos a tiempos de trabajo pagados o no y que no respetan los horarios pactados». Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*, cit., p. 63.

que estos garantizan. Además, existe la necesidad, como hemos señalado más veces a lo largo de este escrito, de revisar dicotomías inadecuadas como, por ejemplo, trabajo productivo e improductivo (producción y reproducción), además de los mecanismos de creación de valor. En la época de las prácticas gratuitas de masas, del consumo y del «lenguaje como trabajo», de la construcción de imaginarios orientados a compensar la condición miserable de la medida con la que se paga el trabajo, de las tasas de crecimiento de la riqueza basadas en el conocimiento, la asistencia, el trabajo migrante invisible, la precariedad generalizada... la cuestión histórica del trabajo gratuito —el trabajo no pagado de las mujeres— asume, como hemos dicho ya, una nueva actualidad y centralidad, constituyéndose en un nuevo paradigma y modelo para la producción contemporánea.

Cuando razonamos sobre la des-mesura del trabajo actual vemos que el *trabajo no pagado* se presta ahora a describir no sólo el trabajo doméstico, sino un proceso general que forma parte de la esencia misma del trabajo *tout court*. La precariedad ha sustituido, en el curso de los últimos años, al progresivo agotamiento de la dinámica salarial, tanto fuera como dentro del mercado de trabajo. En un contexto estructuralmente precario, renta y salario dejan de ser opuestos, la reivindicación de renta se vuelve condición mínima para pensar la ruptura respecto de modelos usureros y mutilantes como los descritos, además de una forma de potenciación de los procesos de subjetivación y autovalorización fuera del cuerpo de la empresa y de una forma de distribución de la riqueza producida socialmente.

El equilibrio social depende de una forma cada vez más evidente del recurso a una serie de figuras que desarrollan funciones delicadas e imprescindibles para la supervivencia de la especie, dentro de un cuadro de progresiva desestructuración de la unidad social.

Declinar la renta desde un punto de vista de género significa por lo tanto tener en cuenta el trabajo no pagado de las mujeres y su «devenir modelo» de todo el trabajo. Significa tener en cuenta el «biowelfare», el *welfare* de los «recursos humanos» sobre el que se basa el conjunto de la organización social. Si queremos imaginar un trabajo diferente, una estructura social diferente, incluso una manera de entender el mundo diferente, debemos plantear en primer lugar el problema del *welfare*, o bien el problema de la distribución, una batalla por la distribución que no sea parcial —una batalla de las mujeres— pero que implique a las mujeres a partir de su experiencia en primera persona. El problema político no es tanto el de encontrar la nueva regla de medida del valor trabajo, sino el de cómo las nuevas formas distributivas, directamente llamadas a dar cuenta del devenir renta del beneficio a expensas de la cooperación social, pueden constituir no sólo una nueva forma de sostén frente a la temporalidad del trabajo, sino servir de estímulo para volver a pensar la transformación social. Al hablar de «biorrenta» aportamos inmediatamente la idea de que se trata de la moneda con la que se debe remunerar la cualidad de la vida directamente puesta a producir. Así como la tierra es despojada de sus propias riquezas, de bienes comunes como el agua o el aire, de la misma manera se despoja a las mujeres de su capacidad reproductiva y de su sexualidad mientras se ponen a producir los afectos, convirtiéndolos en objeto de acumulación para nuevos e inéditos mercados.

A diferencia de lo que piensa mucha gente, la renta básica no es un instrumento asistencial, sino un detonador potencial de los conflictos que hoy se ven apaciguados por la necesidad de dedicar todo el tiempo al trabajo con el fin de procurarse un salario dentro de un mecanismo trágicamente competitivo que apunta a la corrosión de cualquier idea de colectividad y de «común». En este libro se han propuesto algunos ejemplos de depredación y desposesión del cuerpo, de las emociones, del conocimiento y de la experiencia

para enfrentarnos de la manera más eficaz a la cuestión que estamos tratando. La precariedad y la pobreza del trabajo contemporáneo han producido la despotenciación del deseo de las mujeres y de los hombres. Por eso es necesario, en cambio, apuntar hacia la *política del paraíso* en la tierra.²⁴ La crisis de los movimientos, de la cultura de la izquierda, de la acción colectiva, es una fotografía exacta del estado catatónico inducido por la precariedad en la dimensión del control biopolítico. El deseo, bajo el chantaje de la precariedad, es subsumido en el trabajo y no queda espacio mental y material para nada más. Los hombres y las mujeres «son empujados a decidir convertirse, por sí mismos y por sí mismas, en capital». La renta básica —que consideramos una versión contemporánea de «una habitación propia» de Virginia Wolf— puede facilitar, en definitiva, un proceso de mayor conciencia de la propia relación con el trabajo, facilitando un mejor enfoque sobre los diferentes objetivos de los actores económicos en juego. Puede favorecer también la restricción de la esfera de la creación del valor en sentido económico y hacer nuevamente posible la expansión de la actividad «que no crea nada». La biorrenta, interpretada también por el feminismo, ¿no puede, quizás, llegar a constituir una alternativa pragmática a la instigación de la *necesidad/tentación* (chantaje/consenso) de hacer de sí un *recurso humano*? Las mujeres, después de haberse hecho cargo de los niños y de la casa

²⁴ «Hoy, el *establishment* político se encuentra en bancarrota moral e intelectual. El cinismo rampante ha sido compensado por la siniestra tibieza de las sobras de la socialdemocracia travestida en “tercera vía”. El definitivo fracaso de la socialdemocracia ha estado en el rechazo a afrontar las crecientes desigualdades implícitas a la economía globalizada. Por el contrario, los socialdemócratas han realizado un trabajo estúpido invocando la plena ocupación y buscando vías para maximizar el número de trabajadores. Es la rendición de la visión progresista de la igualdad que hundía sus raíces en la Ilustración. [...] Deben existir en cambio *preguntas* y un sentido de *rabia* orientado hacia una visión del paraíso capaz de atraer a las clases amenazadas». Guy Standing «El precariato: reddito di base per una politica del paradiso» en Basic Income Network Italia, *Reddito per tutti*, cit., pp. 72-72.

¿no deberían encontrar los modos y los espacios para evitar «cuidar a las empresas»,²⁵ descartando las sirenas hipócritas de la llamada *womenomics*²⁶ y dedicarse en cambio al *cuidado del mundo*²⁷?

Al reflexionar sobre el *general intellect* y el *peer to peer* en el corazón del capitalismo cognitivo, se puede pensar sobre todo que la renta puede servir para articular un cambio cualitativo que favorezca el proceso de recomposición. Este pasaje (cualitativo, precisamente en tanto

²⁵ André Gorz, *L'immateriale*, cit. p. 23.

²⁶ El término *womenomics* se debe a *Economist*, la revista lo lanzó a nivel internacional en 2006. Retomaba aquí un análisis elaborado en 1999 por Goldman Sachs que, al considerar el estancamiento de la economía de Japón, había puesto en relación la ocupación femenina con el crecimiento económico. La consecución de una tasa de ocupación femenina del 70 % habría significado un crecimiento anual del PIB del 0,5 % durante los siguientes 20 años, según afirmaba el potente banco de inversión estadounidense. El economista Richard B. Freeman, de Harvard University, mostró que el salto adelante de la economía de EEUU en los años noventa se debió principalmente a la participación de las mujeres en el mercado de trabajo. Hoy, las mismas estimaciones señalan que lo mismo podría suceder en Italia, la *womenomics* es promovida con fuerza para ello: si el 70 % de las mujeres trabajasen, el PIB podría crecer una media de 0,3 % al año, favoreciendo un aumento general de casi el 20 %. Nótese que en tales estimaciones no se considera para nada, el probable «efecto dumping» sobre el nivel medio de las remuneraciones, que supone un diferencial salarial del 20-25 % (sobre todo en Italia). Como consecuencia, el incremento de la ocupación femenina llevaría consigo un aumento del PIB (aunque inferior al estimado), pero implicaría la distorsión y la polarización de la distribución de la renta. A la larga, tal y como ha mostrado la actual crisis financiera, se incrementaría el nivel de inestabilidad sistémica con el riesgo de graves recesiones. La *womenomics* representa, en definitiva, sobre todo una construcción ideológica, levantada con la finalidad de encuadrar las diferencias en la producción. Un ejemplo interesante de cómo el capitalismo cognitivo está efectivamente interesado en la presencia femenina, aunque este proceso comporte —con la intención de mantenernos moderadas en nuestro juicio— muy escasos resultados para sus protagonistas.

²⁷ Cfr. Elena Pulcini, *La cura del mondo. Paura e responsabilità nella civiltà globale*, Turín, Bollati Boringhieri, 2009.

imaginativo) es central para evitar la atomización de la socialización que esbozábamos antes. La autorrealización, a través del trabajo, no genera más que melancolía y malestar en las mujeres. Los sueños narcisistas contemporáneos no dejan más que un extraño sentido de pérdida. En el extremo opuesto está el sentimiento y la necesidad de imaginar nuevas perspectivas, de plantear objetivos colectivamente. Gracias a la renta, y fuera de cualquier mediación «trabajista», la producción de sí puede ser liberada de los vínculos de la valorización económica, facilitando de esta manera el desarrollo de la persona y de su hacer más allá de lo que resulta funcional a la producción. La renta básica es un instrumento para evitar que cada cual explote la cooperación social con fines estrictamente individuales motivados/as, en una situación de precariedad, por la necesidad/voluntad de procurarse una remuneración. La renta básica restituye al común su papel y salva *el devenir menor de las mujeres*, aumentando sus posibilidades de autovalorización más allá de la lógica de sentido único del trabajo productivo y del valor de cambio, único lenguaje conocido por la «economía política del patriarcado», esto es, por el capitalismo.

